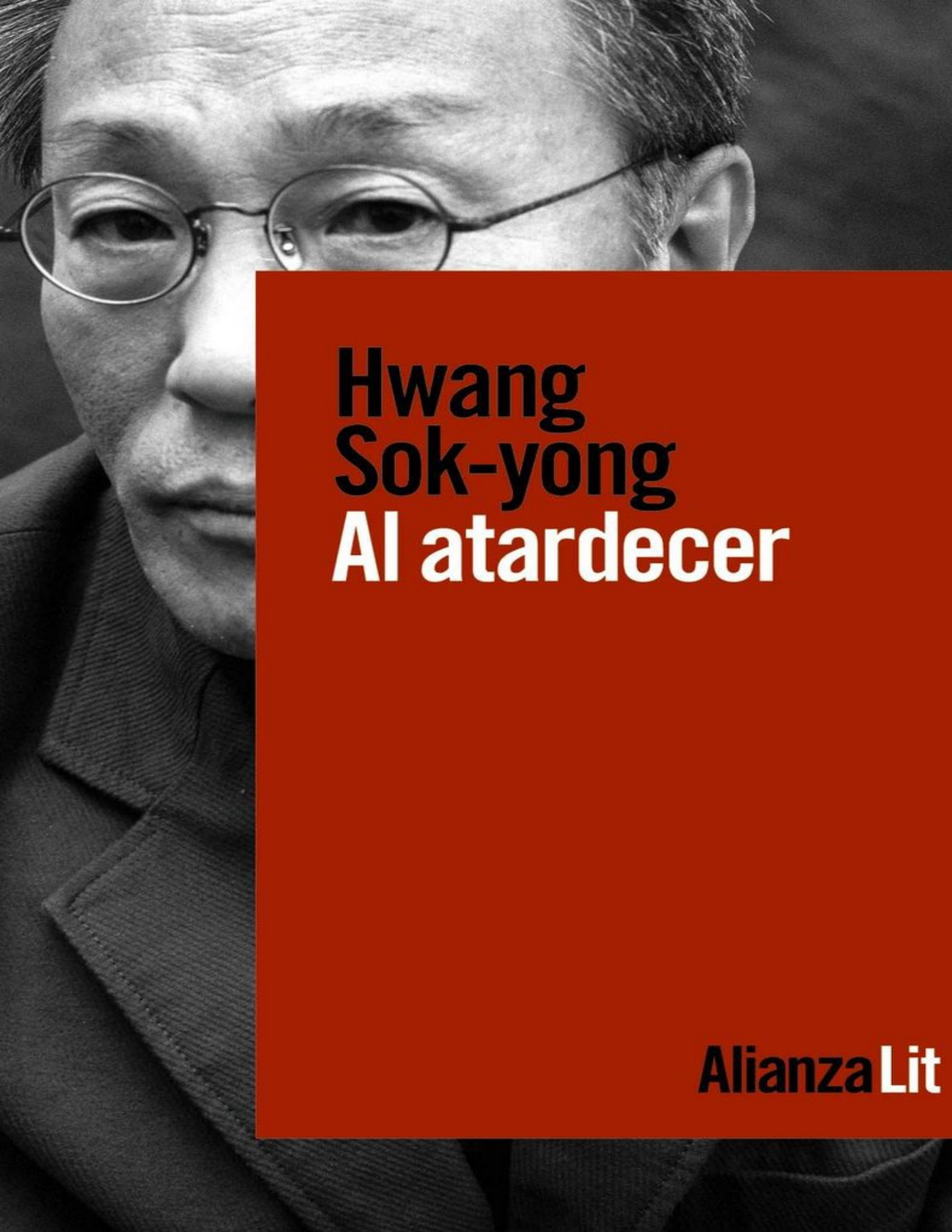

Hwang Sok-yong
Al atardecer

Alianza Lit

Hwang Sok-yong

Al atardecer

Traducción del coreano
por Laura Hernández Ramos y Lee Eun Kim

Alianza editorial

Índice

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Palabras del autor

Créditos

Uno

La conferencia terminó.

El proyector se apagó y también la pantalla.

Me bebí la mitad de la botella de agua que me habían dejado sobre el atril y bajé del escenario pasando entre los asistentes, que ya habían empezado a levantarse e iban armando bullicio. El tema fue «La renovación de las ciudades y el diseño urbano» y acudió bastante gente, quizás porque tenían otros intereses en juego. El jefe de sección de la comisión de planificación del sector privado me condujo hacia el vestíbulo para salir del auditorio. Todos me daban la espalda y se dirigían a la puerta. De repente, una chica joven se acercó a mí abriéndose paso entre la gente.

Señor, un momento.

Su aspecto era bastante común, llevaba una camiseta y unos vaqueros, y una melena corta le enmarcaba el rostro sin maquillar. Me detuve y la miré.

Tengo algo para usted.

La observé perplejo y miré la nota que me pasó. Tenía escrito en grande un nombre y en pequeño unas cifras que parecían un número de teléfono.

¿Qué es esto?

Le formulé esta pregunta nada más recibir la nota, pero ella ya había retrocedido y, mientras se alejaba vacilante, me respondió:

Me dijo que se conocieron hace mucho… Quiere que la llame.

Antes de que pudiera preguntarle nada más, aquella joven desapareció entre el gentío.

Me marché a Yeongsan por un mensaje que me envió la esposa de Byeonggu Yoon, que era un amigo de la infancia. Fuimos juntos a la escuela pública de Yeongsan, el pueblo en donde nací, y él vivía en la casa justo detrás de la nuestra. La mayoría de los habitantes o tenían una tienda a lo largo de la calle central Jungang-ro, la cual había sido construida hacía poco tiempo, o trabajaban en la oficina del distrito, en la escuela o en la oficina municipal. Por otro lado, los que vivían en las bonitas casas tradicionales de grandes jardines eran propietarios de los terrenos de labranza de la zona. Mi padre mantenía a nuestra familia gracias al pequeño sueldo que recibía como secretario de la oficina municipal.

A pesar de los estragos de la guerra, Yeongsanl se mantuvo casi intacta por su ubicación en el interior de la cabeza de puente del río Nakdong. Mi madre me contó que mi padre obtuvo su puesto en la oficina municipal gracias a que participó en la guerra y recibió una medalla por los brillantes servicios prestados en una batalla en no sé qué monte. Además, antes de todo eso, trabajó como chico de los recados en la oficina del distrito durante el dominio japonés. En un pueblo lleno de campesinos, mi padre fue a la escuela primaria y sabía leer y escribir tanto en japonés como usando los caracteres chinos. Sobre su pequeño escritorio se apilaban libros viejos y amarillentos sobre la Administración pública o compendios de leyes. Seguro que gracias a

aquello consiguió salir del pueblo y trasladarse a la ciudad donde encontró trabajo como secretario. Éramos pobres, pero cada mes teníamos el sueldo de funcionario de mi padre y también una parcela desde la que nos mandaban alimentos de la cosecha cada año. Eran unos terrenos que mi madre heredó de mi abuelo cuando se casó.

La casa en donde vivíamos se situaba en lo alto de las faldas de una montaña en los suburbios del pueblo y se trataba de una casa tradicional de tres habitaciones, con un porche exterior techado y suelo de madera. La casa de Byeonggu se encontraba un poco más arriba, separada por un muro de piedra. Tenía dos habitaciones y una cocina. Realmente era una cabaña hecha con paredes de adobe y techo de paja que después cambiaron por uno de pizarra. Aunque Byeonggu era mi gran amigo de la infancia, apenas lo conocía. Más o menos cuando terminé la escuela primaria, nos mudamos de Yeongsan a Seúl. No lo volví a ver hasta años más tarde, cuando teníamos alrededor de cuarenta años. Fue en la cafetería de un hotel del centro de Seúl.

¿Me reconoces?

Al principio, cuando me preguntó esto con acento de la provincia de Gyeongsang, no fui capaz de recordar de quién se trataba. Llevaba un traje azul marino con el cuello de la camisa por fuera, al estilo de los funcionarios de alto nivel de la época. En cuanto dijo «Byeonggu» y «Yeongsan», como por arte de magia, se me escapó su apodo.

Batata Quemada, eres Batata Quemada, ¿no?

Incluso aunque se tratara de un familiar, sería difícil saber de qué hablar con alguien que hace unos veinte años que no ves. Por lo general preguntamos por la familia y comentamos cómo están todos; tomamos un café, intercambiamos tarjetas y prometemos vagamente tomar una copa algún día. Después, normalmente, no nos volvemos a ver o, como mucho, intercambiamos un par de llamadas. Si se da el caso de quedar, el encuentro es tan aburrido que no suele alargarse mucho. Todo el mundo está absorto en su vida y tiene sus propias relaciones de interés. Si no tienes una relación de interés, aunque se trate de un pariente muy cercano, apenas hay ocasiones para verse, exceptuando las reuniones familiares. El motivo por el que Byeonggu y yo retomamos el contacto fue que yo trabajaba en Arquitectura Hyeonsan y él acababa de adquirir Construcciones Yeongnam, una empresa de construcción mediana. Nada más ver que yo recordaba su apodo, se le llenaron los ojos de lágrimas y, agarrándome bruscamente de ambas manos, me dijo balbuceando que se alegraba de que no lo hubiera olvidado.

Su casa estaba al otro lado de un muro, junto al olmo de la parte izquierda de nuestro jardín. Cada mañana, asomaba la cabeza por encima del muro y me preguntaba a voces que si íbamos a la escuela juntos. Su casa era la última del vecindario y a partir de allí había terrenos de propiedad estatal y una colina en donde se extendía un pinar. Tras la guerra, los arrendatarios perdieron sus terrenos de cultivo, empezaron a construir cabañas de adobe y piedra, y una docena de familias se instalaron allí. Se ganaban la vida haciendo chapuzas, de albañiles o carpinteros, desempeñando tareas en la oficina del distrito o ayudando con la cosecha en los campos de los alrededores. Yo nací en uno de esos hogares y, aunque no estoy seguro, creo que Byeonggu se mudó a la casa de detrás de la nuestra cuando estábamos en el tercer año de escuela. Fue el primero en acercarse a saludar tras la mudanza y pasamos toda la tarde jugando en la montaña de detrás de casa. Recuerdo que la amable madre de Byeonggu nos traía cestas con los restos de las batatas que había recolectado para que las probásemos. A veces él se llevaba un par a la escuela para comer. Su padre, al que apenas veía, a veces desaparecía y regresaba días más tarde borracho y les

gritaba o pegaba a su mujer. Se decía que trabajaba como capataz en unas obras en una ciudad cercana.

Nunca olvidé a Byeonggu porque un día que subimos a la montaña de detrás de nuestra casa para asar batatas en una hoguera terminamos provocando un incendio. Mientras las pelábamos, apartamos la vista un momento y unas brasas echaron a arder por la hierba seca. Enseguida intentamos con todas nuestras fuerzas apagarlo a pisotones y con la camiseta, pero en un instante se extendió en todas direcciones. Me puse muy nervioso. En cuanto bajamos corriendo y gritamos que había fuego, numerosos adultos salieron de casa. Todas las personas del barrio se dirigieron a la montaña y, en medio de un gran alboroto que duró hasta que oscureció, consiguieron apagarlo.

Byeonggu y yo nos escondimos en el salón de actos municipal, que estaba enfrente de la oficina del distrito. Durante el periodo japonés, fue un santuario, pero en aquel momento lo usaban como salón de actos o pabellón de taekwondo. Nos quedamos dormidos apoyados el uno en el otro en aquel lugar oscuro. Nuestras familias y otras personas del barrio estuvieron buscándonos hasta bien entrada la noche por la montaña. Al día siguiente, fuimos a la escuela y descubrimos lo famosos que nos habíamos hecho. Nos castigaron con quedarnos de pie frente a la sala de profesores con un cartel que decía «Cuidado con el fuego». Fue por aquella época más o menos cuando empezaron a apodarlo Batata Quemada, pero no recuerdo quién fue el primero que lo llamó así. Con ese cuerpo bajito y rechoncho y esos ojos que brillaban de inteligencia en medio de esa cara redonda y oscura, la verdad es que el apodo le quedaba bien.

Fue una casualidad que yo estudiase Arquitectura y me ganase la vida con ello y que Byeonggu tuviera una empresa de construcción, pero resultó que encajábamos a la perfección, porque nos necesitábamos el uno al otro. Cuando nos encontramos de nuevo tras muchos años, fuimos a un restaurante japonés donde me contó todo lo que pasó después de que mi familia se marchara de Yeongsan. Todo el mundo tiene un pasado duro y sufre adversidades que forman parte de una historia llena de sudor y lágrimas, pero no es algo de lo que se pueda alardear ante los demás. Es igual de inútil que decirles a los jóvenes que no han conocido el hambre y que no saben lo que es ser un niño famélico que busca desesperado algo para comer.

Las notas de Byeonggu eran bajísimas y su familia apenas podía permitirse pagar las tasas mensuales de la escuela, así que lo dejó alrededor del quinto curso. Durante un tiempo se dedicó a holgazanear, después estuvo repartiendo periódicos, fue vendedor ambulante en una estación de autobuses y pronto llegó a ser ayudante de conductor de camión. Su padre se marchó a la ciudad y nunca volvió; su amable y generosa madre se puso a trabajar en un restaurante del barrio, y su hermana pequeña se fue de casa para estudiar peluquería y estética. Tanto Byeonggu como yo hicimos el servicio militar a mediados de los setenta. Como lo hice mientras estaba en la universidad, empecé un poco más tarde que él. A él lo destinaron al cuerpo de ingenieros y recibió entrenamiento de maquinaria pesada, lo cual fue clave en su vida futura. En cuanto salió del Ejército, obtuvo su licencia de maquinaria pesada y se metió de lleno en la industria de la modernización de las áreas rurales, que estaba muy en auge en aquel momento.

Su primer negocio fue alquilar una excavadora e iniciarse en la modernización de los terrenos rurales. Esta industria fue una de las que prosperó durante la época del Movimiento Nueva Comunidad. Después de que los arrendatarios se fuesen y de que incluso algunos propietarios abandonasen sus terrenos, esas tierras las adquirieron agricultores de un nivel más alto que lideraron la reorganización de aquellas zonas. Se delimitaron de nuevo los terrenos y se

rehicieron los canales de agua. Estas tareas las llevaron a cabo de manera conjunta los líderes de cada comunidad y las oficinas del distrito. Por debajo de ellos estaba Byeonggu, que trabajaba como si fuera las manos y los pies de aquellos otros. Los primeros años se limitó a comprar más maquinaria pesada, pero cuando le encargaron construir las principales carreteras provinciales dejó de trabajar únicamente a nivel de distrito y se expandió a nivel provincial. Después de aquello, amplió su círculo de conocidos hasta incluir miembros de la Asamblea Nacional, jueces y fiscales. Tenía varios tipos de tarjetas de visita en las que enumeraba todos sus cargos: Propietario de empresa de construcción, Consultor de partidos políticos, Presidente del Consejo de Jóvenes, Director de la Asociación de Becas, Miembro de la Cámara de Jóvenes, Miembro del Club Rotary, Miembro del Club de los Leones… Cuando nos reencontramos, había adquirido una empresa de construcción en bancarrota y había empezado a construir apartamentos en grandes ciudades. Sin importar quién lo hiciera primero, comenzamos a llamarnos, a quedar e incluso a colaborar en algún negocio juntos.

El mensaje de su mujer decía: «Se ha desmayado. Antes de enfermar, lo estuvo buscando, así que, por favor, venga a visitarlo».

No me apetecía ir, pero ¿qué fue lo que me hizo acudir a Yeongsan? Quizás fue por lo que me dijo Kiyoung Kim unos días antes: «¿Espacio, tiempo y humanidad? ¿Crees que en la arquitectura hay humanidad? Si hubiera humanidad, tendrías que arrepentirte antes de morir de algunas cosas que has hecho. Tú y el resto de los trabajadores de Arquitectura Hyeonsan tendríais que arrepentiros».

Kiyoung era un compañero de universidad más mayor que yo. Simplemente asentí y sonreí para evitar discutir, pero no por el cáncer terminal contra el que luchaba. Me gustaba ese hombre. Me gustaba esa inocencia tonta y ese amor no correspondido que profesaba a la gente y al mundo, y no me metía con él por ello. Su entorno decía que era un idealista porque no tenía talento, pero yo pensaba que precisamente ese era su talento. Creo que la benevolencia que sentía por él derivaba del hecho de que decidí no preocuparme por este mundo y eso al mismo tiempo también me distanció de él. Hacía mucho había llegado a la conclusión de que no puedo confiar ni en la gente ni en el mundo. Después de un tiempo, las ambiciones nos obligan a filtrar algunos de los valores que nos quedan; la mayoría los transformamos para que encajen con nosotros y otros los desechamos. Los pocos valores que conservamos los dejamos olvidados en el desván de la memoria como si fueran algo viejo y manido. ¿De qué están hechos los edificios? En definitiva, eso lo deciden el dinero y el poder. Ellos son quienes deciden qué recuerdos cobran forma y perduran en el tiempo.

Yeongsan se encontraba nada más pasar una montaña. Recuerdo la noche en que mi familia abandonó este lugar. Mis padres se sentaron junto al conductor del camión de mudanzas mientras que mi hermano pequeño y yo nos quedamos en cuclillas entre las cajas. Al recorrer aquella carretera sin asfaltar, cada vez que el camión traqueteaba y se inclinaba, un cuenco lleno de diferentes piezas de vajilla se agitaba y provocaba un ruido enorme. No fue una sorpresa que más de la mitad de los platos terminasen rotos. Se hizo de día y, cuando alcanzamos la carretera nacional que llevaba a Seúl, paramos un rato para comer. Como antes de salir no habíamos podido comer nada, devoramos a toda prisa una sopa de arroz caliente. Mi madre murmuró algo sobre estar arruinado y huir en medio de la noche y a continuación se echó a llorar.

Regresé a Yeongsan en una ocasión hace unos quince años. En aquella época, Byeonggu estaba buscando una casa para comprar en nuestro pueblo, así que iba con frecuencia. «Nadie debería olvidar sus raíces», me dijo con seriedad. Sonreí forzadamente, pero avergonzado por sus palabras. Terminó comprando una colina ocupada por un pinar y con vistas a un embalse, aunque aquello supusiera desmantelar la antigua casa de la familia Cho, los grandes terratenientes de Yeongsan. En aquel momento, ya quedaba poco del pueblo que fue. La gente dice que, comparado con la ciudad, en el campo el tiempo pasa más despacio, pero para los que se han marchado de allí parece que cambia como un vídeo a cámara rápida. Si se da la oportunidad de ir alguna vez, parece que diez años pasan en un solo día, las caras conocidas ya han desaparecido, y los paisajes y edificios que sueles ver en Seúl se extienden ahora a ambos lados de la calle central del pueblo. Todo pasa fugazmente, como los paisajes a través de la ventanilla de un coche.

En cuanto la mujer de Byeonggu me vio, empezó a secarse las lágrimas a toquecitos con un pañuelo. Había sido profesora de una escuela de primaria, pero se casó con Byeonggu a principios de los ochenta, cuando su carrera empezaba a prosperar. Me dio la impresión de que su boda no fue nada presuntuosa, sino más bien un asunto práctico. La mujer salió de la habitación del hospital y cuando nos encontramos murmuró algo, como si estuviese hablando sola:

Le dije que no se metiera en política.

Tras la cirugía, se quedó en coma. Quizás fuera mejor así, puesto que apenas quedaba una semana para que tuviese que presentarse ante la fiscalía. Tal vez todos los involucrados se habrían sentido aliviados al escuchar esta noticia. Me senté un momento junto a su cabeza. Se encontraba tumbado, como si estuviera muerto, rodeado de todo tipo de instrumental médico. La máscara de oxígeno le cubría la mitad del rostro. Su mujer me contó que su hijo había propuesto trasladarlo a un hospital provincial, pero que al final lo habían dejado allí porque les preocupaba que le pasase algo de camino. Mientras cenaba con su hijo, le pregunté por qué me había avisado. Su hijo me respondió con sinceridad y me contó que desde hacía un tiempo Byeonggu quería construir un pabellón conmemorativo en el lugar donde había estado la casa en la que vivió cuando era niño.

Eso es lo que dijo mi padre. Me contó que sus casas ocupaban unos mil seiscientos metros cuadrados. Quería que usted hiciera el diseño para construir una fundación cultural.

Se me escapó una risita, pero le dije de corazón:

Bueno, tendrás que guardarte esa idea hasta que tu padre se recupere.

El hijo, que era quien estaba a cargo de la gestión de la empresa de su padre en Seúl, sabía perfectamente que aquel no era el tema adecuado para ese momento. Durante la cena, miró su teléfono en varias ocasiones e incluso salió fuera a darle órdenes a alguien a voces. Me contó que estaba preocupado porque últimamente los pueblos como Yeongsan perdían población poco a poco. En la mayoría de ellos solo había casas vacías u ocupadas únicamente por una persona mayor. Fingía ser ducho en la vida en el campo y decía que ya hacía mucho que esas zonas se habían quedado desiertas, sin gente joven. La verdad era que tanto él como yo éramos del tipo de gente que como máximo podíamos ir al pueblo una o dos veces al año, así que no se equivocaba del todo.

Ya había oscurecido, por lo que me fui al motel que me había reservado el hijo. Había cámaras de seguridad instaladas a ambos lados del pasillo y contaba con las últimas modernidades, incluido un mando a distancia que controlaba desde las lámparas hasta la televisión y el aire acondicionado. Me costó dormirme porque extrañaba el sitio. Coloqué meticulosamente las

cortinas para evitar que se colara la luz por las ventanas mientras refunfuñaba sobre por qué un pueblo rural tenía tantas luces en la calle.

Me desperté pronto. El reloj electrónico que brillaba sobre la mesilla en medio de la oscuridad marcaba las siete y diez de la mañana. Desde joven, me gustaba dormir hasta tarde. En un estudio de arquitectura, a diferencia de otros trabajos normales, bastaba con que uno hiciera su parte del trabajo. Además, valoraba la creatividad, así que no me involucraba en trabajos insignificantes. Cuando ya tuve mi propio estudio de arquitectura, era suficiente con que me pasase un par de veces o tres por semana, y, cuando iba, solía ser pasadas las diez y si no había nada especial me marchaba pronto por la tarde. Normalmente trabajaba por la noche y tenía la costumbre de empezar el día bastante después de que el resto del mundo comenzase a trabajar.

Era temprano, pero no podía quedarme allí tumbado. Avancé por la calle del motel, que me llevó directamente a la estación de autobuses. La gente del campo es muy trabajadora. Frente a la estación ya había un montón de gente y de taxis. En esta ocasión, mientras caminaba por la calle principal, empecé a protestar por la cantidad de coches que había en el pueblo. Habían desaparecido las viejas tiendas de techos bajos y a ambos lados de la calle proliferaban los edificios de dos y tres pisos. La calle también era mucho más ancha que antes y tan solo la dirección que seguía continuaba siendo la misma.

Giré a la derecha en el cruce, continué por la calle de la oficina del distrito y pasé por el centro cultural. Al subir la cuesta de la colina, miré a derecha y a izquierda, pero no vi ni rastro del pinar que debería de estar por allí. El callejón había desaparecido y habían construido una carretera asfaltada de dos carriles. También habían desaparecido los muros de piedra que se extendían a ambos lados a lo largo de la calle. Por el contrario, lo que se sucedían eran edificios rectangulares de dos o tres plantas. Intuí la forma de la montaña de detrás de mi casa y giré hacia la izquierda para subir. En cuanto vi la alcantarilla con la tapa de cemento, supe que iba en la dirección correcta. Había un pequeño arroyo. En una ocasión mi padre se cayó en él al volver a casa borracho y yo solía cazar ranas allí.

Vi un par de casas en medio del campo, pero no la nuestra. Cuando fui quince años antes, alguien estaba viviendo en ella a pesar de lo deteriorada que estaba. Después estuvo un tiempo abandonada, hasta que la demolieron. Recordaba el olmo de la esquina que daba al jardín de la casa de Byeonggu, pero ya no estaba. Mejor dicho, lo habían cortado y tan solo quedaba el tocón. En él estaban creciendo setas de todos los tamaños. Un campo de pimientos, con las zanjas cubiertas de plástico negro para protegerlos, se extendía hasta el lugar donde había estado la casa de Byeonggu. Los árboles de aquella montaña eran de un verde más oscuro y más densos que antes.

No podía entender lo moderno que se había vuelto mi pueblo, en el que más gente se había marchado de la que se había quedado. Los edificios de cemento de dos o tres plantas con forma de caja, que se extendían desde el motel hasta la zona comercial y el área residencial, estaban más desiertos que nunca. De los tejados bajos ya no salía el humo de las cocinas. Visto desde lo alto de la colina, parecía cualquier pequeña ciudad o incluso podría pasar por una zona de las afueras de Seúl. Daba la impresión de que ni yo, ni Batata Quemada, ni mis difuntos padres ni el propio pueblo hubieran existido nunca.

El fin de semana por la mañana recibí una llamada de Estados Unidos. Era mi hija, para contarme

lo que había pasado durante el mes anterior. Era mi única hija y estaba viviendo en Estados Unidos. Estudió Medicina, empezó a trabajar como médica en un hospital general y se casó con un profesor de universidad estadounidense. Se fue al extranjero solo para estudiar y terminó casada con alguien de aquel país e incluso ella misma se convirtió en ciudadana estadounidense. En cuanto nuestra hija echó raíces en Estados Unidos, mi esposa empezó a visitarla con frecuencia y parecía que ella también quería establecerse allí, puesto que habían pasado varios años sin que volviese a Corea. Casi todos sus familiares estaban viviendo en Estados Unidos y desde hacía diez años nuestro matrimonio había empezado a fracturarse, llegando a un punto en que ya parecía difícil arreglarlo. Mi hija me habló del nuevo apartamento de mi esposa. Me contó la fiesta de inauguración a la que habían asistido sus tías y otros familiares. «¿Qué tal tu salud? Mamá dice que te tomes las pastillas de la tensión.» Estaba claro que mi esposa no tenía intención de regresar, dado que recientemente se había mudado a un nuevo apartamento en un barrio cercano al de nuestra hija.

Después de mucho tiempo, me entraron ganas de fumar y empecé a buscar tabaco por todas partes. Debería de haber un paquete de Marlboro en algún lugar, puesto que solía fumar cuando me agobiaba haciendo bocetos de mis ideas. Encontré el mechero sobre el escritorio, junto a la lámpara; rebusqué en los cajones y después empecé a palpar todos los trajes del armario. Finalmente toqué una cajetilla de tabaco. Al sacarla, algo se cayó a mis pies: dos tarjetas de visita y un papel. Una de las tarjetas era de un empleado del ayuntamiento, la otra era de un periodista de una revista y el papel… Lo puse sobre el escritorio y saqué un cigarrillo y me lo llevé a la boca. Me quedé mirando fijamente el nombre escrito en grande sobre el número de teléfono y repetí mentalmente aquellas sílabas. «Soona Cha.» Un nombre de hacía décadas que ya había olvidado. Rememoré el momento en que aquella chica joven me había pasado esa nota en la sala de conferencias. En cuanto terminó la conferencia tuve una entrevista para una revista de arquitectura y después fui a tomar algo con unas cuantas personas. Los días siguientes fueron tan caóticos y estuve tan ocupado que me olvidé por completo de la nota.

Tras mucho dudar, arrastré el teléfono hacia mí por el escritorio y marqué el número. Dio tono durante un rato y después me redirigió al buzón de voz. Pensé en qué podría decir, pero rápidamente colgué. Cogí el teléfono móvil y le envié un mensaje:

```
Soy Minwoo Park. Cuando pueda, llámeme.
```

Cuando llegué a la oficina, me encontré con un compañero arquitecto llamado Song.

¿Vas a ir hoy a lo de Kiyoung Kim?

¿A qué?

El médico ha dicho que no le queda mucho tiempo, así que algunos hemos decidido reunirnos para salir por ahí y que le dé un poco el aire.

Ah, entonces sí. ¿A dónde vais a ir?

A la isla de Ganghwa.

Decidí ir con Song en vez de usar el coche con chófer de la empresa. Fuimos hablando según circulábamos por la autopista Olímpica.

He escuchado que el presidente de Construcciones Daedong está bajo el foco.

Intuía a qué rumores se refería, pero fingí que no sabía de qué hablaba.

¿Bajo el foco? ¿Qué quieres decir?

Se comenta que su relación con la Administración no es buena.

Construcciones Daedong nos había encargado el proyecto del Hangang Digital Center. Ya estaba construido más de la mitad del rascacielos. Con voz indiferente, le respondí:

Nosotros solo tenemos que cumplir con el trabajo que nos han asignado.

De todas formas, tenemos que terminarlo para evitar problemas más tarde.

Parecía que había estado leyendo la prensa. Había rumores de que estaban bajo investigación secreta por parte de las autoridades y que el proyecto Asia World que llevaban a cabo en los suburbios podría quedarse estancado por motivos económicos.

Hacía mucho que no salía de excursión, ¿me vas a aguar la fiesta con esas historias?

Intenté hablarle en un tono alegre y Song cambió de tema.

Por muy mal que esté, seguro que esto le sienta bien.

Seguro, él es muy optimista.

Como era entre semana, no había mucho tráfico. Recorrimos la autopista Olímpica hasta pasar Gimpo y cruzamos el puente de Ganghwa. Dejamos el coche en un aparcamiento cerca del cruce y entramos en una cafetería. Youngbin Lee, que ahora era profesor de universidad, había llegado primero y nos saludó con la mano. Teníamos la misma edad y, a pesar de habernos graduado en escuelas diferentes, nos conocimos porque participamos en los mismos concursos compitiendo por el primer premio y además desarrollamos nuestros respectivos negocios más o menos al mismo tiempo. En ocasiones habíamos competido por lograr algún proyecto y en otras habíamos colaborado. Al igual que Kiyoung, había estudiado Arquitectura en Europa. En términos técnicos, su empresa no estaba a la altura de la nuestra, pero él venía de una familia rica y había crecido en Seúl. Pronto decidió dedicarse a la enseñanza y ahora era crítico, aunque sin mucha sustancia. Iba vestido de forma desenfadada y llevaba una gorra. Parecía sorprendido y me dijo:

¿Cómo es que has venido con lo ocupado que estás siempre?

Hace mucho que no veo a Kiyoung.

Una furgoneta entró al aparcamiento y un joven que me resultaba familiar corrió hacia la cafetería. Era el editor de la revista de arquitectura. Miró a su alrededor y nos dijo:

Vámonos. Hemos reservado cerca de la playa de Dongmak.

Cuando nos vio acercándonos, Kiyoung nos saludó con la mano desde el asiento del copiloto. Formamos una cola de tres coches de camino a la playa. Estábamos a principio de temporada, así que todo estaba muy tranquilo y no había nada más que algunos jóvenes y algunas familias de excursión. Entramos en un restaurante con vistas al mar y nos sentamos. Kiyoung estaba mucho más delgado que unos meses antes y llevaba un sombrero fedora desgastado para ocultar la pérdida de pelo a consecuencia del tratamiento contra el cáncer. En total éramos unas diez personas, incluidos dos periodistas de la revista, su mujer, el conservador de una galería y dos aprendices de su estudio de arquitectura. Kiyoung, su mujer, el editor de la revista y yo nos sentamos separados del resto. Pedimos almejas a la parrilla y pescado crudo de peces pequeños como platijas y arenques.

Nos propusimos ir de senderismo a la montaña Mani, algo que solíamos hacer en los inicios de Arquitectura Hyeonsan. En aquel entonces, todos éramos jóvenes y acabábamos de volver después de estudiar en el extranjero, por lo que no teníamos miedo a nada. Para cada uno de nosotros el concepto de éxito fue diferente: Kiyoung seguía teniendo el mismo estudio pequeño que antes; Youngbin no había dejado ni un solo trabajo memorable y se había pasado a la enseñanza, donde

vivía únicamente a base de palabras; por mi parte, yo tuve una empresa de arquitectura que daba empleo a cerca de cien personas. Con la edad, supongo que todos perdemos la energía. Con la llegada de la crisis financiera, nos apretamos el cinturón y se convirtió en un estudio más pequeño cuya esencia era el trabajo de sus veinte empleados.

Kiyoung parecía de buen humor, pues hacía mucho que no salía de la ciudad. Cada vez que sonreía, el rostro, que había empequeñecido y adelgazado, se le llenaba de arrugas. Aunque el médico le había recomendado tomar alimentos con alto contenido en proteínas para superar los efectos del tratamiento contra el cáncer, él solo comió algunas almejas y abulones que su esposa le dio.

Kiyoung nos dijo:

Seamos sinceros, no me queda mucho tiempo de vida. ¿Habéis ido a Inglaterra y habéis montado en el London Eye?

Younbing dijo que sí y Kiyoung asintió con la cabeza.

Dicen que la noria tarda una hora en dar una vuelta completa. Ya sabéis lo que dijo Buda. La vida del ser humano es como dar una vuelta que dura cien años, así que ninguno de nosotros dará una vuelta completa antes de tener que bajarse.

Dentro de cien años, la mayoría de las personas habrán desaparecido del mundo. Solo habrá personas nuevas. La gente piensa que es bueno ser arquitecto porque tus edificios quedarán para la posteridad, pero el problema es que también pueden dar una imagen de avaricia y fealdad. Después de comer, los jóvenes pasearon por la playa mientras les daban a las gaviotas aperitivos con sabor a gambas. Ya estaba cayendo la noche cuando dejamos los coches en una colina en la ciudad de Hwado desde la que comenzaba la subida a la montaña Mani. Salimos para que nos diera el aire. Estaba atardeciendo. El sol se iba deslizando poco a poco, escondiéndose por la línea del horizonte.

Youngbin mencionó a Byeonggu, el presidente de Construcciones Yeongnam.

Era tu amigo de la infancia, ¿no? Lo conocí un par de veces gracias a ti en la época de Hyeonsan.

Kiyoung parecía recordarlo también.

Fue en aquel momento cuando os hicisteis ricos, ¿no? ¿No fue elegido un par de veces miembro de la Asamblea Nacional?

¿No dicen que él y ahora también Construcciones Daedong tienen problemas relacionados con dinero negro?

Youngbin me preguntó esto mirándome fijamente.

Déjalo ya.

Lo único que hicimos fue dibujarles algunos diseños. He oído que Byeonggu ha sufrido un colapso y está en coma.

Les hablé brevemente de mi viaje a Yeongsan. Les conté que habían desaparecido las casas, los muros de piedra y los senderos y que en el lugar donde estaba la casa en la que nací ya solo quedaba el tocón de un árbol.

Todos los pueblos del mundo han desaparecido.

Ante mis palabras, Kiyoung miró hacia el mar, a lo lejos, y después se giró hacia nosotros.

Vosotros sois los culpables. ¡Oh, mirad qué puesta de sol tan bonita!

De vuelta a Seúl, cada uno tiró por su camino sin más y Youngbin vino conmigo hasta la

oficina. No lo habíamos planeado, pero nos fuimos a tomar algo a un bar cerca de la empresa. Sugirió que organizáramos juntos un último evento para Kiyoung. Propuso una retrospectiva en la que se expusieran sus diseños, bocetos, maquetas, fotos y otras cosas. Me dijo que él ya había empezado a recaudar dinero y me pidió que yo también participara. Le respondí que lo haría. Cuando ya estábamos algo achispados por el alcohol, Youngbin fue al baño y al volver me dijo sin venir a cuento:

Quizás es porque hoy hemos estado con una persona enferma, pero… no paro de pensar en un bosque de acacias.

¿Acacias?

No sabía a qué se refería y por eso le hice aquella pregunta sin prestarle mucha atención.

¿Recuerdas aquel proyecto de renovación de una zona del norte del río?

En cuanto añadió eso, recordé aquellas colinas bajas y aquel barrio en la montaña lleno de chabolas. Murmuré:

¿Qué pasa con eso?

Nada, solo estaba recordando el pasado. Lo demolimos todo.

Me quedé sentado sin pronunciar palabra durante un rato y después le dije, como si nada:

¿No lo sabías? Yo también crecí en una chabola.

Él me respondió sin alterarse:

Me lo habías contado antes. Siempre te digo lo mismo, tú estás en el bando de los fuertes.

Dejamos de beber cerca de la medianoche. Volví a casa, me cambié de ropa y cogí el teléfono; tenía varios mensajes. Entre ellos había uno de Soona Cha:

Soy Soona. Me has llamado. Gracias por no haberte olvidado de mí y por ponerte en contacto conmigo. Durante el día no puedo coger el teléfono, pero por la noche está bien, aunque sea tarde.

Dudé y después marqué su número. Era tarde, pero no había pasado ni una hora desde que me había enviado el mensaje. Supuse que, si estaba dormida, no respondería o tendría el teléfono apagado, así que marqué. El tono sonaba distante. Una voz dijo:

¿Dígame?

Hola. Soy Minwoo Park.

¡Ah! ¿Minwoo? ¿Te acuerdas de mí? De nuestro pueblo… Del restaurante de fideos.

A pesar de la edad, su voz no parecía haber cambiado mucho. Mi voz también se avivó mientras le hacía preguntas una tras otra sobre dónde vivía ahora, qué hacía y qué tal estaban sus padres. Me respondió que tenía un negocio en Bucheon que le daba para ir tirando y que se había enterado de mi conferencia por casualidad. Cuando le pregunté por qué no había venido ella directamente a la sala de conferencias, ya que me habría gustado verla, me respondió brevemente. Me contó que le daba vergüenza verme, puesto que ahora estaba vieja y gorda. Le dije que, ahora que teníamos nuestros respectivos números de teléfono, deberíamos llamarnos de vez en cuando o incluso quedar alguna vez y a continuación colgamos.

Al día siguiente me levanté con sed y dolor de cabeza y sentía que mi cabeza estaba vacía como una hoja de papel en blanco. Gradualmente, el mar, el atardecer que vimos desde lo alto de la colina, la risa optimista de un enfermo de cáncer y la voz de una mujer a través del teléfono se extendieron como una mancha por aquel papel en blanco que tenía en la cabeza. Parecía que estuviera en una sucesión de sueños desordenados. ¡Vamos, despierta! Agité varias veces la

cabeza con fuerza. Saqué agua de la nevera y me bebí dos vasos seguidos de un trago. Me senté en la mesa con la mente en blanco y sonó el timbre. Era el día que venía la señora de la limpieza. Aunque no me apeteciese, tenía que irme.

Dos

Como una oxidada locomotora derrumbada y cubierta de hierbas y flores salvajes en medio de unas ruinas inmóviles, su entierro aún no estaba listo.

Con estas últimas líneas del guion, terminó el ensayo. Al día siguiente era el último y, dos días después, la representación. Los actores se desperdigaron y yo subí a la oficina de la compañía teatral, frente a la entrada del pequeño teatro. El jefe estaba hablando por teléfono y me hizo gestos con la mano cuando me vio. Terminó la llamada, comprobó los mensajes de su teléfono móvil y después me habló.

He conseguido dos entrevistas para mañana. Como tú eres la directora, *hyeong,* ¿no deberías darlas tú?

Me lo dijo como si tuviera que alegrarme, pero estaba demasiado cansada para responder. Además, odiaba que me llamase *hyeong,* un apelativo de respeto reservado normalmente a los hombres, en vez de usar mi propio nombre, Woohee. Lo hacía para que pareciésemos colegas, cuando en realidad me explotaba.

Desde mediodía no había comido nada, pero ya eran más de las nueve de la noche e incluso se me había olvidado que tenía hambre. La obra de esta ocasión era una adaptación de una novela cedida directamente por el autor, por lo que no tenían que pagar por el original, pero aun así tenían que pagarme por la adaptación. Me encargaron la dirección y después pasé varios meses luchando por adaptar la obra. No me pagaron nada por dirigir, así que cómo iban a pagarme algo por la adaptación. Los actores estaban en la misma situación, pero creo que todos éramos culpables.

Mi jefe había empezado como director y era un compañero de escuela más mayor que yo. Con algunos de nosotros creó un grupo de teatro y consiguió algo de dinero de sus padres, que hacía mucho que ya no confiaban en él, para establecer un pequeño teatro en el sótano de un edificio, aunque con muchas dificultades. En esta zona abarrotada de teatros pequeños y con grupos tan similares, el público era muy limitado y el alquiler no paraba de subir. Con cada estreno, el primer o el segundo día venían muchos espectadores, pero poco a poco el número iba decreciendo y el quinto día ya nos costaba ocupar diez asientos. Después de eso, nosotros mismos debíamos correr con los gastos. Recibíamos algunas ayudas del Ministerio de Cultura, pero la mayoría eran para pagar el alquiler, por lo que el único beneficiado era el propietario del edificio. Cada semana enviábamos correos electrónicos rogando patrocinio a personalidades de todos los sectores y clases sociales que teníamos en una lista.

Yo le respondí de forma apática:

¿Podría darme un adelanto?

¿Cómo?… ¿Un adelanto?

Levantó la cabeza, me miró con estupor y se rio.

¿Pero tú piensas que esto es una empresa normal? No sabremos si vamos a ganar algo hasta que estrenemos. ¿Cuánto necesitas?

Unos quinientos mil wones.

Pensé que si quería sobrevivir aquel mes tendría que pagar al menos una parte del alquiler que tenía atrasado. Sacó su cartera y me dijo:

Tengo un poco del dinero para la planificación…, pero ya sabes que no podemos malgastar ni un céntimo. Toma trescientos mil.

Antes de que cambiase de idea, le arrebaté los seis billetes de cincuenta mil que me ofrecía a regañadientes. Cuando me di la vuelta para salir, me gritó a la espalda:

Mañana ven antes de la una. Tienes que hacer las entrevistas.

El ensayo es a las siete de la tarde. Desde mañana estarán incluidas las comidas.

Entonces que vengan los periodistas al ensayo para hacer el reportaje.

Era mi tercera vez como directora y en la anterior ocasión estuve a punto de dejarlo.

Me llamo Woohee Jeong y ya tengo veintinueve años. Estudié Arte y soy escritora y directora de teatro novata. En un momento dado, abandoné el teatro y me busqué un trabajo para ganarme la vida. Envié mi currículum a varios sitios y fui fracasando entrevista tras entrevista hasta que finalmente me contrataron en una pequeña editorial en la que trabajé dos años. Las grandes editoriales no paraban de publicar superventas, construían edificios y les daban a sus empleados generosas bonificaciones, pero el tipejo que llevaba esa editorial no pudo adquirir ni siquiera alguna obra traducida, quizás porque carecía de recursos. Publicaban clásicos pasados de moda de los que no tenían que pagar derechos de autor o juntaban varios ensayos dudosos y les ponían un título que pareciera razonablemente bueno.

Hice de todo: desde editar, incluidas correcciones, retoques y adaptaciones, hasta hacer de relaciones públicas e incluso atender a los autores. Aparte de mí, los otros empleados eran el jefe, un compañero suyo y una chica novata recién graduada de una universidad técnica. Aunque siempre andábamos cortos de mano de obra, no queríamos terminar el trabajo fuera de plazo, así que trabajábamos hasta tarde. No nos pagaban esas horas extra y, para no romper aquel ambiente familiar, me tenía que conformar con picotear cualquier cosilla para cenar. Aguanté así dos años porque no tenía nada mejor. Tras pagar el alquiler y las facturas, apenas me quedaba algo de dinero para comer. De todas formas, como me pasaba el día como un péndulo, de la editorial a casa y de casa a la editorial, no tenía tiempo para gastarme el dinero en otra cosa. Solía salirme al hueco de la escalera a descansar. Me sentía vacía y me daba la impresión de estar perdiendo el tiempo mientras me dejaba los ojos delante del monitor arreglando y mejorando textos que habían escrito otros. Me acuclillaba y me fumaba dos cigarrillos seguidos hasta que me calmaba.

Un día fui a Daehakno, una zona cultural y artística de Seúl, para ver a un escritor y me encontré por casualidad con un compañero de teatro en una cafetería. Me dijo que me había estado buscando y me pidió que le escribiera una obra. Me pareció una buena excusa, así que dejé la editorial y me metí de lleno otra vez en el lodazal del mundo del teatro. Al graduarme, empecé a trabajar en la parte más baja de la pirámide, como técnica en un teatro o como extra, pero al no ver perspectivas de futuro, decidí dejarlo y no volver a dedicarme a ello. Sin embargo, volví y retomé un guion en el que había trabajado antes y que había descartado. Me costó, pero conseguí tenerlo listo para la fecha prevista. Aquel otoño participé en un festival de teatro y sorprendentemente gané el premio a mejor autoría teatral revelación. Alcanzado ese punto, ya no podía rendirme y, pasara lo que pasase, tenía que mantenerme sobre el diminuto escenario de aquel pequeño teatro.

Tenía una hermana mayor y mi madre estaba viuda. Cuando estaba en la universidad, mi padre, que era profesor, falleció. Mi hermana ya se había graduado y yo conseguí terminar a duras penas gracias a la ayuda de mi tío. De hecho, desde que entré en la Facultad de Arte para estudiar teatro, tan solo tuve el apoyo de mi madre, ya que mi padre se opuso por completo y me dijo que no me pagaría la matrícula si no elegía otra carrera o si no estudiaba en una universidad provincial y más cerca de casa. Mi tío accedió a pagarme los dos últimos semestres porque le prometí abandonar la actuación al graduarme y buscarme un trabajo. Pronto me di cuenta de que no podría hacer lo que quería si no me independizaba. Mi hermana también perdió mucho tiempo preparando el examen de certificación para profesores y consiguió, no sin dificultad, un trabajo como profesora de secundaria en una escuela pequeña. Mi madre tuvo todo tipo de empleos, incluso limpió casas, y ahora lleva una vida tranquila junto a mi hermana en una pequeña ciudad. Yo procuro no llamarlas, aunque lo pase mal, porque es la única forma que tengo de ayudarlas a mantener una vida tranquila.

De primavera a otoño vivía con dos camisetas de cinco mil wones y un par de vaqueros de diez mil y, aparte de comida y transporte, no tenía muchos otros gastos. Viviendo en una gran ciudad, al final el problema siempre es la vivienda. Viví en diferentes *goshiwon,* esas diminutas habitaciones individuales con cocina y baño compartidos, hasta que gracias al trabajo en la editorial conseguí ahorrar lo necesario para pagar el depósito y el alquiler de un estudio en el semisótano de un pequeño edificio de apartamentos. Mudándome constantemente por las afueras de Seúl, conocí a muchísimos jóvenes de mi edad en la misma situación. Me recordaban a esos pequeños mamíferos agazapados en medio de la jungla, atentos y ágiles, intentando escapar de los depredadores.

Salí del teatro y pasé por delante de las cafeterías, los bares y los restaurantes que se sucedían en la calle. Como ya hacía rato que había pasado la hora punta, en el autobús quedaban muchos sitios libres. En cuanto me senté, apoyé la cabeza en la ventanilla y me quedé dormida. Me sonaban tanto las tripas que me asusté y me desperté, pero volví a dormirme. Cuando hay mucho tráfico, se tarda más de una hora en llegar al complejo de apartamentos en el que vivo, recientemente construido a la entrada de la ciudad, pero a esas horas de la noche se tarda unos cuarenta minutos. De todas formas, no iba de camino a mi refugio a descansar.

Me desperté casi automáticamente una parada antes de mi destino. Me bajé del autobús y desde el cruce ya se veía el sitio donde trabajaba a tiempo parcial. Mientras esperaba a que cambiara el semáforo, vi la luz de la tienda veinticuatro horas al otro lado de la calle. En cuanto el semáforo cambió, corrí y abrí la puerta de cristal jadeando sin aliento. Sé que exageré un poco, pero es que el jefe me estaba mirando fijamente sin decir nada. Rápidamente me puse el delantal mientras me movía con muchos aspavientos.

Lo siento. Trabajaré una hora extra mañana por la mañana.

Tienes que cumplir con los cambios de turno. ¿Hoy también has estado en el teatro?

Mañana es el ensayo general y pasado mañana el estreno.

No sé por qué le dedicas tiempo a algo que no te da de comer.

Mientras el hombre se preparaba para irse, me dijo:

Te he dejado las cosas que han llegado para que las coloques. Hasta mañana a las nueve.

El hombre se marchó. Volvería por la mañana para relevarme y durante el día su mujer vendría

cuando tuviese tiempo libre para que él descansase una o dos horas y comiese. Contrataban a gente a tiempo parcial para las horas en las que ellos dormían. Era un turno de diez horas, desde las diez de la noche hasta las ocho de la mañana. Aparte de mí, había otro empleado a tiempo parcial, un estudiante universitario que solo trabajaba los fines de semana. Para mí era un trabajo de cinco días a la semana. Si quieres ganar una cantidad aceptable de dinero, no trabajes en una tienda veinticuatro horas. De los trabajos temporales que he tenido, este es el que tiene el sueldo más bajo y para quienes no sepan qué hacer cuando están solos puede ser desesperadamente aburrido. Cada situación es diferente. Sin embargo, si estudias o lees libros durante la noche, se puede decir que estás aprovechando el tiempo.

Pasada la media noche, en todas las tiendas se reduce la cantidad de clientes, por muy bien situadas que estén. En mi caso, mi ritmo de vida se estabilizó gracias a este trabajo. Antes de esto, tuve empleos de todo tipo: cafeterías, restaurantes, pizzerías, hamburgueserías, restaurantes de *kimbap* e incluso en el aparcamiento de un centro comercial. Me di cuenta de que, para las personas como yo, trabajar en una tienda veinticuatro horas es perfecto para poder hacer otras cosas durante el día a cambio de dormir solo un poco. Aunque el trabajo en el teatro es más inútil que el trabajo a tiempo parcial, al menos me reconforta el hecho de estar cumpliendo mi sueño.

A las nueve de la noche traen los lácteos, las bebidas y los aperitivos. En cuanto llego, los coloco. Es también mi hora de cenar. Pasadas las ocho de la tarde, hay que tirar los sándwiches y los *samgakkimbap,* unos triángulos de arroz rellenos y recubiertos de algas. De igual modo, hay que retirar las bandejas de comida preparada antes de que llegue el reparto de la madrugada. Quito de los estantes frigoríficos las bandejas de comida y los triángulos de arroz que el propietario todavía no ha retirado y los apilo bajo el mostrador. Voy llenando los estantes vacíos con nuevos productos. Coloco la leche, las bebidas y las galletas. Los nuevos los pongo al fondo y echo hacia delante los que llevan más tiempo. Hay que ser muy rigurosos con las fechas de caducidad. Se pasa el código de barras y los restos de comida se tiran en las bolsas especiales para ello, mientras que los lácteos, las bebidas y los aperitivos se separan y se guardan en el almacén para devolverlos.

«¿Qué como hoy?» Primero elegí una bebida de las que estaban apartadas porque eran parte de una oferta de tres por dos. A veces los clientes se llevan solo lo que necesitan y dejan la bebida de regalo. Leche con sabor a plátano, leche de fresa, leche con chocolate, té de cebada… Opto por un té de maíz. Como tengo bastante hambre, decido comerme una de las bandejas de comida preparada que más cosas trae: salchichas, lomo empanado y pastel de pescado, entre otras. Lo meto en el microondas. Es lo primero que como en todo el día y ya son más de las diez de la noche. Además, escojo cuatro triángulos de arroz rellenos de atún y salsa picante y de *kimchi,* los meto en una bolsa de plástico y los dejo en un frigorífico. Mi intención es tomármelos mañana cuando vuelva a casa. Sé que comer así puede ser malo para la salud, pero no tengo muchas otras formas de ahorrar. Es una de las ventajas de trabajar aquí, a pesar de que el salario es bajo.

Como estoy famélica, me lo como a toda prisa y me entra sueño. Recientemente, algunos jóvenes tremendamente cansados y no muy diferentes a mí se dedican a robar tiendas a altas horas de la noche armados con cuchillos. Nuestra tienda es de tamaño medio y no cuenta ni con cajero automático ni con cámaras de seguridad. En su lugar, el propietario ha instalado un botón bajo el mostrador que al pulsarlo hace sonar una sirena de emergencia muy ruidosa y hace que las luces se enciendan y se apaguen. Lo ha probado varias veces y dice que es similar a las alarmas de los

coches. A estas horas vienen algunos clientes a comprar tabaco, alcohol, bebidas, aperitivos o fideos instantáneos, pero alrededor de las dos la gente deja de entrar. Entre las dos y las tres aparecen las furgonetas de reparto. Siempre es a la misma hora y a nuestra tienda suelen llegar sobre las tres.

Compruebo el formulario de pedido que el propietario ha dejado en el ordenador. Me siento en el mostrador y doy cabezadas hasta que llega la furgoneta de reparto y coloco en su sitio los productos nuevos: bebidas, lácteos, aperitivos, bandejas de comida… Ya es hora de limpiar. Barro el suelo, friego y limpio las mesas y las sillas de metal que están fuera, a ambos lados de la entrada. Separo la basura y la llevo al punto de recogida, en el arcén de la calle. El camión de la basura viene a las cuatro de la mañana. Cuando pasa, puedo dormitar alrededor de hora y media. Algunas veces consigo dar unas dulces cabezadas, pero otros días me gustaría poder tumbarme y estirar la espalda. Hoy es uno de esos días. Así es como pasa el tiempo.

Siempre que pienso en el pasado, no hay ningún recuerdo destacable y todo es bastante difuso. «Joder, ¿cómo puedo ser ya tan vieja? ¿Mejorarán las cosas si me convierto en una famosa directora o autora de teatro?» Cuando veo a amigos más mayores, no dan la impresión de estar mucho mejor; de hecho, parecen desolados. En cuanto al matrimonio… Antes a veces fantaseaba con ello, pero ahora convertirme en la esposa de algún hombre me parece tan imposible como cumplir mi pequeño sueño de tener una mascota. Me agobia ver a mis amigos que tienen perros o gatos. Los aman incondicionalmente, los cuidan, se preocupan, se encargan de ellos, están pendientes de ellos y están a su lado hasta que llegan a odiarlos y les resultan molestos, para después volver a adularlos, acariciarlos y amarlos tanto que nunca podrían deshacerse de ellos. Me gustaba el pequeño maltés blanco de una amiga que cuidé durante diez días cuando ella estuvo de vacaciones, pero fue horrible ver cómo buscaba atención de forma obsesiva y se preocupaba por lo que pensaran sus dueños de él. No puedo soportarlo, de ninguna manera podría hacerlo. Los hombres son también una carga.

«¿He tenido algún novio que merezca la pena recordar?» Tuve un par de ellos, pero no sé si dignos de ser recordados. El primero fue un compañero de la facultad de artes. Los dos éramos bastante inmaduros, pero él más que yo. Vivía solo en un estudio frente a la universidad y en mi cuarto año, como no tenía donde ir, me fui a vivir con él. Fue después de morir mi padre y mi tío solo podía ayudarme con el dinero de la matrícula. Poco después ya empezó a sugerir que nos casásemos. Su familia era de provincias y parecía de clase media, pero no era rica. Por alguna razón, no paraba de suplicarme que fuera a su casa a conocer a sus padres. Me puse en la posición de un padre cualquiera con una hija para preguntarle: «¿Qué vas a hacer con tu vida en el futuro?» «Quiero vivir contemplando únicamente bellos cuadros.» Me reí mirando hacia el cielo. «¿Y el trabajo?» «Como soy artista, supongo que seré autónomo.» «¿Crees que en esta sociedad podrás conseguir un trabajo como artista? ¡Menudo vago! ¿Dónde vais a vivir?» «Vivo en un estudio, pero cuando se nos quede pequeño nos mudaremos. Dicen que esas casetas reconvertidas en viviendas en las azoteas están bien.» «¿Vas a vivir con mi hija y mi nieto en un lugar así? No vuelvas a acercarte a ella. Y tú deja a este inútil inmediatamente.» Cuando nos graduamos, yo entré en una compañía de teatro y él pudo hacer un posgrado gracias al apoyo de su familia. Hace un tiempo, me encontré con él por casualidad en la calle y me dijo que era conservador en una galería o algo así. Las cosas no van muy bien ni en el teatro ni en el mundo del arte. Me parece que nuestra relación, más que amor, fue un juego o un divertimento.

Conocí al segundo cuando trabajaba en la editorial. Era un periodista tres o cuatro años mayor que yo. No sé si era muy trabajador o si sus padres lo ayudaban, pero había comprado un apartamento de unos setenta metros cuadrados. Yo no anhelaba que fuera un periodista ávido de justicia que investigase asesinatos o casos de corrupción política. Para mí era un asalariado con corbata cualquiera que había estudiado en una buena universidad y trabajaba en una oficina normal y corriente. Una vez llegó a nuestra cita una hora y media tarde, pero me estuvo enviando mensajes cada diez minutos hasta que apareció. Cuando le pregunté de dónde venía, me dijo que había estado frente a la casa de una actriz que estaba a punto de divorciarse. Me habló sobre el marido de la actriz y después sobre su nuevo novio. Ese era su trabajo. A pesar de ello, fingía saber mucho de teatro dejando caer nombres como Samuel Beckett y Bertolt Brecht. Después estuvo detrás de un cantante que se había visto envuelto en líos de apuestas y por eso fue a indagar a sus locales favoritos. De ese modo, consiguió publicar algunas exclusivas. Me harté de él. Le di plantón un par de veces y él me llamó para burlarse sarcásticamente. Después nunca volvimos a ponernos en contacto. Borré su número de teléfono.

Más tarde conocí a Camiseta Negra. Se llamaba Minwoo Kim. Era tres años mayor que yo y estaba en una situación similar a la mía, pero él era diferente. Para él, cuanto más difícil era la situación, más coraje le echaba. Parecía un soldado preparado para atacar, con su arma limpia y cargada y apuntando fijamente.

Tres

A mi padre lo despidieron de su puesto en la oficina de Yeongsan durante las turbulencias de los años sesenta. Lo acusaron de recibir un soborno de alguien que había construido un edificio sin licencia, pero no estoy seguro de que aquel soborno supusiera alguna ayuda para nuestra familia. Viendo cómo estaba el mundo, quizás fuera solo un cartón de tabaco. De hecho, parecía lo máximo a lo que podía aspirar una persona autodidacta que no había recibido una educación apropiada. Mi padre vendió nuestra humilde casa del pueblo y los terrenos de cultivo que habíamos heredado de la familia de mi madre. Después, toda la familia se marchó a Seúl. Antes de mudarnos, mi padre ya había hecho algunos viajes a Seúl y Daegu.

Llevamos todas nuestras cosas hasta un barrio humilde en las afueras de Dongdaemun. Era una casa de dos habitaciones construida con bloques de cemento y pagábamos un alquiler mensual. No tenía jardín y la puerta de la cocina daba directamente a un callejón. Las ventanas de ambas habitaciones también daban a ese callejón y compartía la pared trasera con otra casa. Junto a la puerta de la cocina colgaban dos llaveros, cada uno con dos llaves, que usábamos mis padres, mi hermano pequeño y yo. Una era la llave de la puerta principal y la otra era del baño, que estaba fuera. Lo compartíamos con otros vecinos de nuestra calle. Cuando querías ir, tenías que coger la llave y salir. Mientras hacías tus necesidades, podías incluso escuchar la respiración de la gente que pasaba por la calle a través del resquicio de la puerta de madera. Aunque era un niño, me daba vergüenza cruzarme con la gente al ir o venir del baño, así que imagino lo incómodo que sería para los adultos y, especialmente, para mi madre.

Al mudarnos a Seúl, mi padre contaba con un apoyo, ya que un hombre de su pueblo trabajaba frente al ayuntamiento, en una oficina que ayudaba a los ciudadanos a rellenar documentos. Aquel hombre, al igual que mi padre, también había sido anteriormente funcionario de baja categoría en el campo. Mi padre comenzó a trabajar para él como su ayudante. El dinero que ganaba nos daba apenas para que la familia pudiera comer y él pudiera beber *soju.*

Cuando llegamos a Seúl, mi madre nos mostró por primera vez su enorme habilidad para ganarse la vida. Empezó a frecuentar el mercado de Dongdaemun y de algún modo logró persuadir a uno de los guardias para conseguir un puesto en el medio de uno de los pasajes. Vendía camisetas, calcetines y ropa interior. En mi primer año de instituto, la situación empeoró de nuevo. Mi padre sufrió una apoplejía. Más tarde se recuperó, pero su pierna izquierda no volvió a ser la misma. A excepción de lo de mi padre, conseguimos arreglárnoslas.

Dejamos los alrededores de Dongdaemun y nos mudamos al barrio de Dalgol, que resultó no ser mejor que el anterior. En aquel momento, todavía no era un barrio propiamente dicho; algunos de sus habitantes estaban allí porque los habían expulsado de los alrededores de los arroyos Jungnang y Cheonggye y otros habían llegado desde el barrio de enfrente, que ya estaba saturado. Había una fuente comunal en un descampado relativamente grande y, como muchas casas no tenían baño, en la calle principal había unos servicios públicos. Nuestra casa tenía dos habitaciones y había un jardín estrecho y alargado frente al porche trasero. Además, la ubicación estaba bastante

bien, puesto que al otro lado del muro de bloques de cemento se veían el tejado de la casa de abajo, el resto del barrio e incluso el centro de la ciudad a lo lejos. Lo mejor de todo es que teníamos nuestro propio baño dentro de casa. Vivíamos en una zona tan alta que hasta que no terminé el instituto no nos llegó agua corriente. Aunque era una casa muy humilde, que en vez de cristales tenía tablones de madera en las ventanas, gracias al gran esfuerzo de mi madre conseguimos un crédito para pagar el alquiler y el depósito, el cual recuperaríamos cuando nos mudásemos.

Mi madre obtuvo permiso para tener un puesto en el mercado del barrio, ubicado en la entrada de la calle principal. Sabía que a nadie le interesaría comprar ropa interior en aquel mercado de barrio. Por tanto, pensó que sería mejor dedicarse a la comida y, en concreto, se metió de lleno en el arduo mundo de la venta de pescado. Al principio, compraba el pescado al por mayor en el mercado de Dongdaemun para luego venderlo ella. Como mucho podía comprar algunas cajas de caballa, paparda, espadín y abadejo congelado para luego exponerlo en su pequeño puesto y limpiárselo a los clientes cuando lo compraban. Mientras el resto de la familia dormía profundamente, mi madre se levantaba de madrugada para ir a comprar sus mercancías. Según el mercado se fue ampliando, los comerciantes decidieron poner un fondo común para comprar un camión y así poder transportar más mercancías y que fuese menos duro para todos. Más o menos en aquella época, mi padre empezó a ayudar regularmente a mi madre en el negocio.

Nadie habría pensado que mi padre, quien había vivido entre papeles toda su vida y que además ahora estaba impedido, podría ser de ayuda en el puesto de pescado de mi madre. Sin embargo, empezó a vender una especie de pasteles de pescado hechos con lo que mi madre no vendía. De la tienda de tofu del otro lado de la calle, recibía todos los días una pulpa de soja que mezclaba con el pescado molido y fécula, por lo que eran más nutritivos y sabrosos que los pasteles tradicionales hechos con harina. A todos los vecinos del barrio les encantaban nuestros pasteles de pescado. Mi padre investigó por su cuenta y creó nuevos tipos deliciosos; tan buenos eran que muchos días incluso teníamos que cerrar antes porque se vendía todo. Pasaron de ser pescaderos a ser vendedores de pasteles de pescado de forma totalmente natural. Mis padres se ganaron la vida trabajando en el mercado durante los siguientes diez años aproximadamente. Compraron la casa en donde vivíamos, adquirieron un local decente e incluso nos mandaron a mi hermano y a mí a la universidad. No obstante, nunca consiguieron ganar tanto como para permitirse una casa en un barrio de clase media.

Desde que entré en la universidad, dejé de depender totalmente de mis padres. Después de mudarnos a Seúl, me centré en estudiar. Tampoco había mucho más que hacer y además tomé la firme decisión de abandonar aquel lugar como fuera. Afortunadamente, entré en una de las mejores universidades y, al igual que otros de mis compañeros, me dediqué a dar clases particulares. Después conseguí irme de casa de mis padres porque empecé a trabajar como tutor privado interno en casa de una familia. Tras el servicio militar, seguí viviendo por mi cuenta y más tarde me fui a estudiar al extranjero, así que solo conviví con mi familia hasta el instituto más o menos.

Me pregunto cuándo conocí a Jaemyeong. Sería durante las vacaciones de verano de mi primer año de instituto, apenas unos meses después de mudarnos. La calle principal partía del cruce, seguía por la pendiente de la colina hasta llegar al mercado y a ambos lados se abrían numerosos callejones. No todo eran callejones, también había algunas calles asfaltadas de dos carriles que

desembocaban en algunos cruces cuyos rincones estaban llenos de fuentes comunales, baños públicos y pequeñas tiendas. Nuestra casa estaba en el tercer cruce a la derecha. Jaemyeong vivía en un estrecho callejón al otro lado del cruce. Aunque decían que era la última casa, en realidad no era el final del callejón, sino que continuaba cuesta arriba hasta unas escaleras hechas con rocas de la montaña. Antes de conocer a la familia de Jaemyeong, nunca había entrado por ese callejón. Normalmente, después de ayudar a mis padres, tomaba la calle principal, pasaba por delante de la fuente comunal, los baños públicos y el estanco, y después ya giraba en el callejón en donde estaba nuestra casa.

A menudo, cuando caminaba con desgana hacia el mercado, me cruzaba en la entrada del callejón de abajo con cuatro o cinco chavales desaliñados. Algunos solían estar fumando. Cuando pasaba por su lado, sentía cómo me clavaban la mirada y me giraba para observarlos de reojo. Alguno de los chicos que estaban fumando a veces me decía: «¿Qué miras, tío?». Un día, uno de ellos me quitó la gorra del uniforme de la escuela.

Dame la gorra.

¿Tienes dinero?

Te he dicho que me la des.

¡Ja! Fíjate en su mirada.

Desde la oscuridad del callejón se escuchó una aguda voz que decía: «Eh, dale la gorra». Apareció, usando la jerga vulgar de aquellos chicos, un chico no más alto que una polla. Era tan bajo y rechoncho que yo tenía que mirarlo desde arriba. Le quitó mi gorra al otro y me dijo al devolvérmela:

Algún día nos enfrentaremos tú y yo.

Yo no respondí nada; cogí mi gorra y le di la espalda. Era Jjaekan, el hermano pequeño de Jaemyeong. Su nombre real era Jaegeun, pero como era el más pequeño y bajo le pusieron ese apodo, que en el dialecto del sur significa «enano». Los otros chicos, unos diez en total, trabajaban como limpiabotas para Jaemyeong.

Las noches de verano, todo el barrio se echaba a la calle. Los hombres se reunían para jugar al ajedrez coreano y apostarse quién pagaba las bebidas. Las mujeres se sentaban en círculo con la falda o los pantalones arremangados y charlaban y se reían a carcajadas. Los niños armaban jaleo mientras jugaban al escondite y a policías y ladrones. Los que estaban en medio, adolescentes como yo, formaban pandillas y bajaban la colina del barrio o subían a la cima para tomar el aire. Nuestra casa estaba casi en la cumbre. Si giraba a la derecha al final de la calle principal y subía por el camino, llegaba a la cima, densamente cubierta de hierba y donde quedaban algunos árboles. Desde arriba se veía el barrio del otro lado y las luces de las ventanas de las casas se reflejaban esparcidas por todo el cielo. También se veía la montaña Bukhan y más allá, a lo lejos, se extendían las luces rojas del centro de la ciudad. En la cima había algunas rocas y debajo, un descampado.

Un día me encontré allí arriba a un grupo de niños y algunos adultos armando bullicio y lanzando vítores y palabras de ánimo mientras presenciaban una pelea. Decidí sentarme en una roca para observar también. Dos chicos llevaban unos guantes de boxeo, que no sé de dónde habrían sacado, y estaban golpeándose.

¡Eso es! Agáchate. Vamos, adelante, atrás. Hombre, alarga el brazo. Mandíbula, mandíbula, un gancho. ¡Eso es!

Uno de los chicos recibió un fuerte golpe y, en cuanto cayó noqueado, el árbitroentrenador detuvo la pelea.

Tú, ven rápido.

El chico que acababa de ganar me llamó. Era el mismo que unos días antes, en el callejón, me había propuesto enfrentarnos para ver quién era más fuerte. Me siguió hablando:

Tú eres el estudiante que se ha mudado al callejón de arriba, ¿no? ¿Te apetece pelear?

No tenía muchas ganas, pero me acerqué algo avergonzado porque no quería que me tomasen por un cobarde. Me sentía orgulloso de que aquellos chicos me hubiesen reconocido. No era un luchador nato, pero después de mudarnos del campo a las afueras de Dongdaemun, de camino a la escuela, me habían acosado todo tipo de chavales. En aquella época, en las escuelas públicas había más de veinte clases por curso y había un turno de día y otro de tarde. En la escuela secundaria la situación mejoró un poco, pero aun así todavía había unas diez clases con setenta u ochenta personas en cada una. Al principio me tildaban de paleto y aprendí la lección. Si alguien me provocaba o me acosaba, de ninguna manera podía dar un paso atrás. Debía luchar cada día hasta que mi oponente se rindiera, aunque me flaquearan las fuerzas. Nadie siente compasión por los que caen. Si perdía un día, lo buscaba al día siguiente al regresar de la escuela o lo esperaba frente a su casa y nos peleábamos hasta que me pedía parar. Hasta que no me lo pedía y confesaba haberse equivocado, no me detenía. Cuando volvía a casa, ni a mi padre ni a mi madre les importaba si me habían roto el labio o si se me había torcido la nariz. Además, no tenía a quién pedir ayuda. En realidad, era yo quien debía proteger a mi hermano pequeño. Por eso no me eché atrás ante el desafío de Jjaekan, porque sabía lo dura que sería mi vida en aquel barrio si me achantaba.

Mientras Jjaekan, que ya había saboreado la victoria una vez, se golpeaba los puños con los guantes puestos preparándose para empezar, yo extendí los brazos tranquilamente para que me pusieran los míos. Era la primera vez en mi vida que me ponía unos guantes de boxeo y me quedé de pie incómodo hasta que el árbitro me dio un golpe en la espalda. Justo después de que el árbitro nos indicase que comenzáramos, vi las estrellas. Más tarde aprendí que ese golpe se llamaba *jab* directo. Gracias a que ya había peleado varias veces con anterioridad, sabía que debía bajar la cabeza, levantar los puños y empezar a moverme. Cuando solté un puñetazo, lo esquivó y me devolvió otro *jab.* Recibí varios golpes más. «El que se enfada, pierde», murmuré para mis adentros apretando los dientes. Me alcanzó de lleno sin darme ni cuenta, me tambaleé y me empezó a sangrar la nariz. Cuando se acercó de nuevo, me agaché y solté un gancho hacia arriba. Mis guantes golpearon algo duro. Jjaekan se cayó de espaldas. Sin embargo, se incorporó rápidamente, se balanceó dando saltitos en el sitio y se aproximó hacia mí.

Eh, parad.

El árbitro nos separó. Me seguía sangrando la nariz y tenía la camiseta manchada por delante. «Te sale mucha sangre», masculló mientras me limpiaba la cara con la toalla que tenía colgada al cuello. Apestaba a sudor agrio.

Es solo la primera ronda, ¿por qué nos paras? —le reprendió Jjaekan jadeando.

Hombre, es un empate. Tú te has caído y él está herido.

A Jjaekan le debió de parecer suficiente para mantener su honor el hecho de que me sangrase la nariz, por eso no protestó más y se quitó los guantes.

El árbitro me dijo:

Cuando vayas a casa, di que te lo has hecho haciendo ejercicio. Esta no ha sido tu primera pelea de boxeo, ¿no?

Yo respondí que sí había sido la primera.

¡Ha sido un gancho excepcional! Tienes talento. ¿Cómo te llamas?

Minwoo Park.

Yo soy Jaemyeong, pero puedes llamarme hermano. Jjaekan, este es Minwoo. Dale la mano.

Nos dimos la mano, un tanto incómodos.

Me impresionó cómo manejó Jaemyeong la situación, porque logró integrarme de manera natural como un chico más del barrio sin herir el orgullo de nadie.

Hasta mi segundo año de instituto, tuve una relación bastante cercana con Jaemyeong y sus hermanos. Jaemyeong tenía veinte años y era el segundo hijo. El primogénito era Jaeseob y debía de tener unos veintidós años. Jaeseob regresaba a casa una vez cada varios meses y se quedaba alrededor de diez días, máximo un mes. El tercero era Jjaekan, que era un año mayor que yo. Era el más pequeño de los chicos, pero en realidad la benjamina era Myosoon, la única chica. Tenía dos o tres años menos que yo.

No tenían padre. Por tanto, Jaemyeong ejercía de cabeza de familia. La madre y Myosoon se encargaban de las tareas del hogar y Jaemyeong gestionaba varios puestos de limpiabotas frente al cine Hyundae, que estaba al otro lado del cruce; otro en la calle de atrás de Manseok, un restaurante especializado en carne a la parrilla, y otro delante de la cafetería. Todos los hermanos frecuentaron apenas unos años la escuela y después abandonaron los estudios. Jjaekan se refería con orgullo a él mismo y a sus hermanos como desertores de tercer, cuarto y quinto curso. Cuando pregunté quién era el que había llegado a quinto, me dijeron que evidentemente era el inteligente de Jaemyeong. También me contaron que su padre, un campesino que falleció en cuanto se mudaron desde la región de Jeolla, no habría podido enviar a la escuela a todos los hermanos aunque hubiera vivido más tiempo.

Aquellas vacaciones de verano, subí a la cima de la montaña de nuestro barrio dos o tres veces por semana. Estaba decidido a que Jaemyeong me enseñase a pelear. Aprendí a colocar los pies adelante y atrás, movimientos para equilibrar la fuerza entre las dos piernas; a esconder la cabeza; a usar los puños y los codos para protegerme la cara, los costados y el estómago mientras lanzaba puñetazos, ganchos, ganchos al tronco y *jabs.* No era un gimnasio, así que no teníamos saco de arena ni equipamiento por el estilo, pero practiqué respiración, buenos reflejos y fuerza en las caderas saltando a la comba o corriendo en el sitio.

Jaemyeong, después de dejar la escuela, empezó a trabajar como limpiabotas en el barrio de Jongno y fue ascendiendo por todos los niveles: desde el que simplemente recoge los zapatos de los clientes pasando por limpiador hasta llegar a ser el que les da brillo. Empezó a hacer deporte para protegerse. Se dio cuenta de que lo que aprendía no le servía para las peleas reales y para perfeccionar diferentes técnicas practicó hapkido medio año, judo tres o cuatro meses y boxeo en un gimnasio durante un año. Aprendió a reconocer el estilo de lucha de su oponente en cuanto empezaban a pelear. Siempre decía que ni siquiera los expertos en artes marciales poseedores de varios danes pueden ganar a un luchador curtido en numerosas peleas. El dueño del gimnasio de boxeo apreció el talento de Jaemyeong para la lucha y lo entrenó de forma intensiva para que debutase como boxeador profesional.

¿Por qué lo dejaste? —le pregunté.

Fue cuando Seobseob entró en el trullo. Alguien tenía que hacerse cargo de la familia —respondió Jaemyeong riéndose entre dientes.

Seobseob era el apodo de Jaeseob, el hijo mayor. Fue así como me enteré de que había estado en la cárcel. Era un ladrón. Cada varios meses, volvía a casa y en la estrecha habitación de sus hermanos apilaba algunos tocadiscos, televisiones y otros objetos robados hasta que los vendía y desaparecía de nuevo. Después adquirió ciertas habilidades y empezó a trabajar en una empresa corriente, puesto que era más estable y el sueldo también era mejor. Parecía poco probable que una empresa contratase a un chico sin estudios como él, pero Jaemyeong me explicó que con el término *empresa* se referían a un grupo de carteristas.

Relaja los hombros y los brazos. Mientras te muevas, pum, pum, golpea, y hazlo con fuerza, ¿vale? —me decía mi entrenador—. *Ogressib, ogressib,* tú estudias inglés, así que deberías entenderme.

Al principio no sabía qué estaba diciendo, pero poco después descubrí que estaba tratando de pronunciar en inglés el adjetivo *agressive,* que significa «agresivo» o «combativo».

La primera vez que fui con Jjaekan a su casa me sorprendió mucho. Era similar al resto de las del barrio, con paredes de hormigón llenas de agujeros cubiertos con cemento, pero dos veces más grande que la nuestra. No tenía jardín ni baño y daba directamente a la calle, pero era bastante espaciosa porque habían unido dos casas tirando el tabique del medio. Había una habitación grande y dos pequeñas y entremedias un amplio salón. En la habitación grande del otro lado del pasillo se alojaba la decena de chicos limpiabotas. La madre y Myosoon dormían en la habitación de al lado de la cocina y el otro dormitorio pequeño lo ocupaban Jaemyeong y Jjaekan. La casa daba al muro de contención de la que había atrás y los aleros del tejado le daban sombra, por lo que allí guardaban el cántaro de agua. Los chicos se turnaban para ir a la fuente pública a buscar agua que luego usaban para lavarse la cara, las manos y los pies.

Para las comidas, colocaban en el porche una gran mesa hecha de tablones de madera y, después de que Jaemyeong se sentara, los chicos se colocaban a su alrededor. Yo me senté en el lado opuesto a Jaemyeong y Jjaekan se sentó a su lado. La madre fue sirviendo platos de *sujebi,* una sopa tradicional con copos de harina, preparada en una gran olla, y Myosoon los fue colocando sobre la mesa. Cuando la madre y Myosoon se sentaron, comenzamos a comer. Su *sujebi* estaba preparada con trozos de masa líquida vertidos en una cazuela con agua hirviendo, por lo que al comerla los trozos de masa se volvían aún más pastosos y parecía que estábamos comiendo gachas. La harina debía de ser de mala calidad porque tenía un color amarillento y el caldo no estaba hecho con anchoas, sino que era simplemente agua con un poco de salsa de soja y trozos de calabaza. A duras penas parecía *sujebi.* No obstante, a Jaemyeong le dieron un plato de arroz blanco. La madre, Myosoon e incluso Jjaekan comieron *sujebi,* pero a Jaemyeong le sirvieron un buen plato de arroz. Como acompañamiento tenía *kimchi,* pero no era del de buena calidad, sino que simplemente eran unas hojas de col mal preparadas, revueltas sin ton ni son y aliñadas con sal y chile en polvo. Jaemyeong cogió su cuchara, dudó y después me ofreció su comida mientras me decía:

Hoy eres nuestro invitado. ¿Te lo cambio?

En cuanto lo dijo, sentí las miradas afiladas del resto de los chicos. Se me pusieron de punta los pelos de la nuca.

No, me gusta el *sujebi.*

Cuando le dije eso, Jaemyeong se comió una cucharada de arroz y todos volvieron a mirar su plato de sopa. El arroz era un gran privilegio solo disponible para el encargado del sustento de toda la familia. Nunca podré olvidar aquella imagen.

En nuestro establecimiento, si al freír los pasteles de pescado alguno salía mal, roto o con los bordes deformes, mi padre lo sacaba con unas pinzas y lo apartaba. Él se encargaba de hacer la masa mientras que las dos chicas que trabajaban allí cogían la cantidad justa de masa, la metían en unos moldes cuadrados y poco profundos para darle forma, y después la echaban con cuidado en el aceite. Sus movimientos eran ágiles y mecánicos. Cuando ya estaban bien hechos, aquellos pasteles dorados subían a la superficie y mi padre los sacaba. Al lado izquierdo colocaba los que se podían vender y a la derecha los que tenían los bordes rotos. La tarea de mi madre consistía en contarlos, apilarlos, meterlos en cajas y preparar los pedidos. Además, también se encargaba de atender a los clientes. Para poder enfriar los pasteles recién sacados del aceite, había un ventilador enorme que se pasaba todo el día encendido y que emitía un sonido estrepitoso.

Cuando mi hermano y yo regresábamos de la escuela, apaciguábamos el hambre con los pasteles de pescado aún calientes que habían apartado por estar un poco estropeados. Cuando ya estábamos llenos, nos partíamos de risa mientras nos señalábamos con el dedo la boca grasienta. Mi madre solía envolver el resto de los pasteles rotos y nos encargaba a mi hermano y a mí que los llevásemos a sitios a los que debía algún favor o con los que quería mantener una buena relación. Eso abarcaba lugares como la chabola del señor que traía previo pago el agua a los vendedores del mercado desde la fuente pública, el cuarto de los barrenderos o la comisaría de policía, entre otros. A veces también los llevábamos a casa de Jaemyeong y entonces los chicos limpiabotas se daban un festín. Gracias a esto, mi hermano y yo adquirimos cierto estatus y poder en el barrio. Los adultos siempre se dirigían a nosotros primero y nos preguntaban a dónde íbamos o si volvíamos de la escuela. Además, cuando aparecíamos frente a una casa en la que estaban preparando la cena, la madre nos recibía con una sonrisa y nos agradecía que le facilitásemos la tarea.

Cuando mi padre tenía tiempo libre, redactaba algunos documentos oficiales para otros vendedores y para gente del pueblo que acudía porque había escuchado hablar de él. Más tarde me enteré de que a nuestro establecimiento no lo llamaban «La casa de los pasteles», sino «La casa del estudiante». Yo era uno de los dos únicos estudiantes de secundaria del barrio. La otra era Soona Cha, la hija de los dueños del restaurante de *guksu,* un tipo de sopa de fideos.

En aquella época, había escasez de arroz y desde el Gobierno se estaba fomentando un mayor consumo de harina y otros cereales. En la escuela incluso examinaban la comida que llevábamos de casa y si alguien tenía arroz blanco le golpeaban las palmas de las manos. La harina venía de Estados Unidos como ayuda humanitaria y los sacos estaban marcados con la imagen de un apretón de manos. La oficina del distrito se encargaba de distribuirla y al final llegaba hasta el mercado. En todas las casas, la comida consistía en *sujebi,* fideos de harina o aquellos fideos especiales, también llamados «de banquete», cortados a máquina tan finos que antes de poderlos masticar ya se deslizaban garganta abajo. Se llamaban así porque antes solo se comían en ocasiones especiales, pero en aquel momento mi familia los comía con frecuencia tanto con caldo como sin él. Para los niños era un día excepcional cuando los preparaban con caldo de anchoas y trocitos de pasteles de pescado. Mi hermano y yo ya estábamos un poco aburridos de ellos, pero

eran un buen sustituto de la carne. Los pasteles de pescado y la sopa de fideos eran las comidas favoritas de los vecinos de nuestro barrio. Girando en el tercer cruce, estaba nuestra casa; por debajo estaba el callejón donde vivían Jaemyeong y sus hermanos; y justo por debajo de él, a la izquierda del primer cruce, estaba el restaurante de fideos de la familia de Soona.

No había pasado mucho tiempo desde que empezamos a hacer y vender los pasteles, por eso creo que sucedió más o menos el otoño de mi segundo año de instituto. Mi madre envolvió los restos de pasteles en papel de periódico y me dijo que los llevara al restaurante de fideos. Inmediatamente mi corazón se aceleró. Conocía a Soona y me había cruzado con ella varias veces de camino a la escuela. Si eras un adolescente del barrio y no conocías a Soona, o te acababas de mudar, o tenías algún tipo de deficiencia intelectual. Además, el restaurante de fideos de su familia estaba justo enfrente de la fuente pública a la que todo el mundo acudía a por agua. Cuando ella caminaba cada mañana por la calle del mercado hasta la parada de autobús, con su uniforme de la escuela, el cuello de la camisa perfectamente almidonado y sus dos largas trenzas, destacaba como una grulla blanca en medio de una zona desastrosa. Era muy guapa, llamaba la atención incluso a lo lejos. Tenía una nariz con un gran puente, los ojos grandes, el rostro pálido y siempre una expresión de formalidad. Las sonrisas son bonitas, pero la verdad es que lo que realmente vuelve locos a los chicos son las chicas distantes, frías y aparentemente inaccesibles. Ese era el punto de vista de Jjaekan, la opinión de Jaemyeong y lo que pensaba yo también. Nunca nos lo confesamos, pero a todos nos gustaba Soona.

Envolví los pasteles de pescado y me dirigí a la fuente pública con emoción, pero según subía fui ralentizando el ritmo. Me dio vergüenza llevarlos en papel de periódico. Me daba la impresión de que los que estuviesen en la fuente se quedarían mirando las manchas de aceite en el papel. «¿Llevas unas sobras de pasteles de pescado?», me murmuré a mí mismo invadido por un sentimiento de inferioridad y derrota. Llegué frente a su casa. En el cristal de la puerta había pegado un papel en el que estaba escrito pulcramente «Se vende sopa de fideos». Supuse que aquella debía de ser su letra.

Al abrir la puerta de cristal, se accedía a un espacio que habían hecho tirando un tabique, en donde una máquina de hacer fideos giraba gracias a unas correas conectadas. En la calle, sobre una rejilla tan alta como el muro del jardín, siempre había fideos secándose, como si fuera la colada tendida. Cuando pasaba por delante de la fuente pública, siempre los veía retirando fideos y colgando otros nuevos en la rejilla. Nada más abrir la puerta, a la derecha, encontrabas paquetes de fideos secos envueltos en papel apilados sobre una mesa. Ya había ido en ocasiones anteriores para comprar aquellos fardos.

Abrí la puerta y entré, pero no había nadie. «¿Hay alguien?», pregunté y ella asomó la cabeza desde una sala al otro lado. Me saludó con un leve movimiento de cabeza apenas perceptible. Vino hacia mí, se quedó de pie a mi lado y cogió uno de los paquetes de fideos. Olía muy bien.

No, no he venido a comprar fideos… Toma.

Rápidamente supo qué era lo que le daba envuelto en papel de periódico.

¡Ah! ¡Qué buenos!

Ella me sonrió mostrando sus dientes perfectamente alineados. A causa de aquella sonrisa, sentí una opresión y un dolor en el pecho, como si me hubiesen dado un golpe.

Gracias.

No sabía que responderle, así que me giré, pero ella me dijo:

Espera, llévate esto.

Me entregó un paquete de fideos. Los cogí perplejo y nada más salir me arrepentí. Como no me lo habían ofrecido ni su padre ni su madre, tenía que haberlo rechazado. Pero ¿cómo iba a negarme? Me puse el paquete en un costado y, con la cara colorada, me fui corriendo a casa para que no me viese nadie.

Para mí, las chicas eran criaturas que veía en el autobús o me encontraba de camino a la escuela, pero para los chicos del barrio que no podían ir a clase las chicas parecían árboles altísimos inalcanzables. Una vez fui a casa de Jaemyeong con mi uniforme del colegio y me crucé con Myosoon cuando salía de la cocina.

¡Anda! ¡Qué guapo! Mira qué uniforme. Pareces un estudiante de la Universidad Imperial de Tokio.

En aquel momento me di cuenta de que no podría seguir saliendo con ellos mucho tiempo a causa de nuestras diferencias; todavía lo recuerdo como si fuera ayer. Pensé que debería tratarlos bien sin importar lo que yo pensara sobre ellos en lo más profundo de mi ser. Supongo que ya había tomado esa decisión cuando conocí a Jjaekan y a los otros limpiabotas en la cima de la montaña.

Los puestos de limpiabotas de Jaemyeong se ubicaban en los mejores lugares y por eso eran muy codiciados. Inteligente y con talento, Jaemyeong gestionaba muy bien su negocio. Para el puesto ubicado en el cine Hyundae, se hizo muy amigo del pintor de los carteles de las películas y del proyeccionista. Más tarde, gracias a ellos dos, consiguió que el jefe le diera permiso para poner su puesto a cambio de un plus de dinero. En todos los barrios hay bandas de canallas por doquier, pero, después de pelear los primeros días para dejar clara la jerarquía, Jaemyeong supo ganarse el respeto del resto. La banda Cruce de Tres Direcciones, del otro lado de la calle, era la más poderosa, pero eran amigos de Jaemyeong, así que ellos también lo dejaban en paz.

El segundo puesto se encontraba delante de Manseok, el restaurante especializado en carne a la parrilla, en un callejón junto al cine. Jaemyeong y los chicos se turnaban para mantener limpio el restaurante por dentro y por fuera y para ahuyentar a los vendedores ambulantes o mendigos; de este modo lograron que les dejaran poner un puesto en la puerta. Por otro lado, la cafetería se ubicaba en el primer piso de un edificio de tres plantas justo a la entrada del mercado de Dalgol, por lo que la localización era muy buena y abundaban los clientes, ya que siempre había muchos transeúntes. Sin embargo, como era una calle principal costaba establecerse allí. Por tanto, lo puso en un callejón de al lado, cubierto por un toldo, como si fuese un puesto ambulante. Jaemyeong solía quedarse en el puesto que estaba enfrente del cine y se encargaba también del puesto del restaurante, mientras que Jjaekan se llevaba a tres de los chicos al de la cafetería. Gracias a Jaemyeong pude ver gratis muchas películas en el cine. Le hacía un gesto con la cabeza al hombre que comprobaba las entradas mientras me daba un golpecito en la espalda y así me dejaban entrar sin problemas.

Un día hubo una pelea en los alrededores de la cafetería. Jjaekan estaba limpiando unos zapatos con otros chavales cuando el encargado de recogerlos en la cafetería apareció con el labio roto. Unos chicos que no habían visto antes por allí habían colocado unas sillas junto a la entrada de la cafetería y estaban trabajando allí. No habían dejado que el chico entrara al local a por los zapatos y le habían dado una paliza en la misma puerta. Los otros limpiadores iban a

abalanzarse sobre ellos, pero Jjaekan los detuvo y fue a la cafetería él solo. Tal y como les había contado el chico, habían colocado dos sillas para recibir a los clientes y tres chavales acuclillados limpiaban algunos pares de zapatos que habían sacado de la cafetería. Jjaekan se acercó para hablar con ellos. No se molestó en preguntarles de dónde habían salido ni quién los había contratado y tampoco se entretuvo en explicarles que aquel lugar era suyo. Lo único que dijo fue:

¿Quién le ha pegado?

Un chico más rechoncho que el bajito de Jjaekan se levantó frunciendo el ceño hasta que se le dibujó un surco en la frente.

Búscate otro sitio para trabajar. Ahora este es nuestro territorio.

Jjaekan se quedó perplejo y se limitó a preguntar:

¿Cómo que ahora esto es tuyo?

El chico le respondió con soberbia:

El dueño nos ha dado permiso.

Jjaekan soltó una risita y se giró para marcharse. Sabía muy bien cómo se encargaba Jaemyeong de los chicos como este, así que no se encaró con él en ese momento.

No tardaron ni un día en descubrir quién era aquel chico. Su apodo era Tocón y tenía un año menos que Jjaekan, por lo que era de mi edad. Dos meses antes se había mudado al barrio de arriba, que era una zona sombría al pie de la montaña. Sin embargo, antes había vivido en el barrio de la montaña del otro lado de la calle principal, por lo que algunos de los miembros de la banda Cruce de Tres Direcciones ya lo conocían. Decían que era cinturón negro de taekwondo. Unos meses antes, habían abierto un gimnasio de taekwondo en el segundo piso del edificio de la cafetería. El maestro tenía unos años más que Jaemyeong y era cinturón negro de tercer nivel. Tocón también daba clases de taekwondo a niños en ese gimnasio. Además, reclutó a algunos de los chicos del barrio de la montaña para un puesto de limpiabotas y de ese modo ganarse un dinero extra. Jaemyeong tomó una decisión inmediatamente.

Que le den. Pasamos de la cafetería.

¿Cómo? ¿Y qué voy a hacer yo?

Jjaekan estaba enfurecido y yo, que estaba al lado, tuve que intervenir.

No es buena idea. Se empezará a rumorear que te has echado atrás.

No hay por qué apresurarse. Jjaekan, a partir de mañana recoge zapatos de otros establecimientos de ese cruce.

No nos convenció, pero cerramos la boca. Al ver que no hubo reacción de vuelta, Tocón se envalentonó y se acercó al nuevo puesto de Jjaekan para extorsionar a sus limpiabotas. Al final Jjaekan estalló ante Jaemyeong.

¿Tienes miedo o qué? Si nos insultan así y no tomamos represalias tendremos que marcharnos del barrio.

En el barrio nadie subestimaba a Jaemyeong y todos sabían que gracias a su poder había conseguido los mejores lugares para sus puestos. Sin embargo, con la aparición de Tocón surgió una nueva fuente de poder alrededor de la cual se congregó un grupo de siete u ocho chiquillos. Viviendo a las afueras de Dongdaemun había conocido a muchos chicos de chabolas que prácticamente se habían criado solos. Solían abandonar los estudios y se agrupaban para dedicarse a la venta ambulante o para robar y cuando se hacían más mayores se ponían a trabajar

en alguna fábrica. La mayoría se independizaban del todo cuando se marchaban a hacer el servicio militar.

Jaeseob fue muy oportuno y volvió a casa unos meses más tarde. Se enteró de la nueva situación en el barrio gracias a Jjaekan. En cuanto Jaemyeong regresó del trabajo, le preguntó sobre lo ocurrido y él trató de justificarse.

Lo que yo quería es vivir sin meterme en líos. No es fácil enfrentarse al maestro de taekwondo, así que estoy esperando el momento adecuado.

¿En serio? ¿Quién eres tú? ¿Acaso no eres el hermano pequeño de Seobseob? ¿Para qué has aprendido tanto tiempo hapkido, judo y boxeo? ¿Cómo vamos a ganarnos la vida así? Mañana mismo vamos a armarla.

A la mañana siguiente, los dos hermanos fueron con tres de los limpiabotas más mayores al mercado. Cuando llegaron frente a la cafetería, no había ni rastro de Tocón. Al preguntarles a los limpiabotas dónde estaba, les dijeron que estaba arriba dando una clase de taekwondo de nivel inicial. Subieron corriendo al segundo piso. Los limpiabotas que acompañaban a los hermanos ignoraron a Tocón, que en aquel momento estaba gritando: «Uno, dos, uno, dos», y echaron fuera a todos los alumnos. El maestro había salido a hacer unos recados y había dejado a Tocón a cargo de todo.

Por fin te encuentro, imbécil.

Ante este tono amenazante, Tocón adoptó una posición de ataque mientras movía ágilmente los pies.

Vamos a enfrentarnos de manera formal.

¡Mira qué malote, cómo toma posición!

Jaemyeong se agachó para evitar una patada y le golpeó en el costado y dos veces en la mandíbula, por lo que Tocón se cayó.

¿Y tú dices que eres cinturón negro? Levántate, soplapollas.

Jaemyeong lo levantó agarrándolo del cuello y le dio un gancho en el vientre, lo que provocó que Tocón se encogiera como una gamba y se retorciera en el suelo. Mientras tanto, Jaeseob estaba arrancando de las paredes y arrojando al suelo los espejos, los cuadros y todo lo que encontraba. Jaemyeong lo amenazó.

¿Has estado extorsionando a mis chicos? Hasta ahora he fingido no darme cuenta, pero se acabó. Sé dónde vives y sé en qué obra trabaja tu padre. Como me das pena, voy a dejar que te quedes con el puesto de la cafetería, pero si das un paso más allá acabaré contigo. Así que ten cuidado.

Los dos hermanos salieron y dejaron a Tocón encogido sobre los pedazos de cristal rotos. Suponían que el maestro iría en su busca en cuanto regresase.

Siguiendo la calle principal que atravesaba el barrio y pasado el cruce frente a nuestra casa, la carretera llegaba a su fin y se dividía en dos. Ambos caminos llevaban a la cima de la montaña, pero el de la escalera de piedra era mucho más directo. En un descampado antes de llegar a la cumbre, alguien había intentado establecer un huerto, pero finalmente lo había abandonado. Desde allí arriba se veía todo el barrio, incluido el mercado. También era posible apreciar algunos de los pequeños callejones que habían surgido nuevamente e incluso el patio de algunas casas. A la cima de la montaña acudía gente de todas las edades, pero aquel descampado era exclusivamente para nosotros. Estábamos seguros de que Tocón ya sabría que aquel era nuestro punto de reunión.

Cuando el sol se estaba poniendo, el chico que estaba vigilando nos avisó de que venían. Jaeseob y Jaemyeong se sentaron sobre un tablero de ajedrez coreano y el resto nos quedamos de pie alrededor. El primero en aparecer por el camino fue Tocón, inmediatamente seguido por su musculoso maestro.

¿Quién ha sido? ¿Quién de vosotros ha destrozado mi gimnasio, capullos?

¿Tú eres el maestro? Ven a sentarte conmigo —dijo Jaeseob haciéndole un gesto.

Jaemyeong se levantó para dejarle sitio. Con todos nosotros rodeándolo, el maestro no dudó y se acercó. Jaeseob continuó hablando sentado en el tablero:

No me importa pelear contigo, pero escúchame primero.

El maestro estaba colorado, con los puños apretados como si fuera a abalanzarse sobre él en ese mismo instante.

Hablas demasiado, cabrón.

En cuanto el maestro se acercó, Jaeseob empezó a agitar los brazos.

No, no, un momento. Te he dicho que me escuches. Imagina que esto es el puesto de limpiabotas y esto el gimnasio de taekwondo —dijo mientras colocaba con un golpe las fichas sobre el tablero.

El maestro se agachó sin pensar para ver mejor el tablero y de repente Jaeseob se incorporó y lo golpeó con la rodilla en la cara. Se escuchó el crujido de su nariz al romperse y se tambaleó ante ese ataque inesperado. Jaeseob lo agarró por el pelo y le dio rodillazos sin parar. A Tocón y los otros dos chicos que había traído no les quedó más remedio, ante esa arremetida repentina, que limitarse a mirar. Jaeseob cogió por las axilas al maestro, ya desmayado y cubierto de sangre, y lo arrastró. Lo dejó al borde de la colina y les lanzó una última amenaza:

Denunciadme si queréis. Si vais a meteros en el barrio de otro, deberíais presentaros e intentar ir de amigos, capullos. ¿Te estás burlando de mí, acompañado de estos chavales? Pórtate bien y dedícate a enseñar taekwondo si no quieres que alguien le prenda fuego a tu gimnasio.

Justo después empujó colina abajo al maestro inerte como si fuera un trapo. Rodó y se deslizó a toda velocidad hasta que paró y se quedó boca abajo sin moverse.

La noticia de lo que había pasado se extendió no solo por nuestro barrio, sino también por los alrededores. Proliferaron rumores sobre que había perdido diez dientes, que se había quedado sin nariz y que había estado ingresado más de ocho semanas. Incluso un agente de policía se pasó a investigar. Al final, el prestigio del maestro de taekwondo quedó por los suelos, no solo por haber perdido la pelea, sino también por haber acudido a la policía.

Presenciar este episodio me hizo reflexionar sobre lo duro que puede ser el mundo. Supuse que nuestro pequeño infierno era una versión reducida del mundo exterior. En mi tercer año de instituto, decidí que tenía que tomar mi propio rumbo y me obsesioné por ir a contracorriente. Fue más o menos por aquella época cuando el amor y las chicas aparecieron en mi vida, pero como había tomado la firme decisión de abandonar el barrio me concentré en estudiar para el examen de acceso a la universidad.

Cuando me enteré de que a todos los chicos del barrio les gustaba Soona, la hija de los dueños del restaurante de fideos, yo ya estaba profundamente enamorado de ella. Primero me fijé en que Jjaekan empezó a hacerse cargo de ir a buscar agua. Cuando lo elogié por ser tan trabajador, los limpiabotas se miraron entre ellos mientras soltaban risitas. Jaemyeong dijo: «¿Por qué crees que lo hace? Solo quiere ver a Soona».

Me di cuenta de que la fuente pública estaba cerca del restaurante de fideos. Un día, Jaemyeong se presentó en el restaurante para pegar un cartel de una película del cine en el que trabajaba y le llevó también unas entradas. Además, según Jjaekan, Tocón iba allí cada dos días para comprar fideos. Había visto que desde hacía un tiempo en casa de Jaemyeong comían más fideos que sopa de *sujebi,* pero pensé que era porque les iban mejor las cosas. Myosoon se había percatado de la situación y llegó incluso a decir con lágrimas en los ojos que ella también quería ir a la escuela, como Soona.

De vez en cuando me encontraba con Soona al ir o al venir de la escuela y con suerte incluso coincidíamos en el mismo autobús. Un día me subí y ella se sentó delante de mí. Me cogió la mochila para llevarla sobre sus rodillas mientras yo iba de pie. Yo sonreí tímidamente y me limité a asentir con la cabeza. Quizás porque los dos éramos los únicos estudiantes del barrio, Soona no dudó en entablar conversación conmigo.

Anda, este libro es de la biblioteca del norte de Seúl —dijo ella cuando un libro se deslizó fuera de mi mochila.

¿Has ido alguna vez? —le respondí contento.

Claro, yo también cojo libros prestados de allí…

Estábamos acercándonos a la parada en la que nos bajaríamos y ya no teníamos nada más de lo que hablar. Al bajarnos y llegar a la entrada del mercado tendríamos que fingir que no nos conocíamos. Según nos aproximábamos a la parada, me iba poniendo más nervioso.

El viernes voy a ir a por unos libros. ¿Quieres que vayamos juntos?

¿Después de clase? ¿A qué hora?

¿Sobre las cuatro y media?

Vale, ya veremos.

La biblioteca estaba a medio camino entre mi escuela y la suya. Cerraba a las seis, así que teníamos tiempo. Por suerte, aquel día llovía. No llevé paraguas a propósito para compartir el suyo. Quedamos unas cuantas veces más y después del examen de acceso a la universidad la invité a menudo a ir juntos al centro. Extrañamente, mis recuerdos de aquella época son algo confusos e inconexos. Quizás sea normal, puesto que he vivido en un mundo totalmente diferente durante las últimas décadas.

Cuatro

Por la mañana, el día comienza con un barullo de ruidos que luchan entre sí por imponerse al resto y que me ponen los nervios de punta. Los ratos en que los clientes me dan un respiro, aprovecho para dar cabezadas y me despierto asustada en cuanto oigo la puerta al abrirse. El estruendo de los coches, que normalmente no me molesta, me taladra la cabeza. Últimamente, como he estado ensayando y preparando todo para el estreno, apenas he dormido y no he parado de hacer cosas, así que aguantar una hora extra en el trabajo me resulta más duro de lo habitual. Cada vez que sacudo la cabeza con fuerza porque me entra sueño, siento como si golpease una colmena y, mientras un enjambre de abejas revolotea alrededor de mi cabeza, todo se oscureciese ante mis ojos. Cuando me siento tan agotada que me cuesta incluso levantarme, me acuerdo de Minwoo Kim, el de la camiseta negra. Durante un tiempo, cuando en la calle veía a algún chico con una camiseta negra y una gorra de béisbol se me rompía el corazón y el sonido de las motos de los repartidores de pizza me ponía tan nerviosa que me revolvía hasta incluso provocarme náuseas. Cuando se presentó, me dijo: «Hola, aquí despedido». «¿Cómo? ¿Te llamas despedido? ¿Qué tipo de nombre es ese?». Me reí a carcajadas, pero él ni siquiera cambió el semblante y se limitó a repetir: «Soy al que han despedido».

Lo conocí cuando trabajaba a tiempo parcial en una pizzería. No fue uno de esos casos en los que tienes un flechazo con el cliente al que estás atendiendo. Él también trabajaba allí. Excepto el gerente, el resto de los empleados eran veinteañeros, pero él destacaba porque parecía más mayor, como esos chicos que vuelven a principio de semestre después del servicio militar. Tenía treinta y un años y trabajaba como repartidor. Siempre llevaba una camiseta negra. La imagen o las letras de la parte delantera eran diferentes y el grosor y el largo de las mangas cambiaban dependiendo de la estación, pero siempre eran camisetas negras. Creo que quizás fui la única que le preguntó por qué solo se ponía camisetas negras. Ante cualquier pregunta, él siempre respondía de forma sencilla: «Porque no me gusta hacer la colada». Por ese motivo, todos los empleados empezaron a llamarlo Camiseta Negra en vez de Minwoo. Cuando trabajábamos juntos allí, no teníamos una relación muy cercana. Como se dice comúnmente, éramos invisibles el uno para el otro.

El gerente del restaurante vio que era una chica vivaz y con energía, así que me puso a ayudar en la cocina. No me permitían hacer la masa, pero lavaba los ingredientes y colocaba con cuidado las guarniciones dependiendo del tipo de pizza. Algunas veces me equivoqué con los ingredientes, por lo que él me recordó que estaba en periodo de prueba. Eso supuso que mi sueldo se redujese durante tres meses. Había escuchado que incluso en los trabajos a tiempo parcial solían firmarse contratos, pero a mí no me dijeron nada y lo dejé pasar porque pensé que me pagarían, aplicando el sentido común. En un mes me aprendí a la perfección todas las recetas de pizza y aguanté en silencio a que pasaran los dos meses restantes del periodo de prueba. Cuando recibí mi sueldo al cuarto mes, comprobé que seguía siendo el mismo que el mes anterior. Cuando le pregunté al gerente, me dijo que era por las molestias causadas por tomarme dos días libres. Le repliqué que

si no le parecía demasiado descontarme trescientos mil wones y él contraatacó diciéndome que me alargaría el periodo de prueba, por lo que me sentí impotente. Un adulto en Seúl necesita para vivir un millón seiscientos mil wones y yo apenas estaba ganando la mitad del millón que me habían prometido. Eso quería decir que me pagaban la hora a tres mil wones.

Mientras discutía con el gerente y estaba a punto de decirle que lo dejaba al día siguiente, Camiseta Negra me detuvo. Le preguntó al gerente por qué no me había hecho un contrato y le indicó que era ilegal no tenerlo. Le explicó al detalle que, si había un periodo de prueba de tres meses, debería haberme avisado y una vez terminado debería pagarme lo que me correspondía. Sin embargo, el gerente dijo que no era culpa suya y que yo había aceptado las condiciones, así que nos ignoró. Camiseta Negra se quitó lentamente el uniforme con el logo del establecimiento impreso y dijo que él también dejaba el trabajo y que iba a denunciar al gerente ante el Ministerio de Trabajo y el Centro de Información Laboral del barrio. El gerente nos respondió que hiciéramos lo que quisiéramos soltando una risita y así fue como ambos dejamos aquel empleo.

Ahora ya me he rendido; si el trabajo y el sueldo son razonables, no me quejo. La tienda veinticuatro horas paga cuatro mil quinientos wones por hora, pero en mi caso tengo que cobrar un cincuenta por ciento más porque hago las horas extras por la noche. Además, como mi jornada es de cinco días laborables, me tienen que pagar por tener un día libre menos. Sin embargo, llegamos al acuerdo de que me darían sesenta mil wones por un turno nocturno de diez horas. A cambio, me pagarían puntualmente al final de cada turno. Unos años antes no habría tolerado algo tan injusto y no me habría quedado satisfecha hasta aclararlo todo, pero ahora me molesta estar pendiente de esto y aquello y prefiero llegar a un acuerdo.

Unos días después de dejar el trabajo, estaba en medio de un ensayo en el teatro y me dijeron que alguien había venido a buscarme. Era Camiseta Negra. Me llevó hasta la pizzería en su viejo Galloper con su ruidoso motor. Allí nos estaba esperando el gerente y nos entregó unos sobres con trescientos mil wones. Abrí el sobre y, después de contarlos con los ojos, mi intención era metérmelo en el bolsillo de atrás del pantalón. Camiseta Negra me lo quitó hábilmente.

Así es muy fácil robártelo. Mételo en el bolso.

Vamos a tomarnos algo con este botín inesperado.

Le dije esto porque me embargaba la emoción de recibir un dinero caído del cielo al mismo tiempo que me sentía culpable de dejarlo solo sin recompensarlo. Sin decir nada, él miró alrededor y se dirigió a un restaurante de sopa de morcilla que le llamó la atención y murmuró:

Qué inmaduras son las chicas de hoy en día.

Le pregunté cómo había sido posible aquel milagro. No lo había denunciado ni ante el Ministerio de Trabajo ni ante el Centro de Información Laboral del barrio. Sabía que, a pesar de las leyes, nunca se molestarían en tratar de conseguir esa pequeña suma de los propietarios y ni siquiera se lo notificarían. Lo que hizo fue pedirle a un amigo que llamase al gerente. Con voz intimidante le dijo que habían denunciado a la empresa y que el gerente estaba causando problemas. Después hizo una pancarta de protesta y se plantó frente al restaurante desde la hora de la comida, cuando empezaba a llenarse de gente, hasta la hora de la cena. Al final el gerente, que solía estar en otro de los restaurantes, se puso en contacto con él y, tras acudir en persona y analizar la situación, le ofreció un acuerdo. Me dijo que a partir de entonces tenía que procurar que me firmaran un contrato, aunque se tratase de un trabajo a tiempo parcial. Era la única forma de estar segura de su duración, del número de horas, de las tareas que me correspondían y del

salario.

Gracias a él conseguí esa misma semana un trabajo en una cafetería de la universidad. Me contó que antes solía trabajar en una gran empresa de construcción. Tras perder ese empleo, había sobrevivido con dos o tres puestos simultáneos a tiempo parcial. Quedábamos de vez en cuando. Generalmente venía a buscarme a la salida del trabajo y cuando yo estrenaba alguna obra lo invitaba al teatro. Teníamos una relación tan cercana que la gente pensaba que éramos novios desde hacía mucho. Sin embargo, como sabíamos que no podíamos permitirnos ese lujo, guardábamos una distancia prudente entre nosotros, como si hubiéramos hecho una promesa. Cuando estábamos juntos, era evidente que había algo especial entre nosotros, pero ambos fingíamos no darnos cuenta y nos limitábamos a disfrutar tranquilamente. A menudo, mientras tomábamos algo y nos quejábamos de la vida, me entraban de repente ganas de llorar y tenía que quedarme mirando las letras impresas en su camiseta para hacer alguna broma y cambiar de tema.

Al terminar la formación profesional, estuvo un tiempo trabajando en los servicios públicos a cambio de no hacer el servicio militar, puesto que era el único sustento de su madre viuda. Después, cuando aún era un veinteañero, estuvo trabajando en el mismo sitio durante ocho años, pero siempre como empleado temporal. Yo lo consideraba un amigo más mayor que sabía muy bien cómo funcionaba el mundo. El resto de mis inmaduros amigos parecían perseguir absurdos espejismos, por eso él daba la impresión de ser más adulto y sensato. Al principio no sabía nada ni de su familia ni de sus amigos y tampoco preguntaba. Daba la impresión de que quizás no tuviera buenos amigos. En ese sentido yo era similar. En el teatro me relacionaba con actores y directores, pero una vez terminado el trabajo cada uno regresaba a su vida y tan solo volvíamos a encontrarnos sobre el escenario. Era un mundo imaginario muy lejano de mi vida real. Aunque había terminado un grado de formación profesional, no era mejor que un estudiante que solo había llegado hasta el instituto. Teniendo en cuenta que incluso gente con un máster o un doctorado tiene dificultades para encontrar trabajo en la sociedad actual, no era sorprendente que él se encontrase en esa situación.

Al principio trabajaba como jornalero, pero afortunadamente llamó la atención de un ingeniero de campo y consiguió un puesto provisional en una empresa de construcción. Trabajaba muy duro ayudando en la gestión de los materiales y en recursos humanos. Sin embargo, a finales de año siempre tenía que renovar su contrato para poder seguir trabajando y por tanto tenía que aguantar que lo trataran peor que a los trabajadores fijos. No podía aspirar a vacaciones pagadas ni a beneficios educativos o sociales. Además, su sueldo era la mitad que el de los trabajadores fijos y no recibía ni bonificaciones ni incentivos. En las cenas de empresa debía ser muy cuidadoso y comer en silencio sin interrumpir. Por supuesto, no podía asistir a las copas de después.

Nunca había sido un hombre muy hablador, pero unos meses antes de que sucediese todo se volvió aún más parco en palabras. Normalmente era yo quien charlaba y él se limitaba a escucharme en silencio. De hecho, lo más común era que simplemente se sentase con la mirada perdida. No obstante, nunca me sentí incómoda comiendo, tomando unas copas ni trabajando con él, puesto que siempre actuaba conforme al sentido común y nunca trataba de demostrar nada frente a mí ni me reclamaba nada. Realmente me sentía tan libre como si estuviera sola. En una ocasión, cuando estábamos tomando algo, nos encontramos por casualidad con unos compañeros del teatro y lo presenté como mi primo. Al decirlo, sentí que realmente era como un primo que hubiese crecido conmigo desde la infancia.

Según se acercaba la hora de ir al trabajo, la tienda veinticuatro horas empezaba a bullir de gente: clientes que compraban latas de café; empleados de oficina que, como estaban de resaca, se tomaban algún tónico haciendo muecas; jóvenes que se comían unos fideos instantáneos en alguna mesa alta frente a la ventana; otros que pasaban a comprar bandejas de comida precocinada de camino al trabajo, y mujeres que se llevaban un sándwich y alguna bebida. Exactamente a las nueve, el dueño de la tienda apareció para relevarme. Aunque había podido dormir una hora más que otros días, tenía la cara hinchada; dio una vuelta por toda la tienda. Me quité el delantal, me puse la mochila y esperé en silencio frente al mostrador. Tras comprobar que no había nada raro, contó sesenta mil wones y me los dio.

Hoy no llegues tarde —me advirtió.

Lo siento por lo de ayer.

Me acordé de que hoy era el último ensayo y además era viernes, mejor dicho, un viernes loco, así que durante el fin de semana trabajaría el otro chico en vez de yo.

Los autobuses que iban hacia las afueras tenían muchos asientos libres, mientras que los que se dirigían al centro de Seúl iban llenos. En cuanto me senté, empecé a dar cabezadas. Sin embargo, abrí los ojos automáticamente al acercarme a la parada en la que me bajaba.

Mientras caminaba por la calle en cuesta en la que se alineaban unos deprimentes edificios de ladrillo, recibí un mensaje:

¿Ya has salido de trabajar? Seguro que ha sido un día duro. Mañana es el estreno, ¿no? Si no puedo ir mañana, iré pasado. Hace mucho que no nos vemos, tengo ganas de verte.

Era un mensaje de la madre de Minwoo. Me detuve para responder:

¡Ya he salido de trabajar! Justo estoy delante de casa. Estoy muuuy cansada. :(Avísame el día que puedas venir y nos tomamos algo después de la función. :)

Comencé a bajar las escaleras hacia el sótano, pero me detuve, me di la vuelta y empecé a subir. Hasta el tercer piso había estudios a ambos lados de los pasillos y en la cuarta planta vivían los propietarios. Era una pareja de funcionarios jubilados y la mujer siempre era amable y atenta conmigo. Llamé al timbre. Se abrió la puerta y ella, que sabía perfectamente de dónde venía a esas horas, asomó la cabeza. Saqué trescientos mil wones y se los di.

Llevo dos meses de atraso, ¿no? Aquí tiene uno y le daré el otro cuando termine la función.

La mujer chasqueó la lengua.

No es saludable vivir así, con los horarios cambiados… Se te ve en la cara. ¿Por lo menos estás comiendo bien?

Por supuesto, comer es lo más importante.

Sonreí ligeramente y me giré para marcharme, pero la señora me llamó.

Espera, te voy a dar una cosa.

Me dio *kimchi* hecho con hojas de mostaza que le habían enviado en un paquete desde el campo. Se me hizo la boca agua con el olor. Le di las gracias y me preguntó si tenía arroz suficiente. Una vez nos despedimos, bajé las escaleras lentamente y me quedé de pie frente a la puerta de mi oscuro estudio en el semisótano.

Cinco

Seungkwon Choi me llamó por teléfono a la oficina para hablarme de una reunión del proyecto Asia World y de una comida con el presidente Im. Contesté de forma apática, pero no podía negarme a ir, puesto que todavía quedaban algunos meses para la inauguración del Hangang Digital Center. Además, el presidente Im y su empresa, Construcciones Daedong, habían aparecido en los periódicos varias veces debido a sus problemas financieros y por presunta corrupción, pero, en realidad, en aquella época toda la industria de la construcción estaba experimentando un bache generalizado. El proyecto Asia World había pasado por diferentes equipos de gestión de proyectos y por dos cambios de gobierno, por lo que todavía no estaba terminado. Hasta que me encargaron el diseño del Hangang Digital Center, el presidente Im no había mostrado ningún interés. Quizás Seungkwon había conseguido atraer su atención.

Seungkwon era el hermano pequeño de Seungil, uno de mis compañeros de universidad que había estudiado Arte. Cuando empecé a estudiar Arquitectura y se despertó mi interés por la pintura, otro compañero me habló del estudio en el que trabajaba Seungil. Era de un compañero ya graduado en la misma facultad y él trabajaba allí a tiempo parcial como asistente. Se dedicaban a ayudar a estudiantes que estaban preparando el examen de acceso a la universidad. Seungil procedía de una familia de clase media, moderna y originaria de Seúl. Su padre era profesor de universidad y su madre era una famosa diseñadora. Fui a su casa varias veces y me sorprendió que los hijos bebiesen alcohol y fumasen libremente junto a su padre. Sin embargo, lo que más envidiaba era el estudio, tan espacioso como el salón y con columnas de libros que llegaban hasta el techo. Gracias a Seungil, mejoró mi habilidad para el dibujo y los bocetos. Por desgracia, falleció en un accidente de tráfico justo después de graduarse. Normalmente, con una sola copa ya se quedaba dormido en el sitio. Sin embargo, aquella noche, por alguna razón, se excedió bebiendo y cuando salió a la calle a coger un taxi un autobús que estaba girando en la esquina en dirección a la estación lo atropelló. Más tarde, su hermano Seungkwon me contó que ese mismo día lo había dejado su novia. En aquella época yo trabajaba por horas como aprendiz en Arquitectura Hyeonsan y estaba tan ocupado que no me enteré de su muerte y ni siquiera pude asistir al funeral.

Cuando regresé de estudiar en el extranjero y volví a trabajar en Hyeonsan, esta vez como jefe de departamento, Seungkwon se puso en contacto conmigo. Me buscó porque me necesitaba para algún negocio. Él era como una enciclopedia andante y siempre tenía algo que decir sobre arquitectura, diseño o cualquier cosa. Trabajaba en una empresa de publicidad, filial de otra gran empresa. Más tarde trabajó en una agencia de publicidad extranjera y después fundó su propia empresa. Cerró el negocio una vez que consiguió reunir «lo suficiente para ir tirando», como él solía decir. La mayoría de su fortuna provenía del sector inmobiliario.

Combinó dos conceptos sin aparente conexión como son la cultura y la gestión y lo aprovechó para publicar libros y organizar conferencias que arrastraban a las masas. Su agencia era una especie de fundación cultural y artística con un nombre que sonaba muy poético, aunque en

realidad parecía un club social de holgazanes. Me invitaron a algunos eventos y asistí un par de veces. Comían juntos en el bufé, intercambiaban tarjetas de visita, escuchaban conferencias de personajes razonablemente famosos y, dependiendo del ambiente, asistían a fiestas que organizaban los miembros que tenían casas de campo. Me aburrían sus palabras llenas de buena voluntad y sus modales tan caballerescos, pero no tenía más remedio que aguantar, ya que entendía que todos los allí presentes también sufrían soledad y ansiedad. No les quedaba otra opción que buscar algún claro entre tantos nubarrones. Tenían que conseguir engrandecer y hacer más sólidos los precarios éxitos que tanto les había costado lograr. Creo que la vida que había tenido Seungkwon y la mía no eran muy distintas. La única diferencia era que yo era más cínico con respecto al mundo.

El año pasado, el presidente Im, de Construcciones Daedong, se puso en contacto conmigo para invitarme a una cena. Cuando llegué, Seungkwon había llegado antes y estaba allí esperando. No nos habíamos visto en años, pero seguía hablando como siempre. Como si la cultura dirigiese el mundo.

¡Qué sociable eres! ¿De qué os conocéis? —le pregunté.

Ah, es que vamos a la misma iglesia —respondió el presidente Im.

Al sacar el tema de la iglesia, Im se extendió más:

Él consiguió que mi mujer y yo asistiésemos a las misas del amanecer.

Nos contó que no era una iglesia grande, sino una pequeña y silenciosa creada por unos cuantos conocidos y a la que habían invitado a un pastor. Mencionó algunas iglesias a las que acudían políticos y personas influyentes.

Esas iglesias son clubes sociales de clase alta. La nuestra es una comunidad humilde basada en la fe.

En ese punto, Im cambió al tema del proyecto Asia World y Seungkwon lo explicó un poco más en detalle. Gracias a mi experiencia en Arquitectura Hyeonsan y en mi propia empresa, podía intuir la situación general. El avance del proyecto dependería de las intenciones políticas. Además, si se iba a construir en las afueras de Seúl, habría que empezar por averiguar quién gobernaba en aquella región y a qué partido pertenecía. Seungkwon había traído la propuesta y ya había establecido algunos contactos, que supuse que podría reforzar más adelante. A las personas como él les encanta ampliar sus redes y entablar nuevas relaciones por todas partes. Estar en el lado iluminado es sencillo. Solo hay que mantenerse atento a qué dicen las personas poderosas y luego repetir lo mismo, pero con otras palabras, para mostrar indirectamente que todos compartimos la misma opinión. A veces funciona y a veces no. Sin embargo, aunque falle, no van a excluirte, puesto que les has dejado claro que tus intenciones son buenas y puras y que no supones una amenaza para la sociedad convencional. Es trivial y esnob, pero la clase media cree firmemente que es una postura sensata.

Ya estoy acostumbrado a esconder mis sentimientos con naturalidad. Simplemente me río. De todas formas, sin ninguna duda, ya me había convertido en uno de ellos.

Cogí el coche de la empresa y me dirigí hacia las afueras de Seúl. En los campos en los que se dispersaban algunos complejos de apartamentos también se alzaban bloques de diseño mucho más moderno. En los laterales también había lugares en donde solo se levantaba el armazón de metal y edificios que solo tenían terminadas las paredes de fuera, en las que el cemento unía el metal y el cristal.

Un trabajador que me estaba esperando me guio hasta una oficina con un letrero que decía «Comité de Preparación del Asia World». El presidente Im me recibió calurosamente mientras Seungkwon preparaba la sesión informativa. Justo delante estaban sentados el representante de la oficina provincial, el director del Ministerio de Cultura, alguien de un grupo financiero, un directivo de un banco y un chico joven a quien no conocía.

Sé que no tienen mucho tiempo, así que empecemos rápido —dijo el presidente Im.

Sí, yo tengo otra reunión —le susurró el chico joven a Seungkwon.

Seungkwon encendió el proyector y señaló la pantalla con un puntero. Apareció el plan maestro y bocetos de las vistas aéreas que habíamos preparado en nuestra oficina. Habló brevemente de la «ola coreana» y de cómo el K-pop y las series y películas coreanas estaban arrasando tanto en Asia como en el resto del mundo. Por tanto, se hacía necesario contar con un centro que generase contenidos. Era algo de lo que se llevaba hablando durante años, pero parecía que todo el mundo se limitaba a escuchar. Si el recinto era un mero centro de producción, sería difícil mantener una empresa creativa. Por tanto, para sacar el máximo provecho del espacio harían falta un centro comercial, un hotel, restaurantes y otras instalaciones. En primer lugar, sería necesario tener estudios de cine y series que puedan mostrar las escenas reales de rodajes y también hacer públicos los espacios de trabajo de músicos y artistas de todos los campos. En los bocetos también se mostraba que los espacios subterráneos podrían emplearse para zonas recreativas grandes como un balneario o tiendas *outlet.* A continuación, mostró un auditorio abovedado y un cine. Después explicó que cada año millones de pasajeros hacían escala en el aeropuerto de Incheon y presentó un plan de visitas cortas para los viajeros en tránsito. Mencionó el número de almacenes en el oeste de Seúl llenos de ropa, aparatos electrónicos y objetos de todo tipo almacenados o devueltos y propuso con convicción las posibilidades de una gran tienda *outlet.* Todas las ideas y planes estaban estructurados y clasificados dentro de este anteproyecto.

La reunión duró apenas una hora y el joven fue el primero en levantarse. Le dijo que se lo enviase todo por escrito y se marchó. Más tarde, Seungkwon me dijo que había sido difícil conseguir que viniera y me insinuó que era del Gobierno. Me invitó a comer con ellos, pero le dije que tenía otra reunión y me levanté. Realmente quería ir a la inauguración de la retrospectiva de mi amigo Kiyoung. En el camino de vuelta, me daba la impresión de estar saliendo a través de un túnel desde otro mundo. Todo parecía un sueño. ¿No es así? El sueño todavía no cumplido permanece ahí hasta que toma una forma concreta. Al final, eso también se convierte en otro sueño y después se desvanece. Los armazones de hierro y cemento que salpicaban el paisaje me parecían diferentes de los edificios de siempre y parecían formar parte del mundo virtual de un videojuego.

En la entrada de la exposición me encontré con Youngbin y con otros arquitectos. La mayoría de los visitantes eran estudiantes y personas conocidas del mundo de la arquitectura y la cultura. Algunos habían visto en persona a Kiyoung, pero muchos no lo conocían. Se mostraban varios de sus bocetos, dibujos y diseños de edificios. En una sala se exponían modelos de sus edificios y en otra, fotos y vídeos. En uno de los vídeos aparecía él hablando:

La arquitectura coreana durante el periodo colonial era una copia de la seudomodernidad que los japoneses ya habían copiado de Europa. En Seúl, los edificios del Capitolio y la Estación Central son muestra de ello. Al terminar la guerra, como escaseaban los fondos y los materiales, construyeron unos edificios provisionales sobre las horrorosas ruinas. Estos duraron unos diez años, hasta que fue necesario reconstruirlos. La construcción de casas para la clase obrera y los barrios de chabolas dieron lugar a numerosas calles y

callejones. Cuando la situación mejoró, se reinterpretó la arquitectura tradicional y los colores típicos se empezaron a aplicar sobre el cemento en vez de sobre la madera. Ese fue el trabajo de la generación anterior; nuestra generación se centró en el desarrollo y en crear montañas de cemento con bloques de apartamentos que parecen cajas. Sin embargo, pagamos un precio muy alto por ello, puesto que, al convencerlos de vivir en esos bloques de apartamentos, infundimos en nuestros vecinos deseos deformados. La arquitectura no es la destrucción de los recuerdos, sino que consiste en utilizar esos recuerdos como bocetos para reorganizar delicadamente la vida de la gente. Hemos fracasado totalmente en cumplir este sueño.

Era un vídeo sobre un proyecto que él había hecho en una aldea remota. Se encontraba en el porche de una casa de campo y estaba sosteniéndole la mano a una anciana. «¿Qué estáis construyendo?», preguntó la anciana. «Una oficina municipal», respondió él. «No construyáis eso. A nosotros no nos sirve para nada.» «Entonces, ¿qué le gustaría que construyéramos?» «Hacednos unas termas. Las mujeres están todo el día cubiertas de sudor en el campo y no tienen donde bañarse. Además, los ancianos, por muy cansados que estén, no tienen donde descansar.» «Vale, pues les construiremos eso.» «¿Me puedo fiar?» «Claro, por supuesto.» La pantalla se llenaba con las manos de ambos. Sus dedos de arquitecto largos y delgados que lo único que habían cogido eran lápices se entrelazaban con los de la anciana, secos como ramas muertas.

Kiyoung estaba descansando dentro de la oficina de la galería. Algunos de los amigos, después de dar una vuelta por la exposición, se sentaban con él un rato de uno en uno o de dos en dos. Me senté a su lado.

Gracias por tu ayuda.

No era consciente de todos los trabajos que habías hecho —le dije de todo corazón.

Su obra era bastante modesta si se comparaba con los espléndidos cambios que había experimentado la ciudad en las décadas pasadas. Mis otros compañeros y yo lo habíamos calificado de ingenuo a sus espaldas. Sin embargo, aunque sus trabajos habían sido principalmente obras pequeñas en el campo o en ciudades pequeñas y medianas, eran excepcionales, porque habían sido edificios públicos. Vistos en las fotografías, resultaban adorables, como si fueran de juguete.

No los has visto en persona, ¿no? —me preguntó Youngbin.

No respondí y fue Kiyoung quien habló con voz frágil:

Es un hombre muy ocupado, de dónde iba a sacar tiempo para eso.

Sí que fui a ver tu casa de barro en aquel sitio experimental.

Ah, aquel proyecto lo cancelaron. Como pasa con todo lo que no da dinero.

Ya no teníamos nada más que decir. Simplemente nos quedamos mirando absortos a la gente que pasaba. Todo su entorno sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida, así que eran parcos en palabras. En cuanto se sentó en la silla de ruedas para regresar al hospital, todo el mundo se dispersó, como si hubiesen estado anhelando su salida.

Youngbin me preguntó si quería ir a tomar algo, pero me inventé la excusa de que tenía algo que hacer y me despedí. En cuanto llegué a casa me tomé unos vasos de whisky y de repente se me ocurrió llamar a Soona. No sé por qué lo hice. Supongo que me sentía solo. Como a quien le entra hambre de repente, a veces a mí me entra esa soledad cuando me despierto con dolor de estómago por haber bebido mucho, cuando como solo, cuando meto en la lavadora la ropa interior y los calcetines, cuando tiendo la ropa o cuando me pillo la gripe. Cuando llamé, se escuchó «El teléfono marcado no existe. Compruebe el número y marque otra vez».

Después de su retrospectiva, Kiyoung pasó el verano en la cama de un hospital y en agosto,

cuando la ola de calor alcanzó su pico más alto, falleció. Ahora es un puñado de cenizas en una urna sobre un estante. Esto fue otra excusa para reunirse, beber hasta emborracharse y alterarse, ponerse al día y despedirse de nuevo.

Se me había olvidado aquella conversación telefónica con Soona la pasada primavera, el mismo día que fuimos a la isla de Ganghwa para ver a Kiyoung. El día de la retrospectiva intenté llamarla, pero no hubo forma de ponerme en contacto con ella. Pensé que quizás aquella conversación previa había sido solo un sueño. En la ciudad en la que vivía, los *ginkgos* a lo largo de la calle empezaban a tornarse amarillos.

Recibí una notificación de correo electrónico en el teléfono móvil, pero ahí no podía leerlo por culpa de la presbicia, así que encendí el ordenador portátil. Era una dirección que no conocía, pero sabía que era para mí, ya que en el encabezamiento ponía «Querido señor Park».

En este tiempo han cambiado algunas cosas. Ha ocurrido algo, así que no puedo ponerme en contacto por teléfono.

He estado un poco confundida a raíz de que hablásemos. He revivido con total claridad, como si hubiera sucedido ayer, antiguos recuerdos que ya había olvidado. Bueno, no, no los había olvidado. Nunca he olvidado ni un solo instante de mi vida. Tras la muerte de mi marido tuve que criar a mi hijo sola, y cada vez que tenía tiempo ponía por escrito todo lo que me pasaba. Podría considerarse un diario o mis memorias. Sé que estos textos son ridículos, pero me servían de consuelo y reprimenda al mismo tiempo. Además, era una forma de recordarme que había aguantado bien y que había tenido una buena vida.

Hace unos meses perdí a mi único hijo y estaba sumida en la desesperanza, cuando de repente apareciste de nuevo en mi vida. Fue raro. Cuando me enteré por casualidad de que ibas a dar una conferencia no muy lejos de aquí, no sé por qué, no me atreví a dar el paso. Me da pena, pero también me siento aliviada. ¡Qué viejo parecías en la foto! Por eso creo que hice bien. Como no has visto lo gorda que estoy actualmente, puedes recordarme como aquella veinteañera hermosa y buena.

Es difícil de explicar por qué he decidido escribirte de repente. Supongo que quizás necesitaba contar cómo me había ido la vida, como quien le cuenta una historia a un viejo amigo. No siento resentimientos cuando pienso en cómo el tiempo se ha pasado volando en las últimas décadas, pero espero que entiendas mi deseo de quejarme sobre ello ante alguien que me conoce bien. Espero que, al compartir esto contigo, no te sientas incómodo ni lo sientas como una carga. El recuerdo de ir juntos a la biblioteca a tomar prestados libros y comentar aquellas grandes obras sigue muy presente en mi memoria. Los días que pasé contigo son un recuerdo importantísimo para mí y no sé si es egoísta por mi parte esperar que yo sea igual de memorable para alguien. Si no quieres leer el archivo adjunto, puedes borrarlo, no pasa nada.

Abrí el archivo adjunto. Al imaginarla frente al ordenador escribiendo su historia, no pude evitar una sonrisa de asombro. Tal y como ella decía, la recordaba como aquella chica de veinte años, no con su imagen actual. De ningún modo podía imaginármela con sesenta años. Decía que no había asistido a la conferencia puesto que le daba vergüenza haber engordado, así que supuse que habría cogido peso, como las mujeres de su edad. Normalmente la gente dice que se arrepiente de reencontrarse con su primer amor porque se ven viejos y con mal aspecto, pero teniendo en cuenta lo que yo había hecho no me iba a decepcionar. El barrio donde vivíamos era ya un vago recuerdo que había desaparecido de mi mundo y el pasado nunca vuelve.

La diferencia de edad entre mi padre y mi madre era de quince años. Cuando mi padre fue evacuado a Busan, tenía treinta y cinco años y mi madre apenas veinte. Mi padre decía que era un simple refugiado, pero en realidad lo reclutaron a la fuerza para las tropas voluntarias y después lo apresaron y lo llevaron a un campo de prisioneros en la isla de Geoje. Quizás tuviera buenos contactos, porque lo pusieron con los prisioneros anticomunistas y finalmente lo dejaron en libertad. Un día se presentó en la fábrica de fideos de mis abuelos maternos en la isla de Yeong con su uniforme hecho jirones y consiguió un trabajo. La fábrica originalmente era de un japonés, pero cuando el dueño se marchó le traspasó el negocio a mi abuelo.

Mi madre, igual que yo, era la hija de los del restaurante de fideos. Tenía un hermano tres años mayor que ella, pero se lo llevaron a rastras durante la guerra y nunca volvió. Yo solo lo he visto en fotos. Con su hijo en paradero desconocido y necesitado de mano de obra, supongo que mi abuelo se sentiría aliviado cuando

apareció mi padre. Nunca quitaron el pequeño cartel en el que ponía «Restaurante de fideos Moriyama» y tal cual aparece en todas las fotos viejas que tenemos. Mientras en la zona proliferaban las chabolas de los refugiados, mi abuelo pasaba la noche en vela trabajando, pero aun así no daba abasto. Cuando mi madre terminó la escuela secundaria, tuvo que ponerse a trabajar en el restaurante y contrataron a dos jóvenes más aparte de mi padre. Me pregunto cómo mi padre con treinta y cinco años acabó saliendo con mi madre, que tenía veinte. Como se dice popularmente, quizás era su recompensa por haber salvado el país en una vida anterior. Mi padre era un hombre taciturno, serio y de los que se centran, sin pronunciar palabra, en una única tarea hasta que la terminan. Gracias a ello se ganó la plena confianza de mi abuelo, aunque sus personalidades eran totalmente diferentes. Por ese motivo, mi abuelo dejó a mi padre a cargo del negocio y empezó a pasar más tiempo fuera. Así fue como, naturalmente, mi madre y mi padre se fueron acercando. No obstante, mi abuela también empujó a mi madre a hacerlo. Como el negocio iba tan bien, mi abuelo compró primero las casas de al lado y luego la de detrás. Siempre le había gustado beber, pero empezó a hacerlo más. Acudía a bares de alterne y se fue a vivir con otra mujer. Tuvo un hijo con ella, tras lo cual dejó de venir a casa. Debido a que de repente vendió tanto la fábrica como las casas, mi padre tuvo que marcharse a Seúl con una mano delante y otra detrás, llevándose consigo a mi madre y a mi abuela. Por aquel entonces, yo estaba en el tercer curso. En el sur, la única habilidad que mi padre había adquirido era la de hacer fideos, pero eso le vino bien. Gracias al dinero que había ido reuniendo mi abuela y a un préstamo, pudieron comprar una vieja máquina de fideos. No podían permitirse una tienda en un mercado en un buen barrio, así que acabaron en las afueras. Se trataba de Dalgol.

Hasta que empecé el instituto, era la única chica del barrio que iba a la escuela. Me gustaba leer y mis notas eran buenas. Aparte de mí, había un chico que iba a la escuela. No recuerdo exactamente cuándo se mudó allí.

Al salir de clase, cogía un libro, iba al desván en donde se secaban los fideos y me encerraba allí. Aquel espacio era como mi propio mundo, una forma de escapar de la realidad. Unos años después de llegar a Seúl, mi abuela falleció, pero nuestra vida siguió siendo la misma y mi padre apenas ganaba lo suficiente para mantenernos a los tres.

Me da un poco de vergüenza, pero era consciente de que les gustaba a los chicos de mi barrio. Cuatro o cinco chicos al mismo tiempo fingían ir a la fuente pública a por agua para poder estar cerca del muro de nuestra casa armando jaleo y haciendo mucho ruido. Generalmente eran Jaemyeong, sus hermanos y los limpiabotas. También recuerdo que el chico al que llamaban Tocón me perseguía siempre. Sin embargo, nunca vi a Minwoo Park con ellos. Él era diferente. Todos me parecían unos paletos y me daba vergüenza vivir en el mismo barrio que ellos.

Nuestro barrio era tan malo que muchas casas ni siquiera tenían ventanas de cristal. La mayoría eran estrechas y estaban tapadas con tablones de madera; todavía recuerdo perfectamente lo contenta que me puse la primera vez que pusieron una ventana de cristal en mi habitación. Era un día de primavera y yo acababa de empezar la escuela secundaria cuando mi padre instaló aquellas ventanas de cristal. Antes, incluso en pleno día, si no abría la ventana, el interior del cuarto permanecía en la oscuridad más absoluta y tampoco podía ver el exterior. Después del cambio, me gustaba tumbarme antes de dormir a mirar el cielo estrellado y la cálida luz del sol por la mañana era una bendición. Los días de lluvia o nieve me quedaba embobada pegada al cristal contemplando el exterior.

Precisamente me encontraba mirando por la ventana el día en que Minwoo, el hijo de los dueños de la tienda de pasteles de pescado, apareció caminando hacia nuestra casa con algo en la mano. Se paró y pareció vacilar. Di un paso atrás para evitar que me viera. Sin motivo aparente, mi corazón se aceleró y me puse colorada. Un poco después lo escuché gritando que si había alguien en casa. Nos había traído un paquete con restos de pasteles de pescado. Sigue siendo el más delicioso que he comido.

Después de aquello, venía a menudo para comprar fideos o para traer pasteles de pescado y frecuentemente coincidíamos en el autobús o en la parada. Recuerdo que la primera vez que nos vimos fuera del barrio estaba lloviendo. Él no tenía paraguas, así que compartimos el mío y caminamos a lo largo de tres paradas de autobús. Al coger el paraguas, me rozó la mano y yo la aparté rápidamente. Acabó calado hasta los huesos porque insistía en inclinarse hacia mi lado para cubrirme y solo metía la cabeza bajo el paraguas.

En la biblioteca del norte de Seúl, yo cogí Tres momentos de una vida, de Hermann Hesse, y él tomó prestado Los hermanos Karamázov. Después esperé a que llegara el día en que debíamos devolverlos para verlo de nuevo. De camino al barrio, de vuelta de la biblioteca, paramos en un restaurante de comida rápida tradicional. Mientras comíamos unos bollos cocinados al vapor y unas gachas de judías rojas, hablamos de los libros que habíamos leído. De improviso, sacó el tema de nuestro incierto y vago futuro. Quizás estaba ansioso e inquieto por estar allí sentado con una chica cuando debería haber estado estudiando para el examen de acceso a la universidad. Mis notas eran buenas y todavía me quedaba un año para el examen, así que estaba tranquila. Repitió varias veces que quería marcharse de Dalgol y que la única forma de hacerlo era estudiando.

En invierno, llevar briquetas de carbón en un carro a nuestro barrio era un gran engorro. Los vendedores dijeron que era muy peligroso y que no iban a repartirlas nunca más. Cuando nevaba y las calles se cubrían de hielo, todos los miembros de la familia ayudaban a transportar dos o tres briquetas al mismo tiempo atadas con una cuerda. Mi padre murió por culpa del gas de aquellas briquetas. Cada invierno una o dos personas del barrio

se intoxicaban y morían a causa del gas. Yo también me intoxiqué levemente una vez, cuando estaba en la escuela primaria, y mi madre me dijo que tomara caldo de kimchi. Sin embargo, fingí estar al borde de la muerte y le pedí que me comprara una bebida digestiva llamada Gasmyeongsoo. Por aquella época, estaba enganchada a los refrescos, como la Coca-Cola, la soda o la Fanta, y el sabor efervescente del Gasmyeongsoo me gustaba tanto que a veces fingía tener dolor de estómago para que me diesen uno. Un día me levanté a hacer pis por la noche y, en medio de la clara luz del alba, vi en el alféizar de la ventana una botellita de otra bebida energética llamada Bacchus. La cogí rápidamente y me la bebí de un trago. Sentí algo aceitoso bajándome por la garganta y me dieron arcadas, pero reprimí las ganas de vomitar y me volví a dormir. Al día siguiente me despertaron las quejas de mi abuela preguntándose qué habría pasado y por qué no le quedaba ni una sola gota del aceite de camelia que usaba para el pelo. Cogí el orinal y lo vomité todo.

Hubo un momento en que, según me hacía mayor, empecé a ver aquel barrio como un lugar cómodo y acogedor. Había tantos niños que los callejones estaban llenos de sus ruidosas risas día y noche. Y, aunque por la noche se escucharan peleas al otro lado del muro de parejas amenazándose de muerte a voces, de mañana las mujeres, todavía adormiladas, se despedían con ternura de sus maridos cuando se iban a trabajar y les daban la comida que les habían preparado. En ocasiones recuerdo con añoranza la imagen de las mujeres que venían a la fuente pública a lavar la ropa o a coger agua. Cuando llovía, todo el mundo se encerraba en sus estrechas habitaciones y todo se quedaba en silencio. El sonido de las gotas de lluvia cayendo sobre los tejados y deslizándose por el borde del alero me arrastraba hacia un dulce sueño.

Recuerdo el día en que me tomó de la mano por primera vez. Habíamos decidido irnos lejos del barrio. Acabamos llegando a la zona de Gwanghwamun y vimos Love Story. Recuerdo perfectamente la escena de la pelea de bolas de nieve de Oliver y Jenny. Lloré muchísimo cuando ella murió de leucemia. Fue en ese momento cuando me cogió de la mano. Usé la otra para limpiarme las lágrimas de la mejilla.

Cómo olvidar la emoción que embargó no solo a los comerciantes, sino a todo el barrio de Dalgol, cuando, después de presentar su solicitud y sufrir la angustia de la espera, finalmente lo aceptaron en una universidad de primer nivel. Aquel invierno Minwoo Park parecía ser el centro del universo. Como teníamos vacaciones, podíamos vernos cada tres días o menos.

Después yo también empecé el tercer año de instituto. Desde que Minwoo entró en una de las mejores universidades de Corea, cada vez era más difícil verlo por el barrio. No se puso en contacto conmigo durante mucho tiempo, así que, en una ocasión en que fui al mercado a comprar pasteles de pescado, me tragué la vergüenza y les pregunté a sus padres cuándo iba a venir a casa. Me dijeron que venía apenas una vez cada varios meses y únicamente entraba un momento en la tienda, comía rápidamente y se marchaba. Me contaron también que estaba trabajando como tutor interno en casa de una familia rica y así ganaba dinero para pagarse él mismo la matrícula. Yo no quería ser menos y me esforcé en mis estudios. Solo tenía que aguantar un año más para poder marcharme de aquel barrio.

Su historia terminaba aquí abruptamente. ¿Qué estaba tratando de contarme Soona? ¿Por qué me soltaba aquel rollo sobre su vida? ¿Cuál era la conclusión de aquella historia? Las preguntas se sucedían sin cesar y me volvieron unos vagos recuerdos a la mente. Tal y como ella rememoraba, cuando empecé la universidad me convertí en un mero visitante ocasional en el barrio, a donde solo acudía de vez en cuando, y, obviamente, durante el servicio militar fui alejándome de allí. Cuando lo acabé volví a estudiar y empecé a prepararme para encontrar un empleo. Tras mi graduación, estuve trabajando sin parar en Hyeonsan y apenas iba a casa una o dos veces al año. Más o menos cuando me fui a estudiar al extranjero, mi familia consiguió dinero para comprar una casa nueva, pero poco después de mudarse mi padre falleció. Durante los años siguientes, los barrios de chabolas fueron el blanco del proyecto Renovación de las Ciudades, por lo que nuestros vecinos se fueron esparciendo por todas partes.

De todas formas, había conseguido entrar en una de las universidades más prestigiosas y por suerte pude tomar mi propio rumbo. Al abandonar los suburbios, mi mente se abrió ante cosas que no había podido ver en aquel tiempo en el barrio de chabolas. En primer lugar, la mayoría de nuestros vecinos eran de la región de Jeolla, mientras que mi familia y la de Soona eran de Gyeongsang, por lo que éramos como unas alubias negras que habían brotado accidentalmente en medio de un campo de soja. Pensaba que dentro de la clase baja no había diferencias entre unos y

otros, pero tras abandonar aquel pequeño mundo me di cuenta de que las circunstancias para los oriundos de la región de Gyeongsang eran totalmente diferentes. Muchos de los generales y políticos que ostentaban el poder, así como muchos empresarios, eran originarios de esa región, por lo que aparentemente se sentían como en casa al escuchar su dialecto en cualquier oficina pública o empresa. Llegué incluso a pensar que quizás habría sido más conveniente para mi futuro que mi familia no se hubiese marchado a Seúl y habría sido mejor si nos hubiésemos quedado en Yeongsan y me hubiese graduado en algún instituto de la cercana ciudad de Daegu. Si hubiese sido así, mi red de contactos sería más extensa y habría reducido mis dificultades a la mitad. En cada rincón me podría encontrar con amigos de mis amigos, uno de mis parientes de sangre o gente originaria de barrios cercanos al mío.

En cuanto entré en la universidad, en 1972, tuvo lugar el autogolpe del presidente, por lo que cada día había revueltas y se repetían las manifestaciones y el cierre temporal de las universidades. Cuando iba a clase, cada vez faltaban más compañeros porque los habían detenido de repente. Había tomado la decisión de no volver a Dalgol. Como una mula con anteojeras, me limitaba a ir de la biblioteca a clase en silencio, sin mirar a mi alrededor. Cuando tenía tiempo daba clases particulares y después regresaba a mi habitación alquilada cerca de la universidad, donde caía exhausto.

Compartía habitación con un chico de otra región. Era incómodo vivir con un extraño, pero todavía era más difícil tener que cocinar juntos y compartir la misma mesa. Además, el tipo era un falso activista. Al menos eso es lo que me parecía. Debería haber ido a las fábricas y al campo para estar en contacto con el pueblo, pero en vez de eso lo único que hacía era esconder panfletos y libros prohibidos y leerlos en nuestra habitación junto a otros chicos. Por su culpa abandoné la idea de vivir de alquiler y empecé a vivir como tutor interno en una casa, lo cual resultó ser un golpe de suerte. Tuve la oportunidad de entrar a un mundo al que nunca habría tenido acceso con el estatus de mi padre, quien fue secretario de la oficina municipal.

Cuando era joven, no veía el mundo de manera cínica. Comprendía a los que luchaban contra lo que no era correcto, pero al mismo tiempo, gracias a mi autocontrol para convencerme de que debía aguantar, me perdonaba el no involucrarme. Con el paso del tiempo, se convirtió en una especie de resignación habitual y adquirí la costumbre de mirar a mi alrededor de forma fría e indiferente, sin mostrar mis sentimientos. Pensé que eso era madurez. En los años ochenta, cuando la asfixiante pobreza empezaba a darle un respiro a la mayoría de la gente, el desánimo y la resignación se enquistaron en la vida diaria y las pequeñas heridas comenzaron a hacer callo. Es como tener un callo en el dedo del pie, incómodo y pensando que debes quitártelo, pero al final te acostumbras y pasa a ser parte de tu cuerpo. Solo de vez en cuando eres vagamente consciente de ese intruso que tienes dentro del calcetín.

Seis

En cuanto abrí las dos cerraduras de la puerta, me recibió un olor familiar. En realidad, es una mezcla de olores, pero el que se impone por encima de los otros es el olor a moho que parece desprender frío. El edificio fue excavado en una colina, así que, excepto la entrada frontal, el resto está prácticamente bajo tierra. La pequeña ventana rectangular, que apenas tiene vistas a la calle, está cubierta con una reja y desde ella tan solo se ven las piernas de la gente que pasa. Lo peor es que la pared trasera no está correctamente impermeabilizada, por lo que, a causa de la humedad del verano y de la diferencia de temperatura entre el interior y el exterior, siempre está mojada y el moho ha echado raíces allí. La situación empeoró después de que la habitación se inundara durante la temporada de lluvias del verano anterior. Minwoo me dijo que viviendo en un sitio así podría pillar cualquier enfermedad, así que compró un producto impermeable y lo aplicó sobre la pared. Después puso una capa de poliestireno y empapeló de nuevo la pared. Sin embargo, en invierno el moho empezó a propagarse otra vez poco a poco. Aunque las lluvias del verano han sido menos intensas que otros años, el moho ha dejado su atroz marca. Mojo un trapo en lejía y froto la pared, pero ahí sigue. Tumbada mientras miro cómo se extiende la mancha, de repente siento que me falta el aire, como si me estuviera asfixiando, y me entran ganas de gritar, histérica. Al menos ya ha empezado la temporada seca, por lo que será habitable durante varios meses. Observo de nuevo mi habitación. Lo único que hay es un colchón, un fregadero, una cocina de gas, un microondas, una nevera de tamaño medio, una lavadora en el oscuro cuarto trastero, un escritorio de contrachapado, una silla, un armario y dos lámparas fluorescentes en el techo, una en el centro y otra sobre el fregadero. Está bien equipado para una sola persona. Los caseros no se molestan mucho si me retraso uno o dos meses en pagar el alquiler porque no es fácil encontrar inquilinos como yo. Tampoco estoy en situación de exigirles nada, así que me aguanto.

Me tumbo sobre el viejo colchón mirando al vacío, pero como no me entra sueño me levanto y me siento frente al ordenador. Llevo varios meses con insomnio y además no estoy comiendo adecuadamente, así que se me ha empezado a caer el pelo y me pone de los nervios ver los mechones esparcidos por el suelo. No recuerdo cuándo fue la última vez que volví a casa después de trabajar toda la noche en la tienda y caí rendida en un sueño profundo.

Recientemente, cuando no estoy trabajando, estoy encerrada en casa enredando absorta en internet o garabateando cualquier cosa. Hace un tiempo dejé de lado las funciones y estoy redactando una obra con la intención de presentarme a un concurso de guiones de películas. Sin embargo, acostumbrada a trabajar en el teatro, me resulta difícil escribir para la cámara.

En internet puedes obtener tanta información que no es necesario salir fuera para ver claramente lo que está pasando en el mundo. Si me atascaba escribiendo un texto, veía alguna película descargada ilegalmente o a veces jugaba a algo. Escribir, los juegos y las obras de teatro, todo era un mundo virtual para mí. No sabría explicar en qué consiste el juego con el que me entretengo últimamente, pero es bastante creativo. Además, es mucho más divertido que jugar a las cartas en línea. En este caso se juega contra un contrario, así que tengo que prepararme bien para

no cometer ningún error. Abro una carpeta que he creado hace poco y que se llama «Cola de zorra». Leo tranquilamente lo que he escrito hasta el momento. El cursor está parpadeando en la última frase y el final es un poco chapucero, pero es que anoche me dolía mucho la cabeza, así que lo dejé a medias. Cambio de línea y empiezo a escribir: «Incluso pensándolo ahora, aquello fue un gran momento de mi vida». Después lo pienso con calma. Si fuera yo, ¿podría confesar algo así? Por alguna razón no me parece adecuado. A partir de este punto me es difícil continuar escribiendo.

Abro una ventana de internet y compruebo el correo electrónico. Limpio la carpeta de correo no deseado y después compruebo si han recibido el correo que envié hace unos días. Pone que ya lo han leído, pero todavía no hay respuesta. Tampoco sé qué es lo que estoy esperando exactamente.

Ojeo las noticias que aparecen en la página principal del buscador. Son tiempos duros y actualmente abundan las historias de asesinatos horribles. Al parecer, la mayoría son por culpa del dinero. Leo un artículo sobre construcción y después, como viene siendo habitual, escribo el nombre de Minwoo Park en la barra de búsqueda. Aparece mucha información sobre él. Me llama la atención un artículo de hace tiempo en el que comentan que le han encargado el proyecto del Hangang Digital Centre. Una serie de artículos, blogs, foros, fotos, vídeos, tuits, etcétera. En internet hay información más que de sobra para conocer a una persona. No obstante, ¿refleja todo esto quién es él en realidad? Recientemente compré un libro escrito por él llamado *Arquitectura del vacío y del llenado.* Para alguien que gana sesenta mil wones al día, comprar un libro de quince mil wones es mucho. Normalmente no compro libros y, a no ser que sea estrictamente necesario, suelo cogerlos prestados de la biblioteca, así que esto me pareció un derroche. Sin embargo, me alegré de haberlo comprado, puesto que no era simplemente de arquitectura, sino que trataba muchos más temas. En la conferencia a la que fui en su busca, habló de la mayoría de los contenidos del libro y esos textos reflejaban su forma de pensar, su filosofía y el tipo de arquitecto que es.

Traté de encontrar en vano una conexión entre él y Minwoo Kim, ya que compartían el mismo nombre. Cuando empecé a conjeturar sobre la relación entre ambos, la madre de Minwoo Kim se rio de mí como si fuera patética y me dijo: «¿Tu imaginación solo da para eso? Deberías escribir telenovelas, dedícate a las telenovelas». Vuelvo a mirar la pantalla del ordenador. Cierro la ventana de internet y abro otro archivo del escritorio. «Camiseta Negra».

El año pasado mi habitación en el semisótano se inundó por las lluvias. Ni siquiera me atrevía a entrar. Lo llamé y vino en su todoterreno destartalado. Sin decir nada, nos pusimos a sacar el barro que anegaba la habitación y la cocina. Como todo estaba empapado, incluida la ropa de cama, no pude entrar en casa durante unos días. Puse un colchón hinchable en el escenario y me alojé en el teatro, que estaba también en un sótano. Cuando Minwoo lo vio, me propuso quedarme en casa de su madre en vez de allí. Finalmente acepté su ofrecimiento de quedarme allí solo unos días. Era un poco incómodo ir a su casa cuando no estábamos prometidos, pero no me quedaba otra opción.

La casa de su madre estaba en Bucheon. Era un apartamento alquilado de protección oficial de unos cuarenta y cinco metros cuadrados, con una pequeña habitación y una cocina comedor. Cuando abrimos la puerta y entramos, no había nadie. Minwoo preparó unos fideos y los colocó

sobre una mesita redonda junto con algo de *kimchi.* Estábamos en el piso decimosegundo, así que un viento fresco entraba por la ventana. Me pareció que era mucho más acogedor que mi habitación en el semisótano. En la pared del pasillo que conectaba la puerta con la cocinacomedor había una estantería que no pegaba con la casa y me sorprendió un poco que estuviese llena de libros. Había algunos que ya había leído y otros que quería leer.

¡Lees mucho! ¿Son todos tuyos?

A mi madre le gusta mucho leer… Gracias a ella, yo también he leído mucho.

Minwoo empezó a pasar la aspiradora y yo ayudé limpiando la zona del fregadero y el baño. Su madre no llegó a casa hasta pasadas las once de la noche. Después me enteré de que trabajaba en un supermercado grande en el centro de la ciudad. Aunque tenía sesenta y pocos, era guapa y parecía una muchacha. Únicamente la redondez de sus formas dejaba entrever su edad. Me recibió alegremente y fue a una tienda veinticuatro horas a comprar unas cervezas y algo para picar; después se afanó en pelar y cortar fruta. Nos sentamos alrededor de una mesa anticuada que parecía un plato de aluminio.

Su habitación se ha inundado, serán solo unos días.

Minwoo le pidió permiso a su madre y ella aceptó como si nada.

Tú y yo ya casi no nos vemos. Me vendrá bien tener compañía en casa.

Ella no me preguntó ni a qué me dedicaba, ni dónde vivía mi familia ni qué relación tenía con su hijo. Únicamente me preguntó cuántos años tenía. Al decirle que tenía veintiocho años, me dijo que era una buena edad. A esa edad ya eres maduro y consciente ya de la dureza de la vida real, pero todavía eres joven y tienes energía.

Ella no. No sabe nada del mundo. Ha abandonado su trabajo para dedicarse al teatro —dijo Minwoo y su madre observó en detalle mi cara mientras asentía con la cabeza.

Eso es extraordinario. ¿Y te mantienes con el teatro?

Minwoo miró la hora de reojo y se levantó.

Me voy.

¿Ya? Nunca estás en casa y ya te vas… Tenemos una invitada.

Tengo que trabajar mañana muy temprano. Woohee se quedará aquí unos días. ¿Vale, mamá?

De acuerdo.

Después de que él se marchara a la habitación en la que vivía, su madre y yo nos terminamos las cervezas y nos quedamos despiertas hasta pasada la medianoche.

¿No te vas a casar?

Cuando me preguntó eso de improviso, no me molestó, porque era algo que últimamente me preguntaban los adultos de mi entorno. Me reí entre dientes.

Dicen que vivimos sumidos en la resignación.

Lo único que hace falta es amar a alguien. Todo el mundo, sin importar si es rico o pobre, finge que no pasa nada, pero en el fondo están desolados. Siempre es igual para la gente como nosotros. Nada mejora ni nada cambia.

Pero usted no parece alguien que haya sufrido. Todavía parece joven y guapa, como una señora rica.

Ante mis palabras, ella se rio mientras asentía con la cabeza.

Muchas gracias. Cuando tenía tu edad, también me decían que era guapa.

Me quedé en la casa cuatro días y, mientras tanto, Minwoo llamó a un amigo para que arreglara

el desagüe y cambió el papel de la pared.

La madre de Minwoo no era muy habladora, pero siempre estaba alegre y afable. Como le dije que escribía obras de teatro, se abrió más y me contó muchas historias. Me dijo que una vez escribió un ensayo y lo publicaron en la revista de su instituto y que al padre de Minwoo también le gustaba leer. Había fallecido después de un tiempo encamado a causa de un accidente. Habían tenido a Minwoo a una edad relativamente tardía para la época. Antes de conocer al padre de Minwoo, ella había tenido otra hija, que murió por culpa del sarampión. También me contó que antes en la zona había muchos melocotoneros y que en primavera, cuando florecían, había más abejas que moscas. Cuando me iba a marchar, después de haberla molestado durante unos días, me dijo de repente:

Me encantaría que vivieras conmigo.

Gracias. Vendré a menudo.

Un día Minwoo me preguntó de súbito:

Woohee, ¿por qué te dedicas al teatro?

Me costó un rato responder. Normalmente no me lo preguntan tan abiertamente, así que estaba algo desconcertada.

Bueno, pues es lo que me gusta…

Quieres seguir haciendo teatro, pero como con eso no te mantienes te toca trabajar a tiempo parcial. ¿Y yo por qué trabajo?

¿Por lo mismo que yo? Los dos queremos hacer cosas, pero no nos dan para vivir.

Minwoo habló lentamente, balbuceando, como solía hacer:

No, somos distintos. A diferencia de ti, yo no tengo nada que quiera hacer. Creo que voy haciendo cosas sin ton ni son mientras intento convencerme de que en este mundo existen personas como yo. La gente vive el presente previendo lo que pasará mañana, pero yo me he pasado casi los últimos diez años en las nubes y sin poner los pies en la tierra. Cada año, inquieto, me vuelven a renovar el contrato mientras los que trabajan conmigo siguen desapareciendo. Al final me han despedido a mí también.

Me habló de cómo en otoño las abejas expulsan a los zánganos de la colmena. Durante la fría mañana permanecen inmóviles, como si estuviesen muertos, pegados a las paredes o a los árboles. Después, cuando el sol otoñal empieza a calentar al mediodía, se tambalean y vuelan entre los crisantemos marchitos. Como escasea el alimento, las abejas obreras los expulsan de la colmena y así los ya inservibles zánganos vagan durante uno o dos días sin tener dónde ir hasta que caen muertos sobre el suelo cubierto de escarcha. Después me habló también de una película del Oeste. Cuando los colonos llegaban a los asentamientos cabalgaban hacia el horizonte clavando banderas para reclamar las tierras de alrededor. «¿Qué pasaría si en Corea la gente se reuniera en la isla de Jeju o a lo largo de la costa del sur y corrieran cada uno con su bandera para reclamar su hogar?» Me dijo que él correría hasta quedarse sin aliento al apartamento de alquiler de su madre y se tumbaría en aquella estrecha habitación suspirando aliviado.

Su última tarea antes de ser despedido fue ayudar al jefe de departamento en unas obras de demolición. Desde los trabajadores temporales y los indefinidos hasta la fuerza bruta que les habían enviado desde una empresa de desahucios, todos sabían cómo debían llevar a cabo el trabajo. La empresa de construcción estaba involucrada en todo y su tela de araña se extendía

desde la oficina de consulta hasta el comité de planificación de la ciudad, el consejo municipal, la oficina del distrito y más allá. Además, utilizaban al jefe y a los directivos del comité de desarrollo, quienes recibían a cambio algunos beneficios, para sacar adelante el proyecto rápidamente. Normalmente los habitantes de las chabolas del área no podían permitirse los nuevos apartamentos que iban a construir allí, así que tenían que marcharse a otro sitio. Algunas personas ya habían perdido su hogar en otras ocasiones en medio de la confusión y ya no tenían dónde ir. La mayoría decían que ya habían pasado por otros diez sitios antes de asentarse más o menos allí. Hacían pancartas de protesta chapuceras y los niños, ancianos y mujeres se colocaban en fila para gritarles, pero se rendían tan solo unos minutos después frente a aquellos hombres que se abalanzaban sobre ellos con excavadoras, tuberías de metal y martillos.

Antes, cuando construían en esos barrios de chabolas, iban casa por casa para persuadirlos de firmar el documento de consentimiento, pero hoy en día todo se queda en el comité de desarrollo. Las empresas advirtieron a sus trabajadores de que debían evitar el contacto físico y cualquier tipo de derramamiento de sangre, pero no es nada más que una mera formalidad para evitar responsabilidades más tarde. Aquellos hombres tiran de la gente y los empujan, los ridiculizan e insultan, les rasgan la ropa a las mujeres, los golpean en la cara y los tumban. Las excavadoras rugen y derriban sin compasión los edificios mientras se extienden los gritos y lloros impotentes de la gente que se resiste. Al principio aguantan durante tres o cuatro días y, cuando las calles empiezan a llenarse de escombros de casas derruidas y basura, las familias comienzan a marcharse poco a poco. Al final la comunidad acaba fragmentada y hecha añicos como sus casas.

Durante la evacuación, Minwoo se mudó a una de las casas vacías junto con algunos hombres de las fuerzas de desahucio para vigilar el lugar. La zona de demolición estaba cubierta de escombros, como si hubiese caído una bomba, y venían camiones para limpiar los restos. Cuando despejaban todo, aquel barrio en expansión volvía a su forma original, como un descampado pequeño y modesto en medio de los edificios de la ciudad. Durante el mes que Minwoo pasó en el lugar de la demolición, naturalmente se hizo amigo de los hombres del equipo de desahucios con los que se alojaba. Especialmente se hizo íntimo de un chico de su edad que soltaba palabrotas cada dos por tres. Era el jefe de las fuerzas de desahucio y tenía antecedentes por violencia. El servicio de desahucios proporcionaba expertos en demoliciones y también personal de seguridad. Estos últimos eran corpulentos y sabían luchar. No solo los llevaban a las zonas de demolición, sino que también los enviaban a las manifestaciones de obreros. Un día, mientras bebía, le pidió a Minwoo que adivinase cuál era su sueño.

Vaya, ¿todavía tienes algún sueño?

El chico con el que compartí celda era guapo y parecía un *gigolò*. Actuaba en algún tipo de bar. Todos los días a la hora de acostarse dibujaba algo. Una vez le quité un dibujo contra su voluntad y parecía una especie de plano. Le pregunté qué era y me dijo que era el hipódromo de Gwacheon.

¿Su sueño era hacerse rico con las carreras?

Es cierto que quería hacerse rico, pero robando.

Tras su liberación no volvió a verlo, pero no podía olvidarse de su plan y fue al hipódromo para echar un vistazo. Había decenas de taquillas y cada una recolectaba decenas de miles de millones de wones cada fin de semana. En cada taquilla había una vendedora y una persona de seguridad y la puerta contaba con una cerradura electrónica. El código cambiaba cada vez que

alguien entraba y en caso de emergencia se cerraba de forma automática. Podría ser muy fácil si conseguían que una de las taquilleras fuera cómplice. Añadió que se necesitarían cuatro cómplices como mínimo.

Has visto demasiadas películas, ¿no?

Ante estas palabras de Minwoo, él no respondió y le mostró varias fotos del hipódromo que había hecho con el móvil. Minwoo convivió con él y su gran sueño durante más de un mes en la zona de demolición.

Un día, el operario de la excavadora avisó de una dificultad. Una familia que vivía en una casa en lo alto de la colina estaba resistiendo hasta el final, lo que dificultaba el trabajo en la zona. Minwoo acudió con algunos de los miembros de las fuerzas de desahucio. La excavadora ya había derribado el muro y estaba parada en medio del jardín con el motor encendido. Frente a la excavadora había un anciano tumbado y un hombre de mediana edad de pie sujetando una viga de madera, que debía de ser su hijo. Junto a ellos estaban las esposas y tres niños. Uno de los chicos, un adolescente delgado y alto, estaba gritando algo y retorciéndose. El encargado dio las órdenes habituales.

Venga, solo hay cuatro adultos. Rápido, apartadlos.

Para estos matones era un trabajo fácil y se acercaron a ellos lentamente, sin prisa. Intentaron convencerlos diciéndoles que se calmaran, que no querían hacerles daño y que era mejor rendirse, pues todo había terminado. Fueron apartando uno a uno a los cuatro adultos hacia un lado del jardín. A las mujeres y al anciano los arrastraron entre forcejeos y patadas, pero el hombre, que parecía el cabeza de familia, se resistió agitando la viga de madera. El hombre que se había hecho amigo de Minwoo agarró la madera que estaba sacudiendo y con un giro se la quitó de las manos y la tiró lejos. Los niños siguieron a los adultos entre llantos, pero el flacucho adolescente soltó un chillido horrible y se lanzó hacia la excavadora, que justo en ese momento estaba balanceando el brazo. Sin tiempo para gritarle ninguna advertencia, el brazo de metal de la máquina golpeó al chico. Su frágil cuerpo salió volando, agitándose como la ropa tendida, y después cayó al suelo. El motor de la excavadora se paró demasiado tarde y el operario se bajó. Observó el cuerpo ensangrentado del chico tirado sobre el cemento y gritó mirando a los otros empleados:

Lo habéis visto, ¿no? Ha sido él quien se ha lanzado contra mí.

Una de las mujeres que habían arrastrado a la fuerza gritó con voz aguda y se abalanzó sobre el cuerpo del chico.

El jefe de las fuerzas de desahucio le dijo a Minwoo:

Vaya mala suerte. Llama rápido a una ambulancia.

Minwoo llamó a la ambulancia y a la sede central. La familia, cubierta de la sangre del chico, se lanzó sobre ellos como loca. El chico murió allí mismo y se comentó que tenía algún tipo de discapacidad intelectual. Los periodistas acudieron a raudales y las obras tuvieron que interrumpirse. Minwoo volvió a la sede central y pasó allí un mes de espera hasta que lo despidieron. Nunca volvió a ver a su amigo, el jefe de las fuerzas de desahucio. El hipódromo de Gwacheon siguió llenándose cada fin de semana, pero nunca sucedió nada.

Siete

Sobre un mismo evento dos personas pueden tener recuerdos totalmente diferentes, ya sea porque te olvidas sin querer según pasa el tiempo o porque todo se deforma dependiendo del estado de ánimo. Eso es lo que nos pasa a Soona y a mí. Exageraba al dar a entender que mi marcha a la universidad había sido tan fácil, como si me hubiese olvidado de ella y del barrio, pero no fue así en realidad.

Leí detenidamente de nuevo la carta de Soona y recordé la primera vez que volví al barrio después de empezar la universidad. Me había pasado el tiempo entre la escuela y mi habitación alquilada y no pude volver hasta que terminó el semestre. Por las tardes iba al negocio de mis padres a freír pasteles de pescado para echar una mano. Como una de las empleadas había dejado el trabajo después de haberse quemado una mano con la sartén, faltaba mano de obra. El verano era temporada baja y no había muchos pedidos, así que decidieron esperar a que llegase el frío para contratar a más gente. Debido a la humedad, al calor de la temporada de lluvias y a que me encontraba frente a la sartén de aceite hirviendo sobre el fuego de carbón, estaba completamente cubierto de sudor por delante y por detrás. A ello se sumaba el esfuerzo de meter en la máquina el pescado y mezclar y amasar la soja y el almidón. En tan solo unos días me di cuenta de lo difícil que debía de haber sido para mi padre trabajar así durante los últimos años y encima cojo de una pierna.

Parecía que a mis padres les incomodaba que los ayudase durante mis vacaciones. Mi madre había estado presumiendo de tener un hijo en la universidad. Una noche en que vinieron muchos clientes, mi padre, taciturno, me apartó varias veces de la sartén.

Igual que solía hacer antes, envolví en un paquete los pasteles de pescado rotos y me encaminé hacia la calle principal. Al abrir la puerta, la madre de Soona me recibió contenta.

¡Madre mía! ¿Cuándo has crecido tanto? Si te hubiese visto en la calle, no te habría reconocido.

Armó tal alboroto que salió también el padre y detrás Soona asomó la cabeza. Sin embargo, parecía exhausta y su expresión era sombría. Sin decir nada, inclinó la cabeza levemente y volvió dentro como si huyera.

Crecí sin hermanas y en aquella época no era común la coeducación, así que no sabía mucho sobre chicas. Estaba desconcertado porque no entendía la actitud tan fría de Soona. Por otro lado, me dio vergüenza darme cuenta de que había perdido el tiempo distrayéndome con una chica guapa. Lidié con aquel sentimiento de decepción convenciéndome de que, si quería salir adelante y ser algo en la vida, tenía que centrarme.

Visité el puesto de limpiabotas de Jaemyeong en el callejón detrás del cine Hyundae. Por aquel entonces, el negocio de los hermanos había prosperado y tenían un local de unos veintitrés metros cuadrados en el primer piso de un edificio del callejón. Habían pasado de tener un puesto en una esquina, con unas maderas y un toldo, a tener un establecimiento real. El local se dividía en un espacio para Jaemyeong con un escritorio y una silla y otra parte con una fila de sillas y taburetes

plegables donde los chicos limpiaban los zapatos. A un lado estaban alineados los zapatos que habían traído de fuera para limpiarlos y al otro se sentaban los clientes que venían en persona y que leían los diarios o periódicos semanales mientras esperaban a que les limpiasen los zapatos. Ahora que ya no tenían que vigilar los puestos frente al cine o el bar, podían pasearse por el barrio en busca de zapatos para limpiar. Jaemyeong tenía a su cargo a unos diez chicos y Jjaekan a unos ocho. A todos los llevaron a su local en la entrada del mercado.

Finalmente me enteré de cómo había terminado la historia del maestro de taekwondo. Todo se quedó en calma durante un tiempo después de que Jaeseob lo noqueara, pero más tarde envió a Tocón para que desafiara a Jaemyeong a un combate formal. Las condiciones eran que la pelea fuera a las seis de la tarde en el patio del colegio de primaria que estaba al otro lado de la calle. Además, solo acudirían Jaemyeong y el maestro junto con un testigo cada uno. Jaeseob no era de los que pasaba mucho tiempo en casa y además tenía antecedentes penales, así que después del incidente no había vuelto al barrio. Quizás Tocón había pensado que, si se enfrentaba a Jaemyeong, sería más fácil para el maestro ganar. Sin embargo, lo que no sabían es que a Jaemyeong se le daban mucho mejor las artes marciales que a su hermano y que era un experto en peleas callejeras. No obstante, tal y como él mismo había dicho, su punto débil era que no debía meterse en líos, puesto que tenía un negocio en el barrio y no podía permitirse un escándalo. Llegaron a la conclusión de que el problema del maestro había sido meterse con Jaeseob, un hombre con problemas con la justicia en el pasado que no se achantaba por nada porque no tenía nada que perder. En cuanto Jjaekan y Jaemyeong me vieron después de tanto tiempo, se alegraron mucho y me contaron toda la historia con detalles, compitiendo por ver quién me lo explicaba mejor con gestos exagerados. Jjaekan dijo:

Fue el pasado mayo, ¿no? Teniendo en cuenta lo rápido que cerró el gimnasio, parece ser que en aquella pelea el maestro puso en juego tanto su modo de vida como su reputación.

A las seis de la tarde en el parque solo había unos cuantos niños jugando a la pelota y un par de estudiantes de primaria que estaban entusiasmados arrastrando una bici de adulto de la que se caían continuamente mientras aprendían a montar. Jaemyeong se llevó como testigo a Jjaekan y se encontraron con Tocón y el maestro, que los estaban esperando frente a la puerta de la escuela. El maestro dijo que había demasiados curiosos y que sería mejor ir a un sitio más tranquilo. Jaemyeong respondió que la parte de atrás del colegio estaría más tranquila. Aquella zona estaba delimitada por un muro y era un espacio tan amplio que más tarde lo convertirían en un aparcamiento.

El maestro llevaba puesto el uniforme de taekwondo y una cazadora. Jaemyeong llevaba un traje barato, pues ahora era jefe, al fin y al cabo. El maestro se quitó la cazadora y se la dio a Tocón, se crujió el cuello moviéndolo a derecha y a izquierda, relajó todo el cuerpo y se apretó el cinturón. Jaemyeong se quitó la chaqueta del traje, se la pasó a Jjaekan y después se desabrochó los botones de arriba de la camisa. Los dos se pusieron en posición de pelear, se movieron un poco para tantearse y finalmente el maestro atacó primero con una patada circular. Jaemyeong la esquivó, de repente agarró al maestro por la solapa, se lo cargó sobre la cadera y lo tiró al suelo. Intentó levantarse mientras Jaemyeong lo golpeaba sin piedad en la cara. Un golpe, dos golpes, tres golpes y el maestro, sin poder llevar a cabo ninguno de sus movimientos de taekwondo en condiciones, volvió a acabar noqueado, como la última vez.

Jjaekan dijo que todo había terminado en menos de cinco segundos. Jaemyeong le dijo a Tocón,

que observaba todo desconcertado:

¿Y tú confías en este para protegerte en el barrio? ¡Ten cuidado!

Jjaekan presumía, casi como si hubiese ganado él, de que no creía en las categorías de los deportes y de que los realmente invencibles eran quienes aprendían a través de las peleas callejeras. Jaemyeong estaba convencido de que el maestro lo había retado a luchar porque planeaba marcharse del barrio y quería así cerrar una fase. Quizás había pensado en romperle a Jaemyeong los brazos y las piernas gracias a su talento para el taekwondo y después cerrar el gimnasio. Al final, cada vez le resultó más difícil encontrar gente allí que quisiera aprender taekwondo y se marchó, como se dice vulgarmente, con el rabo entre las piernas.

Tocón no era de los que se desaniman fácilmente. Cuando se encontraba con Jaemyeong lo saludaba sin afecto y rápidamente se esfumaba. Sin embargo, cuando se cruzaba con Jjaekan, lo amedrentaba diciéndole:

Dile a tu hermano que vigile sus espaldas por la noche.

Jaemyeong le dijo a Jjaekan que les diese de vez en cuando a Tocón y su grupo algo de dinero. Cuando Jjaekan se indignó y protestó diciendo que no se lo merecían, Jaemyeong le explicó:

Los chicos como él tienen hambre. Como se suele decir, es mejor darle un trozo de tarta a tu enemigo que tenerlo pasando hambre. Hay que ser generosos poquito a poco.

Sin embargo, aquel año, justo antes de que empezaran las vacaciones de verano, Tocón cometió un acto imperdonable. Jaemyeong me llevó a una tienda frente a su negocio y pidió dos botellas de cerveza. Había cambiado un poco la manera de dirigirse a mí y utilizaba un registro un poco más formal. No solo porque ya no era ningún niño, sino un estudiante de universidad; también porque yo había logrado subir un escalón hacia un mundo al que él y los demás no podían acceder.

Sabes quién es ese tipejo, Tocón, ¿no? Voy a tener que darle una lección.

Se bebió la botella de cerveza de un trago.

Mira, escúchame. Hace poco Tocón estaba esperando a Soona a la salida de la escuela y trató de retenerla.

Me contó que muchas personas, incluidos los limpiabotas de Jjaekan, la habían visto corriendo hacia la fuente pública muerta de miedo y llorando, con la camisa del uniforme rasgada y la falda llena de barro.

Todos en el barrio envidiaban a Soona por ser la única chica que iba a la escuela, pero no sabían que ella y yo teníamos una relación tan cercana. En el barrio fingíamos no conocernos; cada vez que quedábamos cogíamos autobuses separados y cuando volvíamos manteníamos las distancias según nos íbamos acercando a la entrada del mercado.

Aquellas palabras de Jaemyeong me destrozaron. Según lo que me dijo, Tocón se había atrevido a seguir a Soona e incluso a esperarla frente a la escuela. Se había enterado por un chico del barrio que conocía a Tocón. Jaemyeong había mandado a unos chicos a que buscaran al tipejo. En vez de echarle la bronca, lo llevó a un restaurante enfrente de su trabajo y le ofreció *bulgogi* y *soju* para intentar que el alcohol lo hiciera hablar.

Ahora voy a darle una lección a ese cabrón. ¿Te apuntas? —me dijo.

Entendí vagamente por qué Soona me había evitado con ese rostro tan sombrío cuando fui a llevarle los pasteles de pescado; por qué había fingido con gran indiferencia que no me había visto las veces que nos habíamos encontrado. Estaba que echaba humo y quería destrozar a Tocón de una paliza. Además, me dolía en mi orgullo que Jaemyeong interviniera como si fuera su

responsabilidad. Cuando Jjaekan le pasó una herramienta que había preparado de antemano, Jaemyeong dijo:

Quédatelo. Yo me apaño sin nada.

Algunos de los chicos pequeños estaban agrupándose y diciendo que iban a machacarlo.

Jjaekan cogió un bate de béisbol y a mí me dio una viga de madera. Con el chico limpiabotas a la cabeza atravesando la calle central y subiendo la colina, Jaemyeong, Jjaekan y yo nos dirigimos a la chabola en la que solían reunirse Tocón y su pandilla. Giramos a la izquierda en una calle sin salida y continuamos por el camino de bajada que rodeaba la colina. Era la ladera noroeste, un barrio aún peor que el nuestro. La chabola estaba en el segundo callejón. Nos quedamos un rato de pie frente a la puerta escuchando las risas escandalosas que venían de dentro. Jaemyeong pegó la oreja a la puerta y nos susurró:

Tocón está dentro. Yo entraré para atacarlos y vosotros quedaos aquí y machacad a los que salgan.

Le dio una patada a la puerta de madera y entró. Las luces se apagaron, una ventana se rompió, oímos gritos de lucha y un hombre salió volando por la puerta. Jjaekan y yo nos adentramos en la oscuridad blandiendo nuestras armas y empezamos a golpear. No nos importaba si les dábamos en la cabeza, la espalda, los brazos o las piernas. Después de que uno se cayera al suelo, otro tipo salió corriendo de repente y también lo perseguimos. Como si estuviéramos cazando tejones que salen de su madriguera, atrapamos a cuatro y, tras ello, Jaemyeong asomó medio cuerpo por la puerta y nos dijo:

Venid. Se acabó.

Jjaekan preguntó exaltado que dónde estaba y Jaemyeong respondió:

Allí tirado. Lo he dejado medio muerto.

Jjaekan y yo entramos y Jaemyeong encendió la luz de la cocina. Tocón estaba cubierto de sangre tumbado en el suelo con los brazos en cruz. La habitación estaba llena de trozos de cristal de bombillas, de botellas de *soju* y de vasos rotos. También había ropa desperdigada por todas partes. Jaemyeong le dio a Tocón unos golpecitos en el costado con el pie y le dijo:

Venga, levántate. No exageres.

Lo levantaron y lo sentaron. Tocón se movió lentamente y se limpió la sangre de alrededor de la boca con ambas manos. Jaemyeong dominó sus sentimientos con dificultad mientras lo sermoneaba. En aquel instante, más que nadie, él parecía el chico de Soona.

Si a partir de mañana te veo por aquí, te mato. Los adultos todavía no saben lo que le hiciste a Soona. Si sus padres te denuncian te meten en la cárcel, cabrón. Mañana mismo te marchas del barrio. Tu padre es muy viejo y trabaja demasiado en la obra como para verte entre rejas. ¿Me has entendido?

Terminada la charla, Jaemyeong se sacó la cartera del bolsillo y le lanzó algo de dinero.

Ahí tienes para el transporte.

El otoño de aquel año empecé a trabajar como tutor privado interno en casa de una familia y pude abandonar mi miserable habitación de alquiler. Heredé el trabajo de un amigo que tuvo que marcharse al servicio militar y consistía en ayudar a un joven estudiante que estaba en el segundo año de instituto. Mientras recorría con mi amigo aquella calle, en la que se alineaban grandes casas tras altos muros, me sentía cada vez más pequeñito.

Conocí a la madre del estudiante en un salón con un techo a doble altura. Mi amigo me había

contado entre suspiros que llevaba enseñando a ese estudiante desde que empezó el instituto y que, hasta el momento, sus notas y su posición en la clasificación de los alumnos de su clase habían mejorado, aunque no lo suficiente. Le costaba concentrarse y todos los esfuerzos por enseñarle algo eran en vano porque al día siguiente se le había olvidado.

El padre del chico era general del Ejército. Si no me equivoco, era general de división y general de dos estrellas. Tenían otra hija, mucho más pequeña. Los oficiales y soldados que venían de vez en cuando se ponían firmes y le hacían el saludo militar incluso a la mujer.

Tenía mi propia habitación, que daba a una colina de densos árboles tanto de hoja caduca como perenne, pero cuando daba clases al chico o estudiaba me dejaban usar sin problema el estudio del general. Entre las clases del chico y mis estudios, el barrio desapareció completamente de mi cabeza. Cuando la madre me preguntó de dónde era, le dije que de Yeongsan.

En cuanto al chico, yo quería convertirme en una especie de hermano mayor en quien pudiese confiar y un amigo con quien hablar. Era solo dos años menor que yo, pero tan inmaduro como un estudiante de secundaria. Probablemente se debía a que había sido un niño consentido toda su vida porque durante su infancia fue el único hijo de la familia. Sin embargo, cuando su padre estaba delante se sentía tan cohibido que no se atrevía ni a hablar. Al principio me ignoraba abiertamente y se dedicaba a mirar una revista *Playboy* de contrabando que abría sobre el escritorio en vez de los libros de clase. Yo fingía no darme cuenta y lo dejaba pasar.

Más o menos un mes más tarde, lo llevé conmigo a mi barrio. Ante las miradas de reproche de mis padres, senté al chico dentro de la tienda y sustituí a mi padre friendo pasteles de pescado durante una hora más o menos. Después fuimos al local de limpiabotas de Jaemyeong, que se tomó un rato libre para llevarnos a tomar algo. Jaemyeong le ofreció alcohol al chico también.

Se podría decir que la forma de hablar y los gestos de Jaemyeong ponían nervioso al chico. La fanfarronería que solía mostrar había desaparecido y después de unos vasos de cerveza estaba colorado y le costaba respirar. Jaemyeong, que era muy avispado, empezó a exagerar.

No sabes lo importante que Minwoo Park es en este barrio, ¿no? Si no lo conoces eres hombre muerto. Pero, fíjate, un día tomó la decisión de que quería estudiar y entró en una buena universidad. Es raro imaginarse esa mano cogiendo un boli y estudiando.

El chico se esforzó por tratar de ocultar su sorpresa al descubrir que yo procedía de un barrio de chabolas y era amigo de aquellos matones. Mi intención al llevarlo allí no era intimidarlo ni meterle miedo. Confiaba en que al mostrarle mi verdadero yo él se abriese más conmigo. Independientemente de cómo se lo tomase, lo que yo quería es que se diese cuenta de lo afortunado que era y de las ventajas que había tenido en comparación conmigo. No sé si estos modos retrógrados funcionaron o no. No obstante, aunque el día no salió según lo planeado, la visita al barrio sí que nos vino bien.

Mantuvimos aquel viaje en secreto. Si sus padres se enteraran de que en vez de hacerlo estudiar me lo había llevado por ahí y le había dado alcohol, ambos nos habríamos metido en problemas. Me contó lo que realmente quería hacer. Me dijo que quería ser director de cine y viajar por todo el mundo. Dicho de otro modo, odiaba estudiar y solo quería disfrutar. Le dije que me parecía una idea estupenda y le di el típico discurso de que para cumplir tus sueños te tienes que esforzar y que lo primero era subir sus notas para poder tomar el rumbo que quisiera. Utilicé como cebo lo de estudiar en el extranjero. Le dije que estudiase mucho inglés para tener más oportunidades de ir a estudiar a otro país, así podría salir, estudiar cine, ganar experiencia y

convertirse en un director internacional. Le propuse ir a hacer senderismo o de acampada una vez al mes a cambio de esforzarse en los estudios. Le vendría bien salir del ambiente de la escuela y su casa para cambiar de aires. Además, nos serviría para reforzar nuestra relación.

Creo que empezó a considerarme como un hermano mayor, porque me contaba cosas de la escuela y sus notas subieron poco a poco. Durante el periodo de exámenes, se quedaba conmigo de madrugada estudiando. Cuando sus notas subieron hasta un punto razonable, conversé con su madre acerca del futuro del chico. Se quedó perpleja al escuchar que quería ser director de cine. Dijo que el general nunca lo permitiría. Intenté convencerla de que tenían que respetar la opinión de su hijo para que tuviese ambiciones con respecto a su futuro y le hice ver que estudiar cine podía tener otros usos prácticos. Le di clases hasta su tercer año de instituto, cuando fue admitido en la universidad. Aquello también fueron los cimientos de mi futura vida en sociedad.

Tras mi tercer año de universidad, decidí hacer el servicio militar obligatorio. El general ya había abandonado el Ejército y, después del golpe de Estado, terminó su carrera como presidente de una empresa estatal. Él me ayudó muchísimo, ya que pude cumplir el servicio militar en Seúl, volví a la escuela para terminar el semestre que me quedaba y al graduarme pude irme a estudiar al extranjero. Ya ha fallecido, pero su mujer aún tiene buena salud y vive con el hijo.

Aquel chico y yo terminamos siendo amigos íntimos de por vida. Primero trabajó en una emisora de televisión y ahora tiene su propia productora de series. No podría decir que él ha llegado ahí gracias a mí, pero sí que es cierto que yo le debo mucho a esa familia. Viendo a aquel chico, aprendí que, si eres de alta cuna, hay escasas posibilidades de fracasar. Siempre y cuando no seas un completo desastre, tu vida ya está más o menos encarrilada. Para mí fue un milagro en sí mismo escapar de la pobreza de aquel barrio miserable de chabolas y tener una vida completamente diferente. Por ello, para la gente como yo es inevitable tener una mentalidad más compleja. La gente como yo necesitábamos algo más para aliviar la discordia entre nuestro pasado pobre y nuestro presente lujoso. En realidad, hay personas como yo por todas partes. Las veo cada vez que, desde un bar ubicado en el piso más alto de un hotel en el centro de la ciudad, miro hacia abajo y veo los altos edificios de apartamentos, las cruces de neón de las iglesias y las calles llenas de rótulos de tiendas y restaurantes. Durante la dictadura militar, mantenida a base de opresión y violencia, buscamos consuelo en aquellas iglesias o en conseguir los productos de lujo que vendían en aquellos centros comerciales. O quizás nos refugiábamos en aquello que no paraban de repetir los medios de comunicación: «Justicia a la fuerza». Para convencernos de que habíamos tomado la decisión correcta y consolarnos, necesitábamos a los personajes y los mecanismos que habíamos creado juntos. Yo también era un engranaje de ese mecanismo, era uno de los que había encontrado consuelo a duras penas en su interior.

Desde que empecé a trabajar como tutor privado interno hasta que me fui a estudiar al extranjero, me encontré con Soona varias veces y aún hoy las recuerdo con claridad porque todas ellas coincidieron con algún cambio importante en mi vida. Un día me llamó a casa del general. Una empleada del servicio me avisó de que había una llamada para mí y yo pensé que sería mi madre. No hablábamos muy a menudo, pero cuando sucedía algo importante me llamaba directamente. Le dije hola, pero no hubo respuesta al principio. «Soy Soona», se escuchó su voz tranquila. Me dijo que había conseguido el número de teléfono a través de mi madre y que había venido a mi barrio. Cuando me encontré con ella en una tranquila cafetería frente a un edificio lujoso, me sentí un

poco incómodo. Su ropa parecía un tanto pueblerina, estaba sentada en una esquina mirando hacia la pared y manoseaba nerviosa una bolsa de plástico que había dejado en el asiento de al lado.

¿A dónde vas? —le pregunté.

Me he ido de casa —respondió ella sin dudar.

Antes de que pudiera decir nada, continuó:

He oído que vas a ir a hacer el servicio militar.

Yo me había enterado de que el año anterior ella no había conseguido entrar en ninguna universidad, ni siquiera en el segundo intento, así que traté de preguntarle de forma indirecta si iba a intentarlo una tercera vez.

¿Qué tal estás? ¿Cómo va la preparación del examen?

Ya no voy a ir a la universidad. Mi padre me ha dicho que me busque un trabajo.

¿Por eso te has ido de casa?

Estaba tan metido en mi papel de tutor que, sin darme cuenta, se me escapó el tono de profesor preguntando a su alumno. De repente Soona soltó una risa nada natural.

¿Es que soy una niña o qué? ¡Si solo nos llevamos un año de diferencia!

Simplemente estaba preocupado.

Me pidió que le pagara una copa. Como si hubiera tomado una determinación, me pidió que pasara tiempo con ella e incluso me amenazó con morirse allí mismo si la rechazaba. Empecé a ponerme nervioso. Me costaba mucho decidir. Quizás me provocaba ansiedad que, aunque pensaba que ya había escapado del barrio de chabolas, Soona había seguido presente todo este tiempo, preparada para arrastrarme de vuelta. Todavía la deseaba, pero había aprovechado mi trabajo como tutor interno para poner distancia entre los dos y emocionalmente me encontraba en un punto totalmente diferente. Quizás también me sintiera incómodo al encontrarme de repente con un mundo del que yo ya no formaba parte. Para ser más exactos, me pareció que presenciar a Jaemyeong tomar la iniciativa para castigar a Tocón por su mala acción tal vez había ensuciado mis más puros sentimientos. Ya no quería ser cómplice de aquellas travesuras de niños marginales.

Sin embargo, ahí estaba Soona, que había venido a buscarme y se mostraba provocativa. Para ser sincero, desde que la conocí nunca había dejado de albergar el deseo de pasar la noche con ella. Fantaseaba con su cuerpo cada vez que me masturbaba. Mi egoísmo la llevó hasta un bar. Antes de que llegara el toque de queda, nos fuimos a una pensión. Aquella noche estuve muy torpe, pero muy impetuoso.

Al día siguiente, con la brillante luz del día, me deseó que me fuera bien en el servicio militar, pero su voz alegre sonaba forzada. La calle estaba llena de gente, autobuses y coches, puesto que era la hora de ir a trabajar. Por alguna razón, todo parecía muy extraño y desconocido. Fruncí el ceño como si fuera por culpa del sol deslumbrante, me puse la mano a modo de visera y le dije con tibieza:

Cuando vaya al barrio, pasaré por tu casa.

Después pasaron los años. Terminé el servicio militar, fui a casa y me encontré por casualidad con Soona en la entrada del mercado. Bueno, para ser más exactos, ella venía caminando desde la parada de autobús y yo la vi al bajar desde el paso elevado. Durante el servicio militar, había ido a casa alguna vez, pero a propósito había evitado preguntar por ella. No me vio bajar del paso

elevado y yo me quedé un rato mirando cómo caminaba dándome la espalda. Dudé un poco y la llamé en voz baja.

Soona…

Creo que, si no me hubiera escuchado a la primera, no la habría llamado otra vez. Aunque la llamé en voz no muy alta y estaba bastante lejos, me escuchó y se giró rápidamente.

¡Oh! ¡Eres tú!

Los dos miramos a nuestro alrededor. La antigua cafetería tradicional había sido sustituida por uno de esos restaurantes de estilo occidental que estaban de moda en aquella época. Era uno de esos locales decorados con hojas o parras de plástico y en los que las mesas estaban separadas por pequeños tabiques. Soona, con un vestido sencillo y un ligero maquillaje, me pareció igual de bella que antes.

¿Cuándo terminaste el servicio militar?

Hace un mes más o menos.

¿Y los estudios?

Planeo volver pronto. ¿De dónde vienes?

Del trabajo.

Pensé que te habías marchado de la ciudad.

Es una empresa pequeña en Seúl.

¿Y qué haces exactamente?

Contabilidad y cosas así. Nada difícil.

Bueno, pero has tenido suerte. Estos días es difícil encontrar trabajo.

No fue tan difícil. Mi padre conocía al dueño de la empresa.

¡Así que tienes enchufe!

Fue la típica conversación de cortesía que tienen dos personas que se conocen del barrio de toda la vida. Después, como por casualidad, le pregunté:

¿No vas a casarte?

Sin dudarlo ni un momento, me respondió:

Quizás cuando te gradúes…

Se rio a carcajadas y agregó:

¡No te asustes!

Después de eso, ya no teníamos más que decir. Nos quedamos sentados en silencio y luego ella se levantó y dijo en voz baja:

Ahora vuelvo.

Me fumé un cigarrillo con calma mientras esperaba a que volviera del baño. Pasaron unos veinte minutos y me acerqué al mostrador perplejo. Me asomé al baño y miré también hacia la salida. Cuando fui a pagar, el camarero me dijo:

Ya ha pagado la chica antes de marcharse.

Volví a estudiar y antes de graduarme fui al barrio algunas veces, pero me limité a quedarme en la tienda de mis padres. Justo antes de mi graduación, hice una entrevista para el estudio de arquitectura Hyeonsan y empecé a trabajar allí. Me lo recomendó mi orientador y comencé como trabajador en prácticas. En aquella época había muchísimo trabajo, así que todos los días me tocaba dormir en un sofá de la oficina. Estaba en un equipo del cual formaban parte otros

pasantes, como Youngbin Lee. En medio de aquella vorágine de trabajo, tuve tiempo de preparar un examen para obtener una beca nacional para estudiar en el extranjero y aprobé. Ese mismo año estallaron los incidentes de Gwangju y la situación era caótica. Habían impuesto la ley marcial, así que por todas partes había tanques y militares de fuerzas especiales vestidos de camuflaje y armados, apostados frente a las emisoras de radio y televisión, las oficinas gubernamentales y las escuelas. Poco a poco se estaban extendiendo rumores de que en Gwangju se había producido una masacre.

No había estado nunca allí, pero cuando escuché algunos rumores por parte de mis compañeros de trabajo, que a su vez los habían escuchado de otras personas, a pesar de no tener relación con aquel lugar, me sentí intranquilo. Todos teníamos nuestras conjeturas sobre las circunstancias que rodearon la muerte del presidente un año antes y sabíamos cuáles eran las intenciones del nuevo régimen militar. Sin embargo, lo que realmente nos preocupaba era si estas nuevas fuerzas de poder afectarían o no a nuestros planes y de qué manera. Sabíamos que íbamos a prosperar gracias a los beneficios que iban a dejar poco a poco los que estaban en el poder. Aunque en nuestro interior todos sentíamos cierto cargo de conciencia, sabíamos que no nos duraría mucho. De hecho, lo seguimos sabiendo. Cuando llegué a Estados Unidos y vi las fotografías y vídeos de la prensa extranjera, me impactó mucho y durante mucho tiempo me invadió un profundo sentimiento de impotencia.

Tras el servicio militar, volví a mi puesto como tutor interno. Hasta que me gradué y encontré trabajo, seguí viviendo con ellos y me encargué de ayudar con la asignatura de inglés a la hija del general, que un año después empezaría la secundaria. Mi habitación en el segundo piso, incluidos libros y muebles, estaban esperándome tal cual los dejé. La familia me trataba como si fuera el hijo mayor. Especialmente porque, después de haber vivido preocupados por la soledad de su hijo, que no tenía hermanos varones, habían comprobado lo mucho que él confiaba y se apoyaba en mí. Le aconsejaba sobre todas sus preocupaciones a pesar de que apenas podía hacerme cargo de mí mismo.

Después de empezar a trabajar en el estudio de arquitectura y de decidir irme a estudiar al extranjero, la madre me sacó varias veces el mismo tema. Me dijo que una de sus amigas tenía varias hijas y que la más joven era muy inteligente y guapa. Sus hermanas ya se habían marchado al extranjero a estudiar y ella también quería irse cuando terminara la escuela. Finalmente, por mediación de ella, la chica y yo quedamos. Pronto hubo una propuesta de matrimonio firme. Desde el primer momento fui muy sincero sobre la situación de mi familia. El padre de la chica había estado en muchos países extranjeros como diplomático y tal vez por eso fue tan tolerante con el origen humilde de mi familia. Para ellos lo importante era la inteligencia.

Había pasado mucho tiempo desde aquella ocasión en la que me encontré por casualidad con Soona en la entrada del mercado. Había vuelto a casa varias veces desde que encontré trabajo. Por supuesto, no le pregunté nada a mi madre acerca del restaurante de fideos. No fue a propósito, sino que realmente ya no sentía que Soona formara parte de mi vida. Es cierto que había pasado una noche con ella antes de irme al servicio militar, pero qué importaba eso.

De repente, un día recibí una llamada de ella en la oficina. Ya no se me aceleró el corazón ni sentí mariposas en el estómago como solía pasarme antes. Por el contrario, empezó a invadirme un sentimiento de culpa. ¿Qué tal le habría ido durante todo aquel tiempo? Me di cuenta de que no había pensado en ella ni una sola vez.

Quedé con ella en una cafetería del centro de la ciudad después del trabajo. Llevaba puesta una cazadora de hombre que parecía parte de un uniforme y me costó un rato reconocerla. Naturalmente, la invité a cenar, como haría con cualquier amigo de la infancia y del barrio. Su expresión era sombría. Hablamos de nuestras respectivas vidas y me enteré de que su padre había fallecido mientras yo hacía el servicio militar. No tenía ni idea de que habían perdido el restaurante de fideos. No pareció muy molesta conmigo por no haberme enterado de nada. Le pregunté si seguía viviendo en la misma casa y me respondió que se había mudado, pero simplemente se había cambiado al barrio de al lado, así que era más o menos igual. También le pregunté si seguía trabajando y me dijo que lo había dejado hacía poco tiempo. No nos despedimos justo después de cenar, sino que fuimos a un bar a tomar unas cervezas. El alcohol se me subió un poco, aunque no me emborraché demasiado.

¿Cómo averiguaste dónde trabajo?

Ante mi pregunta, se puso seria y me dijo:

¿Por qué? ¿Pensabas que podrías escapar de mí? Puedo averiguar cualquier cosa sobre ti cuando quiera.

Después se rio como si estuviese burlándose de mí igual que antes, pero su sonrisa desapareció rápidamente y me preguntó:

¿Te vas a ir a estudiar fuera?

Era una tontería preguntarle cómo se había enterado. Su madre y la mía se verían con frecuencia en el mercado y hablarían de este tipo de asuntos. Además, lo primero que hice después de aprobar el examen para ir a estudiar al extranjero fue ir a casa a darles la noticia a mis padres y también quedar con Jaemyeong para tomar algo. Jaemyeong había dejado el negocio de limpiabotas y regentaba un bar. Realmente, era el típico bar karaoke en el que también había señoritas que se sentaban junto a los señores. Estaba dividido en compartimentos separados por tabiques y había música en directo. Jaemyeong tenía mucha experiencia y mucho talento, así que habría sido raro que el negocio no hubiera tenido éxito. Creo que también le conté que iba a casarme.

Soona y yo bebimos mucho aquel día. Como el toque de queda se acercaba, me dijo antes de despedirnos:

Tengo que pedirte un favor.

Mientras bebíamos, me dio la sensación de que ella tenía la cabeza en otra parte.

¿Conoces a algún alto cargo del Ejército?

¿Qué pasa?

Han cogido a alguien que conozco.

¿Lo conozco yo también?

Ella asintió con la cabeza. En aquel instante me di cuenta de todo.

Es Jaemyeong…, ¿verdad?

Bajó la cabeza. Pensé que aquella cazadora me resultaba familiar.

Vosotros… ¿vivís juntos?

No, no vivimos juntos, pero ha estado cuidando de mi madre y de mí.

Me contó que unos días antes un agente de la policía local y un detective habían ido a buscarlo al bar y desde entonces no sabían nada de él. Había ido a comisaría con Myosoon a indagar, pero no les habían dicho nada. Todo lo que pudieron averiguar eran rumores de que lo habían llevado a

un campamento militar. A nivel nacional se llevaron a cabo redadas para detener a maleantes y, después de mucho tiempo, se publicó que habían creado el campo de reeducación de Samcheong.

La acompañé hasta la carretera para tomar un taxi. Antes de montarse, de repente me pasó un brazo alrededor del cuello y mientras me abrazaba me dijo:

Adiós. Enhorabuena por tu boda.

Me quedé allí de pie mucho rato después de que el taxi se marchara.

No me hacía mucha gracia involucrarme, pero tampoco podía quedarme de brazos cruzados ante la situación de Jaemyeong. Tras varios días dudando, finalmente le saqué el tema con cuidado al general. Él me escuchó y luego me preguntó qué relación me unía a él. Le respondí que era un familiar lejano y que no era ningún maleante, sino que simplemente era el propietario de un local de alterne. Sentado en el sofá, cogió el teléfono y llamó a alguien. Le dio la dirección y el nombre que yo había anotado en un papel y simplemente le dijo que se encargara de ello.

Después de aquello, me comprometí con aquella chica que me habían presentado y nos fuimos juntos a Estados Unidos a estudiar. Más o menos cuando terminé mis estudios allí, su padre, el diplomático jubilado, falleció. El resto de la familia se vino a vivir allí y celebramos nuestra boda en Nueva York. Mis padres no pudieron ir, así que tuvimos una boda sencilla a la que solo asistieron los familiares de mi esposa y algunos amigos que habíamos conocido en Estados Unidos.

Ocho

Cuando sucedió todo aquel invierno, había pasado casi un mes sin ver a Minwoo Kim. Su madre me había enviado un mensaje para que fuera a verla, pero no había tenido tiempo. Había conseguido llevar mi obra a los escenarios, pero no tuvo mucho éxito, lo que me desalentó y me dejó apática ante todo. Mi jefe rápidamente retiró mi obra y trajo de nuevo una representación extranjera. Fue un invierno largo y deprimente, sin nada interesante, sin esperanzas. Minwoo tampoco me había llamado, pero estaba tan ocupada intentando sobrevivir que no tenía ganas de ponerme en contacto con él. Ahora que lo pienso, no teníamos la química que se espera entre un hombre y una mujer. Me sentía cómoda y a gusto con él, pero nunca tuve sentimientos más allá.

Una mañana de esos días de frío glacial en los que la nieve ha dado paso al cielo azul, recibí la llamada. Tenía el teléfono sin sonido, así que estaba vibrando sin parar. No conocía el número que aparecía en la pantalla. Decidí no contestar, pero recibí un mensaje. Me pedían contactar con alguien de una comisaría de policía. No había hecho nada malo, pero sabía que cuando se trata de algo burocrático es mejor ser obediente y por eso llamé inmediatamente. «¿Es usted Woohee Jeong?» «Sí, ¿qué pasa?» «Mejor se lo explico en persona.» «¿Es algo importante?» Estaba claro que tenía algo que decirme, pero que no quería hacerlo. Durante un rato, solo se escuchó su respiración. «Si está en casa, podría acercarme a verla.» Cogí aire y dudé. Me dijo que solo serían cinco minutos y que le mandase mi dirección para que viniera. Le dije que vale y le envié mi dirección. La comisaría debía de estar cerca, porque el timbre sonó apenas treinta minutos después. No quería que entrara en mi casa, así que me dejé el abrigo puesto para salir fuera a hablar. Abrí la puerta y me encontré a un policía con uniforme. Antes de que pudiera dar un paso hacia fuera, él ya empezó a hablar.

¿Conoce a Minwoo Kim?

Sí, claro.

Se ha suicidado. ¿Podría acompañarme un momento a la comisaría?

Estaba aturdida, como si me hubieran dado un golpe en la cabeza.

¿Cómo? ¿Qué acaba de decir?

Minwoo Kim ha fallecido.

En la comisaría, un policía se sentó frente a mí y anotó palabra por palabra mi declaración en un portátil. Solo éramos amigos. No éramos pareja. Trabajábamos juntos y nos hicimos amigos, lo veía como a un hermano. No nos habíamos visto en un mes. Le pregunté si habían avisado a su madre y el policía me respondió:

¿Cómo cree que hemos conseguido su teléfono? Él escribió dos números en su carta de suicidio. El de su madre, la señora Soona Cha, y el suyo. Entonces, ¿nunca vio nada raro?

Le dije que él llevaba una vida muy activa, tenía tres trabajos temporales y era una persona jovial que rebosaba entusiasmo. Era mi turno de hacer preguntas. La fecha estimada de su muerte era cinco días antes, pero no lo habían encontrado hasta ese mismo día por la mañana, al lado de un río en Chungju. Su Galloper destartalado estaba junto al río, al lado de un Avante. Era invierno

y ese camino de grava estaba algo apartado de la carretera principal, así que no solía ser muy transitado. La gente del pueblo dijo que allí acostumbraba ir gente a pescar y no le dieron mayor importancia. Sin embargo, pasó un día, dos, tres y hasta cuatro y los dos coches seguían allí. A la gente del pueblo le extrañó que siguieran allí abandonados, así que avisaron a la policía, que llamó a una grúa. Cuando llegó el conductor de la grúa, observó el interior de los dos coches y descubrió que dentro había unas personas muertas. Había cuatro en el Galloper, dos en la parte delantera y dos en la parte de atrás, y otras dos en el Avante. Las rendijas de las ventanas, los conductos de ventilación e incluso la parte de abajo del volante por donde podría escaparse el aire estaban sellados con cinta aislante azul. Dentro de los coches había botellas de *soju* y vasos de plástico desperdigados por el suelo y una cocinilla de gas portátil cubierta de cenizas. Minwoo estaba en el asiento del conductor del Galloper y junto a él había un hombre de su edad que creían que era de Ansan. En la parte de atrás del coche, un hermano y una hermana de Chuncheon. En el Avante había un hombre y una mujer con direcciones diferentes, uno de Icheon y otro de Chungju, pero habían deducido que mantenían una relación extramatrimonial por la edad, la ropa y las fotos y vídeos de los teléfonos. Quizás los seis se habían encontrado a través de las redes sociales o de alguna de las páginas de suicidios conjuntos que estaban poniéndose de moda. No podían saber quién era el cabecilla, pero estaba claro que Minwoo y el hombre de Icheon, que eran los propietarios de los vehículos, habían recogido al resto y los habían llevado allí. Ni la policía ni yo, por supuesto, podíamos deducir cómo había surgido esta relación. Analizando sus conversaciones telefónicas se descubrió que llevaban en contacto varios meses e incluso habían quedado antes. Había una foto de ellos tomando cerveza y pollo frito en un bar de las afueras de Seúl.

Me murmuraba a mí misma: «¿Cómo serían esas reuniones entre personas que tienen el objetivo de morir? ¿Qué habría escrito en su carta de suicidio? ¿Pero por qué…?». De todas formas, ¿de qué me sirve hacerme estas preguntas? Yo también había pensado en numerosas ocasiones que me encantaría morir quedándome simplemente dormida en mi habitación. Dormirme sin más y no despertarme. No obstante, solo era un pensamiento. Seguía abriendo los ojos y pasaba un día tras otro sin parar.

Le entregaron el cuerpo a la familia tras una autopsia meramente formal. Como en la mayoría de los casos de suicidio, prefirieron saltarse el funeral y llevarlo directamente al crematorio. Como el cuerpo ya había empezado a descomponerse y además querían cumplir con la tradición de no darle un trato demasiado respetuoso a los fallecidos en un lugar fuera de su tierra natal, prefirieron solucionarlo todo rápidamente y sin armar revuelo.

Busqué el número de su madre y la llamé. Su voz sonaba hundida. «Maldito chico», dijo y se quedó en silencio un rato hasta que me preguntó si podía acompañarla. Me dio indicaciones para llegar al crematorio público ubicado en las faldas de un monte apartado, en la provincia de Gyeonggi, al noroeste de Seúl. A un lado había un parque conmemorativo, el osario y un edificio cubierto de placas de mármol que parecía un hospital. Encontré a su madre en la sala de espera. Gracias a la policía y al listado de familiares del difunto, había descubierto que ella se llamaba Soona Cha. Le habían dado un número y estaba esperando a que llegara el turno de incinerar a su hijo. Había una decena de crematorios y en unas pantallas aparecían el nombre y el número de los que estaban incinerando en ese momento. Me senté a su lado en silencio y le tomé la mano. Cuando llegó su turno, un aviso apareció en las pantallas; comprobaron que éramos familiares y

nos guiaron hacia la sala. A través del cristal ignífugo se veían las llamas. Su madre no lloró, únicamente se quedó mirando fijamente el fuego.

Unos minutos después, nos llevaron frente a la placa donde estaban las cenizas. Un trabajador las pasaba por una especie de red y luego cogía los huesos para molerlos. Nos llevamos los restos de Minwoo en una pequeña vasija de cerámica y fuimos al lugar designado para esparcirlas. Los montes de alrededor tenían algunas partes cubiertas de nieve y con cada paso el suelo helado crujía bajo los pies. Todo el proceso no duró más de una hora. Su madre se tapó la cabeza y parte de la cara con su bufanda y me invitó a ir con ella a su casa.

En el taxi y en el metro, ninguna de las dos dijo nada, ambas absortas en nuestros pensamientos. De camino a casa, paró en un mercado para comprar fruta, carne de cerdo, morcilla, pasteles de pescado y dos botellas de *soju.* Cuando llegamos a su apartamento, estaba exactamente igual que antes, aunque quizás me pareció algo más frío. Sacó todo lo que había comprado y, aunque fuera humilde para una ofrenda, lo colocó sobre una pequeña mesa y echó lentamente una botella de *soju* en una tetera de níquel.

No puedo oficiar un rito para mi hijo, pero le dedicaré una oración en silencio para que renazca en el paraíso —dijo ella como si nada e incluso me sonrió.

Tampoco tengo ninguna foto para usarla como retrato funerario, así que imaginemos que está ahí de pie frente a la ventana.

Sirvió *soju* de la tetera en un vasito y pronunció unas palabras al aire en dirección a la ventana.

Bébetelo. Hay morcilla de la que te gusta.

A continuación, bajó la cabeza y cerró los ojos. Yo también recé con ella en silencio. Cuando levanté la cabeza, ella todavía la tenía gacha y las lágrimas recorrían su rostro y caían sobre la mesita. Contuve la respiración y me quedé en silencio mirando fijamente cómo las lágrimas se acumulaban sobre la mesa. Cogió un pañuelo para limpiarse la cara y sonarse la nariz. Después respiró hondo y levantó la cabeza.

Ahora es el turno de que nos tomemos un trago «humanamente» —me dijo como si ya pasara página y usando la expresión que yo solía utilizar.

Yo tenía la costumbre de usar estas expresiones en cualquier circunstancia: estoy inhumanamente triste; me estoy excediendo inhumanamente sin razón; tengo un hambre inhumana; esto es inhumanamente molesto; a brindar inhumanamente… La primera vez que vine a su casa, ella se rio mucho imitándome. Cogí la tetera, le serví un vaso y luego me serví yo otro. Nos lo bebimos de un trago mirándonos la una a la otra y después continuamos tomando un vaso tras otro. Abrió la mochila que habían encontrado dentro del coche, rebuscó entre el teléfono y el batiburrillo de ropa, y me entregó su carta de suicidio. Era una página arrancada de un cuaderno. En la parte delantera había una carta y en la parte de atrás su dirección, su número de teléfono y el mío. La cogí desconcertada y me quedé mirándola perpleja.

Querida mamá:

Siento mucho no cuidar de ti hasta el final. Coge el ordenador de mi casa porque se me olvidó dártelo. Asegúrate de recogerlo. He trabajado como un mulo para poder comprarlo.

No es mucho, pero he transferido todo mi dinero ahorrado a tu cuenta. Úsalo para ir al médico a hacerte un chequeo. ¡Sin falta! Lleva también a Woohee. Seguro que algo le pasa. Tiene que dejar esa casa en el sótano… Dile que siento no haber podido ayudarla.

Te quiero, mamá.

Por fin brotaron las lágrimas. Maldito Minwoo, preocupado por los demás y era él quien se estaba muriendo. En el crematorio, su muerte aún no me había parecido real y me había dado incluso vergüenza no llorar, pero ahora ya se había abierto el grifo y no podía parar. La carta de Minwoo, que parecía haber garabateado con un boli dentro del coche, me hizo recordar su voz balbuceante, pero que siempre intentaba que sonara profesional. Seguí sirviéndome alcohol de la tetera. Su madre me preguntó:

¿Te gustaba Minwoo?

No respondí. Ella se quedó mirándome y con voz triste me dijo:

Deberías haberte enamorado de él.

Nueve

El presidente de Construcciones Daedong fue arrestado por supuesta malversación y prevaricación. Unos días antes, yo había oído rumores a través de Seungkwon Choi, pero fue por las noticias como me enteré de los cargos exactos. Vendió con éxito el Hangang Digital Center y consiguió un préstamo muy alto hipotecando una empresa que había adquirido. Todo ello perjudicó enormemente a Construcciones Daedong. Además, usó fondos de la empresa para comprar apartamentos y locales comerciales del Hangang Digital Center y se inventó falsos compradores para que pareciera que se estaba vendiendo bien. El objetivo de todo ello era expandir rápidamente el negocio y recaudar dinero para el proyecto de Asia World. Puedo imaginarme qué era lo que le pedía a Dios en sus rezos de madrugada. ¿Acaso no deseaba yo también que sus súplicas se hicieran realidad?

Cuando llegué a la oficina, Seungkwon me susurró en voz baja:

Han venido unos clientes.

¿Clientes? ¿Qué pasará…?

Sin decir nada, abrió la puerta de la sala donde yo solía recibir a la gente. Dos hombres que se estaban tomando un café se levantaron titubeantes.

Perdón por venir así de repente.

El hombre que llevaba traje formal me dio una tarjeta de visita en la que comprobé que eran agentes de policía. Impedí que Seungkwon abandonara la sala.

Siéntate tú también, por favor.

Los dos me miraron fijamente. Me preguntaron cómo me había visto involucrado en el diseño del Hangang Digital Center de Construcciones Daedong y si también participaba en los planes de Asia World. Me molestó, pero respondí intentando no mostrar mi irritación:

Todo lo que hacemos es dibujar cumpliendo con las demandas de los propietarios de los edificios. Entiendo que ustedes no necesitan ningún plano, ¿no?

El hombre de la cazadora me dijo:

De acuerdo con nuestras investigaciones, el proyecto Asia World es un fraude. Solo es una forma de recaudar capital.

Decidí ignorar lo que había dicho y pregunté:

¿Esto es una investigación formal?

No, no lo es —dijo el hombre del traje agitando las manos—. Simplemente es que se ha creado mucho revuelo últimamente y estamos buscando algo de ayuda. Si los planos de Asia World se hicieron aquí, necesitaremos ver todo el papeleo.

Me giré hacia Seungkwon y le dije:

¿Tenemos algo de eso?

Los planos, las fotos publicitarias y otras cosas por el estilo ya estarán en internet.

Antes de entrar a mi despacho, les dije con la puerta un poco abierta:

Me van a perdonar, pero ahora estoy ocupado.

Un poco después Seungkwon los despidió y volvió a verme.

Les he dado un sobre para al menos salvarnos el pellejo —me dijo Seungkwon, con experiencia en estos asuntos, sin darle mayor importancia mientras yo me ponía colorado.

Me pasé el resto de la mañana sentado, impaciente y nervioso. No paraba de pensar en que el profesor Lee ya me había advertido antes de que dejara todo eso. Me puse a mirar aquí y allá en Google Maps diferentes montañas, costas y terrenos. De repente, se me ocurrió que quizás no estaba buscando el lugar en donde construir la casa en la que pasar mis últimos años de vida, sino que tal vez estaba contemplando el lugar en el cual me enterrarían. Ese pensamiento me calmó. Por delante no me quedaba ni mucho tiempo ni mucha gente por conocer ni muchos trabajos por hacer. Tenía cinco correos electrónicos nuevos. Abrí el que tenía como asunto «Cola de zorra». Era de Soona. Al igual que en el correo anterior, había un breve saludo y un archivo adjunto. Esta vez se dirigía a mí directamente por mi nombre en vez de «Señor Park», como la otra vez, lo cual me transmitió un sentimiento íntimo y afectuoso.

Querido Minwoo:

Cuando volví a saber de ti era primavera, pero ahora las oscuras hojas verdes ya están perdiendo su color y, al atardecer, el aire fresco hace que tenga que abotonarme el cuello de la chaqueta. Pienso que, si la edad se midiese por estaciones, nosotros nos encontraríamos exactamente en esa época. De nuestra juventud ya solo quedan unas fotos amarillentas guardadas en algún álbum, como recuerdos descoloridos con el paso del tiempo. Sin embargo, mis recuerdos sobre ti son muy nítidos y últimamente, día tras día, lo rememoro con aún más claridad.

No te tomes esto como una carga. Simplemente me sumerjo en mis recuerdos como suele hacerse a esta edad. Tras fallecer mi hijo, pensé que me había quedado sola en el mundo. De repente me sentía temerosa y asustada, pero apareciste tú. Como te decía, no te lo tomes como una carga. Esto son únicamente mis pensamientos. Siento como si me hubiese reencontrado con un hermano perdido y no pretendo que hagas nada ni te pido nada.

Me conformo con poder compartir contigo por correo electrónico, de vez en cuando, nuestros viejos recuerdos. No obstante, si te molesta, este será el último correo que te mande. Simplemente me gustaría desahogarme y contarte cómo me fue la vida después de que te marcharas. Creo que es la única forma de que yo también pueda escapar de aquel barrio. Bueno, en realidad eras tú el que quería escapar de allí. Yo…, sinceramente, lo echo de menos.

Abrí el archivo adjunto. Soona decía que echaba de menos aquel lugar, pero me daba la impresión de que seguía allí atrapada. Me sumergí de lleno en su historia, como si visitase de nuevo aquel barrio guiado por ella. Cuando leí la parte en la que narraba mi visita al barrio, más o menos cuando sufrió el ataque de Tocón, noté que me guardaba algo de rencor por no haber estado allí a su lado. Decía que después de aquello se encerró a leer libros en la buhardilla donde secaban los fideos. Por supuesto, quien la ayudó y consoló fue Jaemyeong. Cuando había alguna película nueva, conseguía entradas gracias al chico que pegaba las carteleras y, si había mucho trabajo en el restaurante, él se arremangaba y se ponía a echar una mano.

Sabía que, una vez que se marchara del barrio, ya no volvería. De hecho, cuando pensaba en mi horrible aspecto tampoco deseaba que volviéramos a vernos. Sabía que de vez en cuando venía al barrio de visita, pero me escondía para que no nos encontráramos por casualidad. Afortunadamente, nunca me buscó.

Durante el año que me pasé escondida, Jaemyeong encontró todo tipo de pretextos para venir a nuestra casa. Me había enterado de que le había dado su merecido a Tocón y que este se había esfumado del barrio. Jaemyeong trataba a mis padres con mucho cariño, como si fuera un hijo. ¿Cómo alguien como yo podía ser lo suficientemente buena para alguien como Minwoo? Me di cuenta de que solamente Jaemyeong me conocía bien, me entendía y me cuidaba.

Escuché que Minwoo iba a hacer el servicio militar. Decidí rendirme ante Jaemyeong para así olvidar mis sentimientos hacia Minwoo. Sin embargo, según se acercaba la fecha de ir a su pueblo natal para visitar la tumba de su padre, me invadió la desesperanza, puesto que me di cuenta de que iba a envejecer y morir en aquel barrio cuando lo que yo quería hacer era huir. No sé en qué estaba pensando cuando fui a ver a Minwoo. Por

teléfono parecía más confuso que contento. En ese momento ya me estaba asaltando el arrepentimiento, pero no había vuelta atrás. Sentía que debía verlo una vez, fuera como fuese. Cuando nos encontramos, estaba nerviosísima. Le pedí que me invitase a una copa. Debería haberme marchado en aquel momento, pero pensé que ya la había fastidiado tanto que no podía ser peor. Me lo tomé como si fuera mi propio ritual para deshacerme de él. Cuando al día siguiente nos despedimos, se me olvidó subirme al autobús y terminé caminando a lo largo de varias paradas. La gente me miraba de soslayo mientras yo iba llorando. Murmuré en voz alta: «Adiós, Minwoo Park, ya estás fuera de mi vida». Así me despedí de él.

Tras la muerte de mi padre, cerramos el restaurante de fideos porque amasar la harina y poner en marcha las máquinas era un trabajo demasiado duro para mi madre sola.

Por aquel entonces Jaemyeong ya era como mi marido a pesar de que no nos habíamos casado. Con su ayuda, compramos una casa al otro lado de la calle, en la esquina de la entrada al barrio, y abrimos una tiendecita de productos varios. Dejé mi trabajo para poder ayudar a mi madre en la tienda. Jaemyeong venía una vez cada varios días y dormía conmigo en mi habitación. Me enteré a través de él de que Minwoo iba a marcharse al extranjero a estudiar con su prometida. Unos meses después arrestaron a Jaemyeong. Se rumoreaba que cada jurisdicción tenía unos cupos que cumplir y por eso se habían llevado a mucha gente que conocía. No soportaba la idea de tener que volver a encontrarme con Minwoo, pero no tenía nadie más a quién pedir ayuda.

Un mes más tarde, Jaemyeong regresó delgadísimo, en los huesos, y completamente agotado. Le costó más de un año recuperarse del todo. Empezamos a vivir juntos para que yo pudiera cuidarlo y tuvimos una hija. Sin embargo, nunca volvió a ser el mismo, ni tan jovial ni tan dinámico como solía ser. Su estancia en el campo de reeducación de Samcheong no solo le arruinó el cuerpo, sino que también lo destrozó por completo anímicamente. Prometió que no volvería a ir a bares y locales por el estilo, pero en cuanto pudo caminar por su propio pie empezó a salir y a quedar con sus viejos amigos. Un tiempo más tarde, me enteré de que regentaba una casa de apuestas y además empezó a consumir drogas. A estos locales de apuestas secretos los llamaban «houses» y en ellos contrataban a jugadores expertos que se encargaban de desplumar a la gente rica. Me decía que iba a comprarse un coche extranjero de segunda mano y que me iba a regalar joyas. Al principio lo creí cuando me dijo que estaba consiguiendo el dinero gracias a la venta de alcohol al por mayor. Unos años más tarde, alguien murió en una pelea entre bandas y lo arrestaron de nuevo. Lo condenaron a quince años de prisión por pertenecer a una organización criminal.

Poco después de que entrara en prisión, nuestra hija murió a causa del sarampión. No se lo conté, pero debió de enterarse por alguien. Un día fui a verlo y él rechazó la visita. El guardia me dio una nota de su parte en la que decía: «No vuelvas a visitarme. Ya no tenemos una hija, así que arréglatelas tú sola». Después solicitó un traslado y lo llevaron a otra prisión. Intenté visitarlo allí también, pero finalmente nunca pude verlo.

Volví a vivir con mi madre, que se había sentido un tanto solitaria trabajando ella sola, y tres o cuatro meses después de mudarme entró titubeante por la puerta un hombre. Era un vendedor de libros a plazos. Tenía unos tres años menos que yo y parecía un hombre decente y tímido. Ser vendedor de libros no era el trabajo más apropiado, pero desde que terminó el instituto había pasado por todo tipo de empleos. Me encantaba leer y me llamó la atención una recopilación de treinta volúmenes de obras maestras universales que él me mostró. Dada mi situación, gastarme todo aquel dinero de una vez habría sido algo inimaginable, pero al decirme que podía dividir el pago en diez meses no necesité escuchar más sus habladurías de vendedor. Se fue muy contento por haber llevado a cabo la venta tan fácilmente y después vino a vernos cada mes con la excusa de cobrar. Si hubiese sido un mero vendedor de libros, no me habría marchado del barrio con él. Por el contrario, le gustaba la lectura y me mantenía provista de libros. Nos enamoramos leyendo las mismas obras, debatiendo y comentándolas, igual que solía hacer con Minwoo. Su carácter tímido no facilitaba que se ganara la vida vendiendo libros. Me mudé con él a su pueblo, Incheon, donde comencé una nueva vida vendiendo huevos, fruta y verdura con un camión.

Después tuvo un hijo. Los siguientes diez años vivió más o menos feliz, sin mayores aspiraciones. Su marido, aunque no muy sociable, era muy trabajador, por lo que consiguieron mudarse a una pequeña habitación con un sistema de alquiler especial que les permitió ir ahorrando poco a poco. Sin embargo, cuando su hijo tenía diez años, el marido tuvo un accidente de tráfico del que resultó gravemente herido y no recibió ni un céntimo de indemnización. Postrado en la cama, las deudas aumentaban y cuando él falleció ella tuvo que volver a arrastrarse por el barro. Al quedarse sola, no le quedó más remedio que hacer de todo: trabajar en casas ajenas, ayudar en restaurantes, limpiar… Sin embargo, por más que trabajaba, el poco dinero que ganaba apenas servía para pagar los intereses de la deuda. Para poder ir a trabajar, tuvo que dejar mucho tiempo solo a su

hijo pequeño. Afortunadamente, el hijo salió al padre y creció sin meterse en problemas. Como no tenía mucho talento para los estudios, solo se sacó un título de formación profesional y únicamente consiguió un contrato temporal, pero al menos era en una empresa grande. Hasta que lo despidieron, trabajó como ayudante del jefe y se encargaba de contratar a empresas de demoliciones. Ella describía en detalle lo trabajador que era y lo mucho que se esforzaba. Dejé de leer un momento al llegar a la parte en la que explicaba que su hijo trabajó en una demolición, junto al equipo contratado, en un área que estaban modernizando. Ante mis ojos apareció una escena que me resultaba muy familiar. Sentí una opresión en el pecho. Tuve la extraña sensación de que todos estábamos conectados débilmente por un hilo invisible. Había escrito que, tras ser despedido, su hijo fue enlazando todo tipo de trabajos temporales hasta que el invierno del año anterior puso fin a su vida. Cuando llegué a ese punto, había pasado apenas una hora. Esas décadas de su tumultuosa vida habían fluido hacia el pasado a lo largo de esa hora.

Me dijo que había visto por casualidad mi nombre en un cartel colocado frente al ayuntamiento cuando pasaba con el autobús. Su archivo adjunto continuaba al final:

Se me aceleró el corazón cuando vi tu rostro envejecido en la fotografía. Tras la muerte de mi hijo, volví a nuestro barrio después de mucho tiempo. No quedaba ni rastro de nuestras vidas allí. Todo había desaparecido: la tienda de pasteles de pescado de tus padres, nuestro restaurante de fideos, la fuente pública, el puesto de Jaemyeong, el cine, el paso elevado… Todo estaba tan cambiado que incluso llegué a plantearme si aquello había existido realmente. ¿Cómo podían haber pasado tan rápido cuarenta años? Oleadas de gente, personas que crecieron con nosotros y otros que nacieron después habían pasado por aquellas calles.

Ah, casi se me olvida. Llamé a mi hijo como tú: Minwoo. Minwoo Kim. Aunque fuera pobre y lo tuviera difícil como nosotros, solo quería que fuera feliz. ¿En qué nos equivocamos? ¿Por qué acabó así mi hijo?

Ahí terminaba el texto de Soona. No sé por qué sentí que me estaba regañando. Para ser el relato de la vida de una persona, era demasiado corto. Además, había incluido partes de mi vida y con cada línea me venían a la mente imágenes y rostros de personas que habían estado congelados en el tiempo. Sentía emociones encontradas; me levanté, deambulé por el cuarto y después me quedé de pie un rato junto a la ventana. Sentí como si mi cuerpo estuviese desapareciendo poco a poco. Mis brazos y piernas se fueron difuminando y luego el tronco también empezó a desvanecerse empezando por abajo. Me quedé mirando la parte superior de mi tronco reflejada en la ventana, parecía una foto que hubieran superpuesto sobre el paisaje de fuera. «¿Quién eres?», me preguntó el hombre en el cristal.

¿No va a coger el teléfono? —me preguntó mi secretaria entreabriendo la puerta.

Hasta entonces no me había dado cuenta de que mi móvil estaba sonando sobre el escritorio. Mientras lo cogía, le pregunté a la secretaria:

¿No tenemos tabaco?

Volvió con un paquete y unas cerillas. Encendí un cigarro y le di una profunda calada. Hacía tanto que no fumaba que la cabeza empezó a darme vueltas y tuve que sentarme de golpe. La persona que me llamaba era Youngbin. Rápidamente le pregunté dónde estaba y qué iba a hacer. Me dijo que su segundo hijo iba a casarse y que me enviaría una invitación. Le propuse quedar esa noche para tomar algo. Él pareció algo desconcertado y me preguntó si pasaba algo. Me dijo que ese día no estaba disponible y me preguntó qué tal me iba al siguiente. Yo le respondí que no se preocupara, que lo llamaría otro día, y colgué. Me fumé el cigarro con calma hasta que se consumió del todo y casi echó a arder el filtro. Me dejé llevar por el agotamiento y el vértigo y me quedé allí sentado absorto durante un rato.

Miré la pantalla del ordenador y escribí en el buscador «modernización urbana». Me apareció una cantidad enorme de información y navegué por páginas con imágenes y textos. Cuando regresé de mi estancia en el extranjero con mi mujer y mi hija, ya habían pasado diez años y estaba cerca de los cuarenta. Había ganado experiencia participando en varios proyectos internacionales en Estados Unidos. En aquel momento entré en Construcciones Hyeonsan como encargado, lo cual coincidió con el auge del negocio de la construcción y la empresa despegó. Me encontré con una foto de una zona residencial que remodelamos mi compañero Byeonggu y yo a mediados de los noventa. Por supuesto, por aquel entonces fue también cuando el centro comercial Sampoong se derrumbó. Durante el periodo de modernización, cerca del ochenta por ciento de los edificios construidos no cumplían con las medidas de seguridad y los que habían pasado los controles necesitaban reformas y reconstrucciones. Sin embargo, lo que no tenía solución eran las irregularidades y la corrupción que se daban en todo el proceso, desde la planificación hasta la construcción y la finalización. Por el contrario, ello contribuyó a la expansión del mercado. En aquel momento fue cuando yo creé mi propia empresa y Byeonggu, Batata Quemada, se metió en política. Aquellas fotos reflejaban el pasado y el presente del proceso de modernización del que había formado parte unos diez años antes.

Vi una montaña llena de tejados de pizarra bajos, callejones estrechos y enmarañados y unos niños sonriendo reunidos frente a una pequeña tienda. ¿Dónde vivirían ahora y qué estarían haciendo estas personas a las que echaron de aquel barrio al que al final le habían cogido cariño? Aquellas chabolas, pegadas a la ladera como las conchas a las piedras, habían desaparecido y habían dado paso a una montaña de cemento con grandes bloques de apartamentos que, como un muro, se elevaban hacia el cielo. En el borde de un descampado había casas a medio derruir sobre los escombros y el armazón oxidado de un coche. Los hierbajos habían crecido a su antojo en todos los resquicios de los callejones desiertos, llegando a formar matorrales, y un perro esquelético que había perdido a su dueño vagaba en la esquina de un edificio en ruinas que era como si lo hubiesen bombardeado. Algunos vecinos en contra del proceso de demolición, principalmente mujeres, llevaban pancartas de protesta escritas a mano torpemente y gritaban. Era una escena que yo había presenciado varias veces desde la distancia, cuando iba al terreno con Byeonggu para alguna inspección. Siempre nos subíamos al coche y nos marchábamos antes de que empezase el proceso de demolición y entrasen las excavadoras y las niveladoras, como si no pudiéramos soportar verlo.

Ah, allí finalmente apareció una foto del barrio en el que viví. Del proyecto de aquella zona se encargó otra empresa que yo conocía muy bien. Mis padres habían abandonado el barrio mucho antes de que se produjese la remodelación, así que no le había prestado mucha atención a lo que había ocurrido allí. Si Soona no se hubiera puesto en contacto conmigo, todavía lo tendría remotamente olvidado. Se veía la calle principal, que tan familiar me resultaba, y los edificios y carteles que tan bien conocía. Frente a una tienda, unas niñas que podían ser Myosoon y Soona estaban sentadas jugando con unas piedrecitas y Jaemyeong, Jjaekan y yo estábamos luchando a la pata coja. No conocía a los niños que aparecían en las fotos, pero seguro que habían crecido en un barrio como el nuestro y habían tenido los mismos sueños.

Los recuerdos que yo albergaba eran muy diferentes de los recuerdos de la gente que había vivido allí con su familia. Mi trabajo había consistido únicamente en arrasar de golpe los recuerdos de la gente, devastarlos y aniquilarlos. Nuestro equipo de consultoría había creado una

asociación, la cual era el inicio de la cadena alimenticia que conectaba empresas de diseño, subcontratas de servicios de demolición, constructoras, asambleas del distrito e incluso personas de los círculos políticos; yo conocía muy bien aquella cadena. Tanto el presidente Byeonggu como yo sabíamos muy bien cómo funcionaba: las numerosas reuniones, las quedadas para tomar una copa o jugar al golf, los cheques regalo, los productos de lujo, los minuciosos informes y facturas del dinero en efectivo, y los recibos. Byeonggu se convirtió en miembro de la Asamblea Nacional y tras su reelección, a mitad de mandato, lo destituyeron a causa de un escándalo. No obstante, yo lo ayudé en varias ocasiones. En realidad, siempre nos necesitamos mutuamente. Ahora Byeonggu, Batata Quemada, había quedado reducido a un vegetal en vida y yacía sobre una pila de recuerdos de Yeongsan, su origen, que ya se habían desvanecido. Durante mucho tiempo pensé que tuve mucha suerte al poder escapar de aquella vida pobre y miserable en aquel barrio. Todos los que habíamos atravesado aquella época sentíamos la satisfacción de no habernos quedado atrás y tener una buena vida ahora.

Abrí de nuevo el correo electrónico en mi ordenador. Leí la última línea de la carta de Soona.

¿En qué nos equivocamos? ¿Por qué acabó así mi hijo?

Hice clic en Responder y le envié un correo a Soona.

Gracias por acordarte de un viejo amigo. Ya ha pasado mucho tiempo, pero si te parece bien podríamos vernos algún día. Dime cuándo y dónde te iría bien. Espero tu respuesta.

Diez

Pongo a calentar la tetera para hacerme un té y me siento en mi escritorio a desayunar el triángulo de arroz que me he traído de la tienda. Me comeré los otros dos después de dormir un rato. Enciendo el portátil y miro simultáneamente las carpetas de todo tipo que tengo en el escritorio. Desde una carpeta de películas descargadas hasta una de clases de conversación de inglés, otra de guiones en los que he estado trabajando, otra de fotos… Las carpetas que he abierto con más frecuencia últimamente son «Cola de zorra» y «Camiseta negra». Como siempre, lo primero que miro al entrar en internet son los titulares de las noticias. Me llama la atención uno que dice que han detenido por presunta malversación y prevaricación al presidente de construcciones Daedong. Lo leo por encima y compruebo mi correo electrónico. Mi hermana me ha mandado uno, otro es de mi jefe del teatro proponiéndome trabajar juntos en su próximo proyecto y otro es de Minwoo Park. Ahora que ha sugerido que quedemos, ha llegado el momento de poner fin a este juego.

Tras la muerte del otro Minwoo, pasé cada fin de semana en Bucheon con su madre. Supongo que desarrollamos una relación de ayuda mutua. La ausencia de Minwoo me había hecho sentir fuera de control según pasaba el tiempo. Me reprochaba la indiferencia con que lo había tratado, como si su muerte hubiese sido culpa mía. Sin embargo, después de un tiempo, tal y como su madre opinaba, «los vivos tienen que seguir viviendo». Las dos juntas comíamos, bebíamos e incluso nos reíamos. Como decían mis amigos, era como una madre guay. Por edad podría ser mi madre, pero para mí era como una amiga íntima. Quizás era por la inocencia de aquella niña a la que le encantaba la literatura, o quizás por aquella ingenuidad infantil, pero fuera por lo que fuese nos entendíamos muy bien.

Cuando pasó el invierno en el que falleció Minwoo y las flores ya estaban en plena floración, las dos fuimos a tomar una cerveza al centro. Fue entonces cuando me contó que la habían violado siendo adolescente. Lo contó con todo detalle, pero como si no hubiese sido nada para ella. En ese momento descubrí que escribía un diario. Me pidió que le enseñara a usar el ordenador y empezó a transcribirlo usando el que le había dejado Minwoo. Me dijo muy contenta que haberse sacado la secundaria y haber trabajado como contable, donde aprendió mecanografía, ahora le resultaba muy útil. Le pregunté qué estaba escribiendo y me respondió:

Una especie de memorias. Es para leerlo y recordarme que he pasado por mucho, pero que en el fondo he tenido una buena vida.

Entendí lo que quería decir. En los momentos duros o de sufrimiento, escribir un diario o mandarle una carta a alguien puede servir para regodearse en la autocompasión, pero también es una forma de desahogarse. Un día, nada más verme, me contó entusiasmada que un amigo de la infancia iba a dar una conferencia en la zona del ayuntamiento. Me habló del barrio en el que se crio y me soltó del tirón la historia de enredos con él.

Entonces, los dos se llaman Minwoo. ¿No será él el padre de Minwoo…?

Ella se rio y me dijo que si todo quería convertirlo en una telenovela.

Vamos juntas a la conferencia. Quizás se alegre de verte.

Ella negó con la cabeza.

¿Así de gorda? Cuando me vea, lo voy a decepcionar.

Se miró y dejó escapar un suspiro.

Hace ya mucho que él dejó atrás aquel barrio y a mí, ahora ya vive en otro mundo.

El día de la conferencia fui a verlo sin decirle nada a ella. Esperé a que terminara y le di un papel con el nombre de ella y su número de teléfono. Cuando más tarde le dije lo que había hecho, la vi por primera vez con el gesto serio y me riñó.

¿Cómo se te ha ocurrido hacer esa tontería?

Para aplacar su enfado, intenté distraerla proponiéndole una apuesta.

No digas bobadas. Incluso aunque llame, le diré que se ha equivocado de número.

Da igual, cincuenta mil wones a que sí te llama.

Cien mil a que no llama.

¿En serio? ¿Si llama me darás cien mil wones de verdad?

Cuando ya casi se me había olvidado aquello, un día ella me llamó en medio de la noche. Parecía borracha. Me dijo que Minwoo Park la había llamado, pero que no había podido responder y él le había mandado un mensaje. No era ninguna alcohólica, pero desde que se había quedado sola parecía haberse dado a la bebida. Le dije que no debía beber sola y menos aún con sus problemas de tensión, pero me respondió, arrastrando las palabras, que el alcohol hacía que las horas pasaran más rápido. Me dijo que hacía que el día y la noche se pasaran volando. Yo le mostré de nuevo mi preocupación, pero ella me contestó con indiferencia:

La mayor suerte es marcharte mientras duermes, así que me da igual.

Decidí ir a visitarla ese fin de semana y bromeando le pedí que me pagara mis cien mil wones. Sin embargo, el chico que trabajaba en la tienda los fines de semana de repente dejó el trabajo, por lo que tuve que sustituirlo y no descansé. La semana siguiente estuve muy ocupada con los ensayos por el inminente estreno. Ni siquiera tuve tiempo para hablar por teléfono, así que tan solo intercambiamos mensajes. Un día me escribió para decirme que finalmente había hablado con el arquitecto y yo la animé a que quedara con él, pero ella se negó obstinadamente.

El día antes del estreno, cuando salí por la mañana de la tienda y me dirigía a casa, recibí su último mensaje:

¿Has salido de trabajar? Seguro que hoy también estás muy cansada. Me dijiste que mañana es el estreno, ¿no? Si mañana no puedo ir, iré pasado. Hace mucho que no te veo y te echo de menos.

Sin embargo, no vino a ver la obra ni esa semana ni la siguiente.

He guardado en mi casa algunos de los objetos que dejó. Tal y como ella bromeó, tuvo la suerte de marcharse mientras dormía y apenas unos meses más tarde del fallecimiento de su hijo, como si tuviese prisa por reencontrarse con él. Murió a causa de un derrame cerebral, arropada con el edredón.

Yo fui quien descubrió que había muerto. Estábamos en la tercera semana de función y la semana siguiente sería la última. Ella no apareció ni me llamó. Le envié mensajes, pero no me respondió y cada vez que la llamaba tenía el teléfono apagado. Me dio la impresión de que algo iba mal, por lo que fui directa a su casa en cuanto terminé en la tienda. La puerta del apartamento que daba al pasillo exterior estaba llena de publicidad de todo tipo, de menús de restaurantes de

comida china y de otros establecimientos del barrio. Llamé al timbre y dentro se escuchó como un gorjeo de pajarillos. Como no obtuve respuesta, toqué de nuevo, pero lo único que se escuchó fue el eco del sonido del timbre. Sabía la contraseña para abrir la cerradura digital de la puerta. Era la fecha de nacimiento de su hijo.

Nada más abrir la puerta, me llegó un olor terrible. Cuando encendí la luz, lo primero que vi fue una mesita en medio del salón llena de botellas con restos de cerveza y *soju.* Abrí la puerta de su única habitación y vi su rostro grisáceo y pellejudo, que asomaba por el borde del edredón. Me tapé la boca y, después de dudar por un momento, corrí a avisar al conserje. Vino la policía y al día siguiente le hicieron un examen rápido. Todo el proceso fue tramitado mecánica y rápidamente, como el de Minwoo. Que hubiese una persona menos en el mundo no era tan importante. En todas partes muere gente todos los días por múltiples razones y nace otra mucha. La vida y la muerte no son más que una parte de la cotidianidad.

Cuando la policía me preguntó si éramos familia cercana, les dije que era la prometida de su hijo para poder quedarme con el ordenador de Minwoo, los álbumes de fotos y los cinco gruesos cuadernos que guardaba en cajas de cartón en el armario. Después me di cuenta de que había sido inútil traerme los álbumes, porque no sabía dónde guardarlos. Decidí que más tarde los llevaría a la tranquila ribera de Chungju donde Minwoo se había quitado la vida y los quemaría allí.

Mientras sacaba de su casa algunos objetos, me llamó la atención un macetero lleno de colas de zorro que estaba en la entrada. Estaban descoloridas, de un amarillo pajizo, como si no las hubiesen cuidado en un tiempo. Me dije a mí misma que no era posible que ella las hubiera plantado a propósito, sino que lo más probable es que las semillas hubieran brotado en el macetero llevadas allí por el viento. No obstante, también era cierto que alguien tendría que haberlas regado en un principio para que crecieran así de frondosas.

Últimamente estoy completamente absorta leyendo su diario. Es muy extenso. No sé cuándo pudo haber pasado al ordenador tal cantidad, pero ya había transcrito uno de sus grandes cuadernos entero. Lo que tenía escrito a boli parecía estar sin revisar, pero al pasarlo al ordenador lo había ido editando y, con algunos retoques más, no tendría nada que envidiarle a cualquier libro publicado. Un día, mientras leía, tuve una idea loca. Se me ocurrió quién podría ser el primer lector.

En mis ratos libres, me dediqué a resumir sus textos como si estuviera escribiendo una sinopsis y me puse en contacto con él usando el nombre de ella. Ya sabía muchas cosas sobre él. Varias veces al día leía en internet artículos e información relacionada con su persona. Cada vez que le escribía, me convertía en la Soona Cha del barrio. En una ocasión incluso soñé que lo agarraba de la mano y abandonaba aquel estudio en el semisótano. Soñé que volvía de la tienda y me quedaba dormida escribiendo. Había caído una tromba de agua y el agua embarrada había empezado a caer por las escaleras y a colarse en mi estudio. Rápidamente, la habitación se inundó. Mientras me tambaleaba, el joven Minwoo Kim me dijo que teníamos que salir enseguida de allí y me cogió de la mano. Me aferré a ella y salí a duras penas, pero cuando lo miré no era Minwoo Kim, sino el otro Minwoo, el arquitecto Minwoo Park.

Ya es hora de terminar con esta función. Escribo una respuesta para el señor Minwoo. Woohee Jeong y Soona Cha claman por hacerse con el protagonismo. Sin embargo, en cuanto empiezo a teclear, me transformo en ella con naturalidad. Querido Minwoo: me gustaría verte…

Llegué al lugar de la cita más o menos una hora antes para echar un vistazo. No sé cómo habría sido en el pasado, pero no pude apreciar nada del encanto que la madre de Minwoo describía en su diario. Los bloques de apartamentos apiñados en la cresta de la montaña recordaban a una fortaleza y las hojas amarillentas del otoño cubrían aquí y allá los altos árboles que ya empezaban a pelar sus ramas. Pinos, abetos y otros árboles de hoja perenne se alineaban a ambos lados de la carretera. Una mujer joven pasó empujando un cochecito de bebé sobre la calle cubierta de hojas de todos los colores. Unos niños estaban jugando con un perrito blanco. Sus carcajadas puras se elevaban hacia el cielo.

Bajé la cuesta en la que se encontraba el complejo de apartamentos y entré en un hotel de la calle principal. Había escuchado que antiguamente allí estaba el cine. Subí al bar, que estaba en el piso más alto, y me senté al fondo, junto a la ventana. Ya le había echado antes un vistazo al lugar y había decidido dónde me sentaría. Las grandes ventanas, que iban del suelo al techo, daban al este y las sombras del atardecer se estaban acercando. Al otro lado se veían los bloques de apartamentos, que, como un biombo, tapaban las vistas de las montañas.

A la hora que habíamos acordado, Minwoo entró. Llevaba un traje gris oscuro sin corbata. Cuando miró alrededor, bajé la cabeza un momento para evitar su mirada. Se acercó a la ventana y se quedó mirando hacia fuera un rato. Quizás estaba buscando algún rastro del pasado. Como estaba de pie, un camarero vino y le dijo algo para después acompañarlo a una mesa. Se sentó lentamente. Frente a mí, vi su cabello canoso y su coronilla calva. Tenía los hombros caídos, lo que provocaba que se le arrugase el traje y se le abultase. Vistos por detrás, todos los hombres mayores tienen cierto aire melancólico. Siguió mirando por la ventana y de repente se giró hacia la entrada, como si se le hubiera olvidado algo. Estaba sentado frente a su pasado y su pasado era mi presente. Se subió la manga para mirar el reloj. Ya habían pasado unos veinte minutos desde la hora acordada. Me levanté y caminé hacia donde estaba sentado. Justo cuando pasé a su lado, le sonó el teléfono y oí su voz.

Sí, soy papá. ¿Qué tal estás?

Pasé por su lado en silencio y salí afuera. No sé cuánto rato se quedaría allí sentado, pero seguro que no tardó mucho en darse cuenta de que no tenía sentido seguir esperando. Tal vez debería seguir siendo Soona Cha algo más de tiempo, porque me hace más llevadera la vida y además todavía quedan cosas por contar. Se trata de mi historia, así como de la historia que Soona Cha no pudo terminar de contar.

Mi hija me dijo que iba a venir a Corea para pasar el invierno. Su marido se estaba tomando un año sabático y también quería venir a Corea. Sin darme cuenta, le solté: «¿Y mamá?». «Solo nosotros.» Mi hija estuvo en silencio un rato y después me dijo con cierto resentimiento: «Papá, ¿por qué no has venido de visita ni una sola vez?».

Esperé unos treinta minutos después de colgar, pero Soona no apareció. Dudé si debía esperar un poco más y al final decidí que era inútil y me levanté. Fue ella quien eligió este sitio, así que no sé por qué no apareció.

Afuera el día ya estaba llegando a su fin. Bajo las hileras de árboles rodeados de hojas caídas,

unas colas de zorro amarillentas y tardías se agitaban con el viento.

Mira esto. La señora de la limpieza dice que son todo hierbajos. El color es más claro que el de la hierba. La hierba se queda enmarañada, pero estos se arrancan fácilmente rastrillándolos uno a uno.

Mi mujer contaba historias como esta, como si fuera algo extraordinario, mientras arrancaba hierbajos en el jardín. Yo me sentaba en el suelo bajo una sombrilla mientras la miraba distraídamente y después volvía al periódico que estaba leyendo.

Crecen tan rápido que si los dejas pueden estropear el césped. Todas estas calvas en el césped son culpa de ellos.

Todos los veranos, a mi mujer le gustaba sentarse en el jardín a protestar mientras arrancaba hierbajos. Pasaron diez años desde que volvimos de Estados Unidos y comencé con la arquitectura hasta que compré un terreno a las afueras de Seúl y construí una casa diseñada por mí. Al principio, mi mujer odiaba sentarse en el jardín, arrancar hierbajos y ensuciarse las manos. Sin embargo, cada primavera, las mujeres del barrio se reunían para plantar flores y eso despertó una rivalidad innata en mi esposa. Estaba obsesionada con el orden y la limpieza, competía con los vecinos y no le gustaban las cosas antiestéticas. Por todo ello, durante un tiempo se dedicó a cuidar el jardín e incluso trajo de un mercado unas flores silvestres de especies raras y las plantó. Era un jardín pequeño, pero requería mucho trabajo. Ante mi desinterés por él, puse como excusa que estaba muy ocupado y que, una vez terminada la casa, pasaba mucho tiempo fuera. Además, no tenía ningún tipo de interés en la jardinería y esas cosas. Mi esposa me dijo que, si iba a ser así, por qué había insistido en irnos a vivir a una casa como aquella y protestó por el miedo que pasaba cuando se quedaba allí sola por las noches.

Me puse a pensar cuándo se nos ocurrió plantar césped. Tradicionalmente, los jardines eran únicamente de tierra o barro y junto al seto se colocaba un pequeño huerto o un lecho de flores, como rosas musgo, balsaminas, coronados, hortensias… De hecho, el césped no se adecuaba al clima de Corea y además solo solíamos usarlo para cubrir las tumbas en forma de túmulo. Aun así, en algún momento se empezó a plantar césped y pasó a ser símbolo de pertenencia a la clase media. Un día estaba de pie en el jardín debatiendo sobre si debía quitar el césped y cubrirlo todo con tierra cuando de repente descubrí unas flores peludas que me resultaban familiares y que destacaban entre las otras. Mi esposa y la asistenta se habían olvidado de quitarlas y ahora se revelaban en todo su esplendor. Eran colas de zorro. Iba a ir a arrancarlas, pero me detuve. No quedaban mal en medio de todas las flores.

Mi esposa y yo no vivimos mucho tiempo en aquella casa. Al final, cedí ante sus quejas y nos mudamos a un bloque alto de apartamentos en el barrio de Gangnam, uno de esos que estaban de moda por aquella época. La relación con mi esposa había empeorado hasta llegar a un punto de no retorno. Mientras mi mujer pasaba más tiempo con mi hija, decidí mudarme al chalé adosado en el que vivo ahora. Esos bloques de apartamentos tan altos nunca me gustaron. Tampoco me gusta mi casa actual. Ahora mi único entretenimiento es mirar mapas en internet donde busco terrenos construibles e imagino la casa adecuada para ese lugar. No obstante, no tengo familia con la que compartir esa casa.

Allí me quedé, parado distraídamente en medio de la calle, como alguien que no sabe en qué dirección ir.

Palabras del autor

Hace unos años vi un documental sobre Jeon Tae-il. Aparecían su familia y sus amigos hablando de él.

La historia de la protesta quemándose a lo bonzo de Jeon Tae-il, trabajador del Peace Market de Seúl, es bien conocida, pero el aspecto de aquellas personas del mercado en esa película antigua me hizo evocar aquella época.

Los productores habían localizado al que fue el empleador de Jeon Tae-il. Un anciano de pelo canoso con una camiseta blanca hablaba sentado en el sofá de un apartamento normal y corriente.

Yo también lo pasé mal, en aquel momento puse en marcha el negocio con tan solo unas máquinas de coser.

Cuando el periodista le preguntó su opinión sobre la muerte de Jeon Tae-il, él bajó la cabeza durante un momento. La cámara captó cómo se le ponían los ojos vidriosos.

No tenía ni idea de su situación familiar. Si lo hubiera sabido, lo habría hecho mejor.

Fue un breve instante, pero parecía que nos mostraba las consecuencias presentes a las que hemos llegado. Quizás él no se había olvidado de su pasado y ese era el arrepentimiento más profundo de su vida.

El arrepentimiento de un individuo y el de una sociedad dejan un rastro conjunto, pero cuando lo experimentamos no nos damos cuenta de que ambos constituyen un mismo cuerpo.

El karma y el pasado de las generaciones anteriores dan lugar al presente de las generaciones jóvenes.

En las épocas difíciles también tuvimos que echar la vista atrás. Es la historia recurrente sobre la sombra que deja un amor pasado y difuso.

Noviembre de 2015
Hwang Sok-yong

* Quiero dejar claro que el personaje de Kim Ki-young, el amigo del protagonista de esta novela, está inspirado en una anécdota del arquitecto Jeong Ki-yong.

Título original: *Haejil Muryeop*

Edición en formato digital: 2020

Este libro se ha publicado con la ayuda de una subvención para la traducción del Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea).

LTI Korea

Copyright © Hwang Sok-yong, 2015
© de la traducción: Laura Hernández Ramos, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-880-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es